SEGUNDA EDICIÓN

Ignacio Urquizu

# La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?

CATARATA

SEGUNDA EDICIÓN

Ignacio Urquizu

# La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?

CATARATA

CATARATA

**Ignacio Urquizu**

Doctor europeo en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido investigador visitante en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, la Universidad de Essex y la Universidad de Harvard; ha impartido docencia en la Universidad George Washington (Centro de Madrid), la Universidad de Essex, la Universidad Oberta de Catalunya, la Universidad Pablo Olavide y la Universidad Complutense de Madrid, donde es profesor de Sociología, y también colabora con la Fundación Alternativas, donde fue subdirector de Estudios de Progreso. Sus trabajos de investigación se han publicado en revistas nacionales e internacionales y en la actualidad colabora en El País y la Cadena SER.

**Ignacio Urquizu**

# La crisis de la socialdemocracia:

# ¿qué crisis?

SERIE DILEMAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

DIRIGIDA POR IGNACIO URQUIZU

primera edición: octubre 2012

segunda edición: diciembre 2012

diseño DE colección: estudio pérez-enciso

© Ignacio Urquizu , 2012

© Los libros de la Catarata, 2012

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?

ISBN: 978-84-8319-746-2

E-ISBN: 978-84-9097-398-1

DEPÓSITO LEGAL: M-31.801-2012

IBIC: JPFF

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

**A Tomy, quien me acompañó durante muchas horas mientras preparaba este libro, aunque sabía que nunca lo leería.**

# CAPÍTULO 1

# Introducción

Es difícil saber en qué momento se comenzó a hablar en los últimos años sobre la crisis de la socialdemocracia. Para algunos, el punto de partida es la publicación del libro de Tony Judt, Algo va mal, que recoge una conferencia pronunciada por el autor en 2009. Este ensayo ha tenido un gran impacto en el debate público actual. En cada una de sus páginas denuncia los modelos social, económico y político que nos han llevado a la situación que vivimos estos días. Al final del texto invita a las actuales generaciones a luchar por aquellos ideales que siempre habían iluminado a la socialdemocracia. Se trata, por lo tanto, de recuperar unos valores que la izquierda parece haber perdido[1].

Otros, en cambio, situarán el punto de partida de la supuesta crisis de la izquierda en las elecciones europeas de 2009. Los resultados electorales pusieron de manifiesto que la socialdemocracia tenía un problema. No solo el Partido Popular Europeo superó en 14 puntos porcentuales y 103 escaños al Partido Socialista Europeo, sino que además "de los nueve Gobiernos progresistas, ocho sufrieron una derrota en las urnas —88,9 por ciento—, mientras que entre los 18 conservadores solo cinco [fueron] superados por la oposición —27,7 por ciento—" (Urquizu, 2009: 55). Por lo tanto, la derrota electoral sufrida por la izquierda europea fue muy dura.

Sea cual sea el punto de partida de este debate, lo cierto es que en los últimos años la crisis de la socialdemocracia se ha convertido en un argumento muy repetido en numerosos foros. Pero si echamos la vista atrás, la verdad es que no es la primera vez que se habla de ella. De hecho, si hay una constante a lo largo de la historia de la izquierda, es su capacidad para hacerse autocríticas muy severas.

En 1875, en el Congreso de Gotha, la Asociación General de Trabajadores alemanes, dirigidos por Ferdinand Lassalle, se unió con los marxistas del Partido Obrero Socialdemócrata, creando el Partido Obrero Socialista de Alemania[2]. Una vez que Karl Marx tuvo conocimiento de los principios ideológicos acordados, se dirigió de

esta forma a sus compañeros: “tengo el deber de no reconocer, ni siquiera mediante el silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisible y desmoralizador para el partido” (Marx y Engels, 2004: 21). Engels no tenía mejores palabras para sus compañeros. En una carta dirigida a August Bebel decía: “habría que criticar casi cada palabra de este programa, redactado además sin jugo ni brío. Hasta tal punto que, caso de ser aprobado, Marx y yo jamás podríamos militar en el nuevo partido erigido sobre esta base y tendríamos que meditar seriamente qué actitud habríamos de adoptar frente a él, incluso públicamente […] yo estoy convencido de que la unión hecha sobre esta base no durará ni un año” (Marx y Engels, 2004: 52-53). Si se revisa la correspondencia de Marx y Engels en aquellos años, se observa la dureza con la que se critican los programas ideológicos de la socialdemocracia alemana. Hay un argumento que se repite constantemente en sus textos: el principal partido de la clase obrera que hay en esos momentos en Europa ha abandonado la idea original del marxismo.

Años más tarde, en 1916, Rosa Luxemburgo escribe un ensayo que lleva por nombre La crisis de la socialdemocracia. ¿Qué origina esta crisis para la autora? El 4 de agosto de 1914 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) aprueba los créditos especiales para la Primera Guerra Mundial. Para los defensores de los principios fundadores de la izquierda, esta decisión era una traición: se abandonaba el internacionalismo del movimiento obrero, dando prioridad a los intereses nacionales de la burguesía. Rosa Luxemburgo lo resumía así:

Hasta en las cuestiones de la lucha contra el militarismo y la guerra siempre era decisiva la opinión de la socialdemocracia alemana. “Para nosotros, alemanes, esto es inaceptable”, esto bastaba, por lo general, para determinar la orientación de la Internacional […] ¿Y qué presenciamos en Alemania cuando llegó la gran prueba histórica? La caída más profunda, del desmoronamiento más gigantesco. En ninguna parte la organización del proletariado se ha puesto tan completamente al servicio del imperialismo, en ninguna parte se soporta con menos oposición el estado de sitio, en ninguna

parte está la prensa tan amordazada, la opinión pública tan sofocada y la lucha de clases, económica y política de la clase obrera, tan abandonada como en Alemania (Rosa Luxemburgo, 2006: 10-11).

Pero no es necesario remontarse a tiempos tan lejanos para encontrar continuos debates sobre por qué la izquierda abandona sus principios fundacionales. En 1979, los laboristas británicos abandonaron el Gobierno tras el invierno del descontento. Las bases de apoyo de la izquierda británica cuestionaban duramente la política económica seguida por el ejecutivo laborista de James Callaghan, convocando numerosas huelgas. El resultado fue la victoria conservadora de Margaret Thatcher y 18 años de oposición. La izquierda británica recuperó el poder en 1997 de la mano de Tony Blair.

Por aquellas fechas, una suerte parecida corrió el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). La dimisión de Helmut Schmidt en 1982 fue recibida por parte de su partido con alivio. Las políticas de ajuste que tuvo que adoptar producto del enorme aumento del déficit no fueron bien recibidas por una parte del SPD. De nuevo, el resultado final fue 16 años de oposición y la vuelta al Gobierno bajo el liderazgo de Gerhard Schröder.

En ambos casos, las travesías en el desierto se interpretaron como la oportunidad de recuperar las esencias del socialismo. Pero, paradójicamente, tanto laboristas británicos como socialdemócratas alemanes acabaron en brazos de dos proyectos políticos de escaso contenido ideológico: la Tercera Vía y el Nuevo Centro.

En definitiva, cuando uno echa la mirada atrás, observa en la historia de la izquierda un continuo debate sobre la recuperación de las esencias y la renovación de las ideas. Hay ocasiones en las que a esta discusión se le llama crisis, pero no deja de ser un debate ideológico. Es decir, si algo define a los principios programáticos de la socialdemocracia es su capacidad de adaptarse a las circunstancias. Para algunos, esta adaptación era una traición, para otros, una modernización. Pero, al margen de opiniones y valoraciones, nos podemos preguntar: ¿por qué la izquierda

cambia? O ¿por qué hay diferencias entre los distintos partidos socialdemócratas? Quizá, si entendemos el cambio de las ideas, podamos huir de algunos conceptos como crisis o refundación.

El objetivo de este libro es analizar estas cuestiones. Para ello, se estudiará cómo la izquierda ha cambiado sus propuestas programáticas a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI, prestando especial atención a los factores que explican estos cambios. Pero este texto se aleja completamente de dos enfoques muy frecuentes en la literatura: una visión normativa y la perspectiva histórica. En cambio, se abordará la principal cuestión del libro desde la teoría política positiva.

Los textos normativos hacen especial énfasis en cómo debería ser el mundo, estableciendo juicios de valor. Por su lado, las obras históricas abordan el relato de los acontecimientos, sin entrar a construir teorías que los expliquen. La teoría política positiva, en cambio, estudia un acontecimiento prestando especial atención a las decisiones de sus protagonistas dentro de un marco institucional (Alt y Shepsle, 1990). Por lo tanto, en las explicaciones que se elaboren en esta obra habrá dos partes fundamentes: los actores y las instituciones.

Esto no significa que los acontecimientos históricos no sean relevantes. De hecho, la presentación de datos que corroboren muchas de las ideas que aquí se desarrollarán, será fundamental. Pero es una visión distinta a muchos de los trabajos que podemos encontrar sobre socialdemocracia.

La estructura del libro es la siguiente. En el primer capítulo, analizaré la evolución ideológica de la izquierda en su conjunto, prestando atención a su moderación a lo largo de los años. Partiendo de los trabajos ya existentes, veremos dos cosas. Por un lado, hasta qué punto es cierto que la izquierda es más moderada que hace 60 años y, por otro, qué factores explican este viaje hacia el centro ideológico.

El capítulo siguiente se centrará en su dimensión más económica. Cómo ha cambiado el programa económico de la socialdemocracia y qué explica estos cambios serán algunas de las cuestiones que se analizarán. Y, finalmente, el capítulo tercero responderá a

preguntas muy similares, pero en este caso relacionados con el Estado del bienestar.

En definitiva, se trata de abordar la evolución programática de la izquierda tanto desde una visión muy general como desde dos de sus cuestiones más relevantes: las propuestas económicas y su visión del bienestar. Seguramente, algún lector eche de menos otras materias relevantes de la socialdemocracia, como pueden ser sus propuestas sobre la democracia o sobre las relaciones internacionales. Puesto que uno de los objetivos prioritarios es poder realizar un análisis empírico de la evolución ideológica de la izquierda, los datos que aquí se van a utilizar, lamentablemente, no incluyen indicadores sobre estas cuestiones. Por ello, se queda para trabajos posteriores analizar este tipo de cuestiones.

Me gustaría acabar esta introducción con los agradecimientos. Es cierto que, dadas las exigencias de edición, este libro casi no he podido compartirlo previamente con otras personas. No obstante, muchas de las ideas que salen aquí son deudoras de conversaciones con diversos amigos y colegas. Me gustaría destacar a tres de ellos: José María Maravall, Sandra León y Rubén Ruiz Rufino. En los últimos años no solo hemos compartido las mismas inquietudes intelectuales, sino que además nos hemos embarcado en dos proyectos de investigación distintos. En nuestros debates y cenas cuestionábamos muchos de los argumentos que aparecen aquí expuestos.

Junto a ellos, el Laboratorio de la Fundación Alternativas ha sido un lugar que me ha aportado una gran riqueza intelectual. En sus orígenes bajo la dirección de Joaquín Almunia, más tarde con Juan Manuel Eguiagaray y ahora con Belén Barreiro, he podido participar en la elaboración y discusión de numerosos documentos de trabajo. Como el lector sabrá, las ideas que se generan en este lugar son de una gran excelencia. Tener la oportunidad de colaborar en este centro de pensamiento me ha ayudado mucho para construir las páginas que tiene a continuación.

Finalmente, mi pareja, Esmeralda, ha soportado con cierto estoicismo la redacción de este libro. Además, mientras escribía estas páginas perdimos a un ser querido, Tomy. Sin ella y sus ánimos habría sido más difícil acabar estas líneas.

## CAPÍTULO 2

# La evolución ideológica de la socialdemocracia

Si repasamos todo lo que se ha escrito sobre socialdemocracia en los últimos años, veremos que existe una gran producción de libros que han analizado este proyecto político en detalle. Pero muchos de estos trabajos cumplen con alguno de los dos enfoques de los que huye este trabajo: el historicismo y la visión normativa. Así, por ejemplo, algunos textos no dejan de ser narraciones históricas de uno o varios casos de estudio (Scharpf, 1987; Share, 1989; Juliá, 1997). Esto lleva a muchos autores a analizar en profundidad a partidos socialistas en un momento determinado del tiempo. Conocemos en detalle la elección de sus líderes, las diferentes conspiraciones que hay dentro de la organización y a qué dilemas se enfrentan en cada momento.

Otro grupo de autores no se centran tanto en los partidos socialistas, sino que, en cambio, focalizan todo su interés en la situación de la socialdemocracia en un momento concreto del tiempo (Sevilla, 2011). Entonces conocemos en detalle qué ha pasado durante unos años. Se realiza un análisis muy minucioso de las circunstancias políticas, sociales y económicas de una o varias décadas.

En el mejor de los casos, también nos encontramos con ensayos que han tratado de analizar la evolución de la socialdemocracia desde sus orígenes (Paramio, 2009). Pero, de nuevo, se trata de narraciones históricas.

Mi principal objeción es que en todos estos textos se echa de menos una teoría mucho más general que, de forma sistematizada, desgrane los factores que influyen en la transformación ideológica de la izquierda. Dicho de otra forma, estos trabajos no llegan a responder de forma certera a algunas de las siguientes cuestiones: ¿por qué cambia la oferta programática del socialismo? ¿Qué factores hay detrás del cambio? O ¿en qué medida estos cambios son también asumidos por otros partidos socialdemócratas

contemporáneos?

Esto no quiere decir que este tipo de enfoque, más histórico, sea innecesario. Todo lo contrario. Nos ayuda a conocer en profundidad momentos y países concretos. No obstante, esto no debería impedir la elaboración de una teoría mucho más general que nos explique por qué la socialdemocracia ha ido cambiando en cada momento del tiempo.

Conocer esta teoría nos ayudará a analizar mucho mejor la realidad política y, además, nos permitirá relativizar conceptos como "crisis", "traición" o "bandazos". En los últimos años, estas palabras se vienen utilizando en exceso en el análisis político, especialmente a la hora de referirse a los cambios políticos de la izquierda. Aunque, como hemos visto en la introducción, aparecen de forma recurrente en otros momentos de la historia. Cada vez que la socialdemocracia ha emprendido el camino de la innovación, algunas voces se erigen en guardianes de las esencias y acusan a los modernizadores de no ser realmente de izquierdas. Pero ¿qué sucede si el cambio solo es una reacción a la transformación de las circunstancias?

Los últimos tiempos de la política española son un gran ejemplo de este argumento. Desde mayo de 2010, una vez que Rodríguez Zapatero y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) dieron un giro radical a la política económica y emprendieron el camino de los ajustes, desde muchos ámbitos se ha cuestionado la "pureza" ideológica de la socialdemocracia española. El PSOE, en su defensa, empleó un argumento que ya utilizaba Keynes: "cuando los hechos cambian, cambio de opinión". Así, el 23 de mayo de 2010, en un acto político del Partido Socialista, el entonces presidente del Gobierno decía ante sus seguidores: "Ni cambio, ni bandazo; respondemos a las circunstancias"[3].

Pero ¿cuáles son esas circunstancias? ¿Qué factores influyen en la oferta política de la izquierda? Si realmente todo cambio político responde a una transformación de la realidad, ¿por qué decimos que la socialdemocracia está en crisis? Dicho con otras palabras, si realmente los cambios ideológicos se explican por razones objetivas, ¿por qué esa transformación es una crisis? Quizá lo que esté en crisis no sea la oferta programática, sino las condiciones políticas,

sociales y económicas en las que se desarrolla un programa político.

En definitiva, es necesaria la elaboración de una serie de argumentos que nos ayuden a entender la evolución ideológica de la izquierda. Solo así seremos capaces de entender el cambio y, por lo tanto, relativizar los momentos de transformación programática. Se trataría de quitar peso a las valoraciones normativas sobre el cambio ideológico de los partidos socialistas, evitando los juicios de valor. Que la izquierda mute no es bueno ni malo, sino producto de un conjunto de factores que, en algunas ocasiones, escapan del control de los dirigentes políticos.

## Las tres etapas de la socialdemocracia

Antes de elaborar una teoría explicativa sobre la evolución de la socialdemocracia, es necesario conocer cuáles han sido sus principales debates ideológicos e ideas fuerza a lo largo del tiempo. Gran parte de los autores que han estudiado esta cuestión en detalle distinguen tres periodos en la evolución del socialismo (Przeworski, 2003; Sejersted, 2011; Maravall, 2012). Pero se diferencian entre ellos tanto en las fechas como en los debates políticos que enfatizan en cada etapa.

Przeworski (2003) y Maravall (2012) comparten las etiquetas de las tres fases por las que pasa la izquierda: reformismo, remedialismo y resignación. Por su lado, Sejersted (2011) prefiere hablar de: integración social, edad de oro de la socialdemocracia y una realidad más enriquecedora.

Tanto Przeworski como Sejersted sitúan la primera de las fases desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, mientras que Maravall considera que esta etapa se alarga hasta los años 1960. Durante la etapa de la “integración”, el debate ideológico dentro del socialismo es doble. Por un lado, se cuestiona el grado de oposición a las instituciones políticas burguesas, así como su participación en ellas. Por otro, los dirigentes socialistas se preguntan en qué medida al capitalismo es “domesticable”. Por lo

tanto, se trata tanto de cuestiones políticas como económicas.

En el debate político, los "guardianes de las esencias" consideran el Parlamento como una "trampa de la burguesía" (Paramio, 2009: 18). Por ello, apuestan por desarrollar toda estrategia política al margen de las instituciones representativas. Poseen una visión revolucionaria del cambio social y, por lo tanto, su acción política se desenvuelve al margen de la democracia "burguesa".

En cambio, los reformistas creen que en el momento en que el sufragio se extienda a todas las capas de la población, el voto podrá ser un instrumento idóneo para cambiar la realidad. No obstante, incluso los más dispuestos a asumir las reglas del juego no ven en la democracia representativa un fin en sí mismo, sino que únicamente la consideran como algo meramente instrumental para alcanzar los verdaderos objetivos socialistas: la liberación del proletariado. Así lo expresaba Pablo Iglesias, fundador y primer líder del PSOE, en 1910:

Diré que el partido que yo aquí represento aspira a concluir con los antagonismos sociales, a establecer la solidaridad humana, y esta aspiración lleva consigo la supresión de la magistratura, la supresión de la Iglesia, la supresión del ejército y la supresión de otras instituciones necesarias para este régimen de insolidaridad y antagonismo. El partido que tiene esta aspiración no es un partido utópico, no vive fuera de la realidad; aspira a proceder por etapas, a realizar reformas, a obtener ventajas que le permitan llegar a su ideal. No cree el partido que represento que de aquí puede salir nada de eso. Por esto, en desacuerdo con algo que manifestaba el Sr. presidente de la Cámara el día que pronunció su discurso dando gracias por su elevación al puesto que ocupa, el Partido Socialista cree que al venir aquí puede serle útil este cuerpo de carácter eminentemente burgués, donde está representada principalmente la clase que puede, la clase que tiene, donde no está representada apenas la clase que se llama proletaria. Viene a buscar aquí lo que de utilidad puede hallar, pero la totalidad de su ideal no está aquí; la totalidad entiende que ha de obtenerse de otro modo. Es decir, que este partido no ha cambiado de opinión respecto a este particular; estará en la legalidad mientras la legalidad le permita

adquirir lo que necesita; fuera de la legalidad, como han estado todos los partidos, cuando ella no le permita realizar sus aspiraciones (Pablo Iglesias, Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 7 de julio de 1910, p. 433).

Por lo tanto, la participación en las instituciones representativas genera un gran recelo entre los dirigentes socialistas, incluso entre los partidarios de concurrir a las elecciones. La democracia es juzgada como el sistema político de la clase social dominante, la burguesía, y por ello consideran que está diseñada para impedir el desarrollo del programa político de la izquierda.

Es tal la oposición a colaborar con cualquier tipo de institución burguesa, que los movimientos obreros desarrollan sus propias asociaciones culturales en contraposición a la cultura dominante de la burguesía (Sejersted, 2011: 124). Así, por ejemplo, en 1912 se crea en Suecia la Asociación Educativa de los Trabajadores. Poco tiempo después, en 1920, en Noruega aparece el Comité Central para la Educación Socialista. El objetivo último es impedir toda influencia de los principios y valores burgueses.

Conforme la izquierda compite electoralmente, sus mayorías parlamentarias aumentan. En 1896, Hjalmar Branting, líder del Partido Socialdemócrata Sueco, concurre por primera vez a unas elecciones. Pero no lo hace en solitario y se integra dentro de la lista liberal. Aunque durante unos años es el único diputado socialista, en 1903 ya alcanza la cifra de cuatro parlamentarios. En 1915, el Partido Socialdemócrata Sueco es el grupo más numeroso en su Parlamento (Sejersted, 2011: 129-130).

Algo similar ocurre en España en aquellos años. En 1910, Pablo Iglesias logra por primera vez el acta de diputado en coalición electoral con las fuerzas políticas republicanas. Poco a poco, el número de representantes del PSOE aumenta.

El incremento en los apoyos electorales se traduce en la participación de los partidos socialdemócratas en los Gobiernos, en algunos casos en minoría y otros en coalición. La primera experiencia de gobierno de una formación socialista es en

Dinamarca en 1916 (Przeworski, 2003: 317). Un año más tarde, en 1917, los socialdemócratas suecos se incorporan por primera vez al ejecutivo, aunque lo hacen en colaboración con los liberales de Nils Edén, tras haber rechazado anteriormente una oferta similar en 1911. El SPD alemán lo hará por primera vez dos años más tarde, en 1919. Pero no sería hasta 1920 cuando veremos en Suecia el primer Gobierno formado íntegramente por socialdemócratas (Sejersted, 2011: 130).

Este "colaboracionismo" con la democracia burguesa marcó la separación entre comunistas y socialistas (Przeworski, 2003: 317) que, junto con la experiencia de la Primera Guerra Mundial, supuso un punto de ruptura entre ambos movimientos políticos. La cita de Rosa Luxemburgo que he traído en la introducción lo refleja claramente: el apoyo del SPD alemán a las partidas presupuestarias de la Primera Guerra Mundial fue visto como una traición y una renuncia a la lucha del proletariado. Cabe recordar que, desde finales del siglo XIX, la socialdemocracia alemana es la referencia para el resto de partidos socialistas. Por lo tanto, su postura ante la Primera Guerra Mundial tiene una gran repercusión en el resto de fuerzas de izquierdas.

Desde el punto de vista económico, esta primera etapa de la socialdemocracia también significa el cuestionamiento de uno de los principales objetivos del socialismo: la socialización de los medios de producción. En sus orígenes, entre los principales objetivos del marxismo está acabar con el capitalismo y su forma de explotación. De hecho, para Marx la renta no debía repartirse según el trabajo realizado, sino según la necesidad de los individuos. Tal y como resume su famosa frase: "De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades". Pero la socialdemocracia abandonó el objetivo de acabar con el capitalismo y lo cambió por intentar lograr una mejor distribución de la renta. Así, frente a la socialización de los medios de producción, la socialdemocracia prefirió usar los impuestos y el gasto público como instrumentos para reducir desigualdades (Roemer, 2008).

No obstante, sí que es cierto que, durante un largo periodo, la idea de nacionalizar empresas estuvo en la agenda de la izquierda y se extendió más allá de la Segunda Guerra Mundial (Maravall, 2012:

370). Pero la cuestión de la socialización de los medios de producción es un debate que ha ido apareciendo y desapareciendo en las distintas etapas del socialismo y no podemos adscribirlo a un momento determinado del tiempo. Por ejemplo, en los años ochenta en Francia, François Mitterrand alcanza por primera vez el poder. Una de sus decisiones más controvertidas durante su primer mandato es la nacionalización de "36 bancos, dos sociedades financieras y once grupos industriales, con un coste equivalente al 2,6 por ciento del Producto Interior Bruto (PIB)" (Maravall, 2012: 376).

Esta medida económica generó debate entre los dirigentes socialistas de la época. En esos mismos años, el PSOE estaba a punto de alcanzar el poder en España por primera vez desde los años treinta. El fantasma de las nacionalizaciones estaba siendo extendido sistemáticamente por la derecha española y, en particular, por los empresarios. La posición de Felipe González es clara: "no tengo especial apoyo a la expresión nacionalización. Hay nacionalizaciones conservadoras y progresistas, y en cada momento responden a un interés político determinado. Sin embargo, no estamos dispuestos a renunciar para siempre a posibles nacionalizaciones. Nadie lo hace ni la derecha, ni la izquierda. Se ha hecho incluso desde Gobiernos de UCD y ello no ha cambiado el modelo de sociedad"[4].

En definitiva, en esta primera etapa, el debate sobre la socialización de los medios de producción es uno de los puntos de ruptura entre la socialdemocracia y el socialismo más radical. Además, no es propio de una sola fase de la socialdemocracia y, en cambio, lo encontramos sistemáticamente a lo largo del tiempo.

Seguramente, desde un punto de vista económico, lo que realmente define a esta primera etapa de la izquierda es su "descubrimiento" de la gestión económica y, por lo tanto, la incapacidad para aplicar el programa máximo del socialismo. Cuando los partidos socialistas comienzan a participar en los Gobiernos, se enfrentan a situaciones de adversidad económica que se traducen, por ejemplo, en altas tasas de desempleo. Por ello, como señala Przeworski (2003: 318), su política económica comenzó a ser muy similar a la que practicaban el resto de partidos políticos: equilibrios

presupuestarios, lucha contra la inflación, devaluaciones, etc.

En resumen, este primer periodo de la socialdemocracia se caracteriza por el radicalismo en muchas de sus propuestas y, al mismo tiempo, el choque con la realidad. Conforme participa en las instituciones representativas, su programa máximo se modera. Como resume acertadamente Sejersted (2011) en su etiqueta de este periodo, la socialdemocracia se "integra" en unos sistemas político y económico que originalmente rechazaba, por considerarlos instrumentos de la burguesía.

La segunda fase es considerada por Przeworski (2003) como la etapa del remedialismo. Tras la Segunda Guerra Mundial, una vez aceptada sin cuestionamientos la democracia representativa, los objetivos prioritarios de la socialdemocracia pasan a ser meramente económicos: la redistribución y el empleo. Ya sea en su versión nórdica (Knut Wicksell) como en la versión anglosajona (John Maynard Keynes), se elaboran teorías económicas que defienden la intervención del Gobierno en el incremento del bienestar social y en la generación de crecimiento económico.

Es cierto que se ha simplificado en exceso la política económica de esta etapa, considerando que todo se resumía en el uso del gasto público para estimular la demanda. No obstante, tanto desde posturas más liberales como las de Keynes, o más socialdemócratas como las de Gunnar Myrdal, el equilibrio presupuestario en el ciclo es considerado como algo propio de la izquierda. Es decir, los socialdemócratas suecos en los años treinta, gracias a las aportaciones teóricas de Myrdal, ya "descubren" que la regla fiscal de un presupuesto consiste en tener superávit en las etapas de expansión económica y déficit en las contracciones. Años después, una regla muy similar sería formulada por Keynes.

Pero los argumentos económicos iban más allá de los estímulos sobre la demanda. Wicksell, en cambio, dio una mayor importancia al papel de la política monetaria en la generación de expansión económica. Su principal argumento consistía en utilizar los tipos de interés monetarios para generar inversión, disminuyendo el ahorro.

Entre la Segunda Guerra Mundial y finales de los setenta, estos economistas fueron referentes para los principales partidos

socialdemócratas. Todos ellos tenían algo en común: ya fuera a través de la política fiscal o de la política monetaria, el Gobierno debía desempeñar un papel muy activo en la economía a la hora de generar crecimiento económico y empleo.

Los datos económicos muestran que esta política económica de esta segunda fase fue enormemente exitosa. Hasta 1950, las economías europeas crecieron de media, como máximo, el 2,1. En cambio, en todo el periodo que va desde 1950 hasta 1973, la media de crecimiento económico en la Europa Occidental fue del 4,81, una cifra muy superior a economías como la de Estados Unidos, donde no se llevó a cabo un programa nítidamente socialdemócrata (Sevilla, 2011: 90).

En esta segunda etapa de la socialdemocracia, junto a la política económica, el otro ingrediente fundamental del proyecto político consiste en desarrollar un Estado del bienestar que contribuya a reducir la desigualdad en tres direcciones. En primer lugar, incrementando la igualdad de oportunidades y, por lo tanto, aumentando la movilidad social. En segundo lugar, reduciendo las diferencias entre las rentas más bajas y las rentas más altas. Para ello se utiliza la política fiscal, tanto en ingresos como en gastos, como instrumento redistributivo. En tercer lugar, aumentando el nivel de vida de las personas que ocupan la parte más baja de la sociedad. Los subsidios por desempleo y el salario mínimo son algunas de las políticas que permiten que la gente no caiga en la pobreza y alcancen un bienestar mínimo. Por lo tanto, el objetivo igualitario es triple.

Esto no significa que las políticas sociales sean un “invento” de la socialdemocracia. De hecho, algunas de estas políticas ya se desarrollan con anterioridad. Lo que hace la izquierda allá donde gobierna es aumentar sustancialmente sus partidas presupuestarias para universalizar el Estado del bienestar y aumentar su calidad. Durante mucho tiempo, su preferencia por la igualdad es mucho más intensa que en el resto de fuerzas políticas. No obstante, dada la popularidad de muchas de estas políticas y el escenario de la guerra fría de entonces, los partidos conservadores también llevaron a cabo políticas de bienestar cuando gobernaron durante este periodo (Paramio, 2009: 38).

Pero, tal y como cuestiona Maravall (2012), ¿podemos llamar a esto remedialismo? Seguramente, la etiqueta de Sejersted (2011) es más acertada: los años dorados de la socialdemocracia. Muchas de estas políticas lograron completar una idea de ciudadanía más allá de las clases sociales. Este argumento lo desarrolla de forma excelente T. H. Marshall en su ensayo: Ciudadanía y clase social. Para este sociólogo británico, junto a los derechos civiles y los derechos políticos, los derechos sociales construyen lo que Marshall llama el "edificio de ciudadanía" (Marshall y Bottomore, 1998: 51). Por lo tanto, el desarrollo del Estado del bienestar permitió crear una idea de ciudadano más allá de las clases sociales.

Además, los datos muestran que, durante esta época, el objetivo igualitario se alcanzó, especialmente, donde la socialdemocracia fue dominante a partir de los años treinta: Noruega, Suecia y Dinamarca (Esping-Andersen, 2012). Podría pensarse que estas sociedades ya partían de unas condiciones iniciales que hacían más fácil alcanzar altas cotas de igualdad y, por lo tanto, la presencia de la socialdemocracia en el Gobierno fue irrelevante en los objetivos igualitarios. Pero como demuestra Esping-Andersen (2012: 251-252), en los países nórdicos la generación que se benefició del Estado del bienestar socialdemócrata es sustancialmente distinta en sus posibilidades de promoción social, tanto respecto de las generaciones anteriores como de las personas de su misma generación en otros países desarrollados[5]. Ello le lleva a concluir que "los datos arrojan luz sobre un efecto socialdemócrata decisivo que no puede atribuirse a una endogeneidad inherente" (Esping-Andersen, 2012: 252).

La última de las etapas de la socialdemocracia discurre a partir de principios de los años ochenta hasta la actualidad y ha sido bautizada como la de la "resignación" (Przeworski, 2003: 320-323). El punto de partida es la crisis de las materias primas de los años setenta, que se traduce en un fenómeno desconocido hasta entonces: la estanflación[6]. Es decir, tanto la inflación como el desempleo aumentan de forma desorbitada. Este escenario de recesión también afecta a las cuentas públicas, generando enormes déficits.

Junto a ello, las condiciones económicas en las que se debe diseñar

la política económica a partir de los años ochenta cambian notablemente. Las economías están mucho más abiertas, lo que significa que, por ejemplo, algunas medidas del pasado ya no son tan efectivas. Así, por ejemplo, si un Gobierno socialdemócrata opta por seguir una política de estímulos fiscales intentando aumentar el consumo, en una economía abierta parte de este estímulo acabará en el exterior.

El gráfico 1 presenta la evolución de las medias de renta per cápita y de apertura económica[7] en 199 países entre 1950 y el año 2000. Los datos muestran que la apertura de los mercados aumentó enormemente hasta principios de los años ochenta. Así, en 1950, el porcentaje medio de apertura económica de un país era del 35,2 por ciento. En 1980, esta cifra se había doblado, pasando al 72,1 por ciento. Pero, tras la crisis de los setenta, las economías reducen su exposición al exterior y no volvemos a observar un porcentaje similar hasta 1992.

De este gráfico obtenemos dos conclusiones más. Por un lado, existe una relación directa entre el aumento de la renta per cápita de un país y su apertura al exterior. Son dos líneas que siguen tendencias paralelas. Seguramente, ambos fenómenos están relacionados entre sí y ambos son causa y consecuencia.

Por otro lado, aunque en los últimos años se habla mucho de globalización, lo cierto es que los datos muestran que las economías se abrieron realmente en la etapa dorada de la socialdemocracia, entre 1950 y 1980. A partir de entonces, la apertura económica de los países ha sido mucho más lenta.

Dado el nuevo escenario económico, el principal objetivo de los gobernantes pasa a ser la atracción de inversión y para ello deben mejorar su oferta económica. Por lo tanto, las políticas de oferta, menos relevantes hasta entonces, pasan a la primera línea de las prioridades, también para la socialdemocracia.

Gráfico 1

Evolución de la renta per cápita y la apertura económica

Fuente: World Development Indicators por Álvarez, Cheibub, Limongi y Przeworski (ACLP).

Desde el punto de vista de la teoría económica, este nuevo contexto se viene anticipando por algunos economistas relevantes. A finales de los años sesenta, Milton Friedman y la escuela de Chicago comienzan a desarrollar críticas al modelo keynesiano de intervención en la demanda, dominante hasta entonces en el modelo socialdemócrata. Para ellos, la intervención económica de los Gobiernos puede tener efectos positivos sobre el desempleo en el corto plazo. Pero, pasado un tiempo, estas políticas anticíclicas de intervención sobre la economía llevarían a aumentos de la inflación. Por ello, los salarios nominales acabarían subiendo y volveríamos a ver de nuevo altos porcentajes de parados. La principal conclusión de este grupo de economistas es que, en el medio y largo plazo, la economía volverá a su tasa natural de desempleo, siendo irrelevantes los estímulos económicos sobre la demanda.

Estas teorías y otras posteriores desarrolladas por otros economistas como, por ejemplo Alesina, acaban concluyendo argumentos muy similares. Para ellos, los actores económicos actúan racionalmente y, por ello, en muchas ocasiones descuentan las “manipulaciones” de la economía. Es decir, aunque los Gobiernos intervengan para estimular la economía y crear empleo, estos resultados solo se observan en el corto plazo. Trabajadores y empresarios saben que

esa situación es coyuntural e inducida por decisiones políticas. Por ello, adaptan sus expectativas a esa intervención temporal y, en el medio y largo plazo, la economía vuelve a su estado "natural".

Esto no significa que los dirigentes políticos no puedan hacer nada, sino que el desarrollo de una política económica de izquierdas pasa a exigir del concierto entre el Gobierno y los agentes sociales. Estaríamos ante lo que se ha definido como "modelo socialdemócrata corporativo". Por ejemplo, si lo que se persigue es disminuir el empleo y se opta por una política expansiva de la demanda, la inflación se puede frenar si los trabajadores aceptan moderación salarial. Así, se impediría que en el medio y largo plazo la tasa de desempleo vuelva a su estado "natural".

Otra de las consecuencias al cuestionamiento de las políticas keynesianas de estímulo sobre la demanda es el desarrollo de políticas de oferta a la hora de buscar el crecimiento económico. Aunque no es el único factor que influye en el viraje de la política económica que viene desarrollando la socialdemocracia desde los años 1980. Como se ha señalado, también influye la interdependencia entre economías que se observa en esas fechas. La enorme apertura que las economías experimentan durante las décadas anteriores provoca que los Gobiernos pasen a tener como prioridad la mejora de las cualidades de su oferta económica para poder atraer inversión.

Las políticas de oferta se concentran, especialmente, en las inversiones de capital físico (infraestructuras y tecnología) y capital humano (educación e investigación). Este tipo de gasto permite, entre otras cosas, aumentar la productividad de la economía. Estas políticas no se escapan de la competición partidista, e izquierda y derecha desarrollan estrategias totalmente distintas (Boix, 1998).

Por su lado, la derecha pone todas sus esperanzas en la iniciativa privada. Para ello, reduce los impuestos, esperando que se genere un aumento del ahorro privado. Este ahorro debería transformarse en inversión y acelerar la tasa de crecimiento. Este tipo de políticas se acompañan de un menor gasto público. Los conservadores creen que los agentes privados saben mucho mejor que los Gobiernos en qué invertir su capital. La principal consecuencia es que este tipo de políticas genera una mayor desigualdad económica, por lo menos en

el corto plazo.

Por su lado, la izquierda pasa a desarrollar una estrategia totalmente distinta. Los socialdemócratas también persiguen el aumento de la productividad del trabajo y del capital. Pero, a diferencia de la derecha, destinan una parte importante del gasto público al capital físico (infraestructuras y tecnología) y al capital humano (educación e investigación). Así, los agentes privados podrán seguir manteniendo su inversión en una economía, aunque existiese una mayor presión fiscal en comparación con otros países. Es decir, se trataría de ofrecer una mejor cualidad de la oferta económica para que se mantengan las tasas de inversión.

Estas dos estrategias económicas son las que diferenciaron a los Gobiernos de Felipe González y Margaret Thatcher en los ochenta (Boix, 1998). Mientras que la segunda optó por reducir impuestos y adelgazar el gasto público, esperando que esto se tradujese en un aumento de la inversión privada, los Gobiernos de Felipe González hicieron constantes esfuerzos por modernizar la economía. Lo que perseguía el Gobierno del PSOE en aquellos años era mejorar la oferta económica de España para, así, atraer inversión. Para ello se utilizó el gasto público y se invirtió en capital físico y humano.

En definitiva, se trata de dos estrategias ideológicamente distintas para alcanzar un mismo objetivo: el crecimiento económico. Mientras que la izquierda sigue creyendo en el papel del Estado y del gasto público, la derecha sigue persiguiendo el gobierno mínimo.

Estas políticas de oferta han sido especialmente relevantes durante los últimos treinta años. No obstante, este cambio en la política económica tiene importantes consecuencias para la socialdemocracia: el gasto público no puede concentrarse únicamente en políticas sociales. Así, los presupuestos de los Gobiernos progresistas deben poner especial énfasis tanto en el gasto social como en la modernización de la oferta económica. La izquierda ya no se define solo por el Estado del bienestar. Su proyecto también incluye una idea de modernización económica. Sin crecimiento no hay reparto de la riqueza, y ambos objetivos son igual de relevantes, las dos caras de una misma moneda.

Dentro de esta fase, los únicos versos sueltos son el Partido Socialista Francés y el Movimiento Socialista Pan-heleno (PASOK) de Grecia (Maravall, 1995: 200-204). El primero de ellos es el más paradigmático. Mitterrand llegó al poder con unas recetas económicas muy similares a las que se habían aplicado en la anterior etapa de la socialdemocracia, tras la Segunda Guerra Mundial. Pero para que estas funcionasen, necesitaba que el crecimiento económico se produjese más allá de sus fronteras. Como no fue así, la economía francesa entró en una mayor depresión. Solo tenía dos opciones: cerrar sus mercados al exterior o comenzar la senda de la "ortodoxia". Finalmente, el Partido Socialista Francés dio un cambio brusco en su política económica y en 1985 su economía volvió a crecer (Maravall, 2012: 377).

Pero el deseo de modernizar la economía por parte de la izquierda acabó generando "versiones" de la socialdemocracia excesivamente laxas. Me refiero a la Tercera Vía de Tony Blair y el Nuevo Centro de Gerhard Schröder. Estos dos proyectos políticos se fundamentaban en dos ideas fuerza: la responsabilidad individual y la igualdad de oportunidades. Pero ¿se puede exigir la misma "responsabilidad" a todos los individuos cuando las condiciones de partida son tan distintas socioeconómicamente? Además, hemos visto que la izquierda se define por algo más que la igualdad de oportunidades. La socialdemocracia tiene un alto componente redistributivo: también se preocupa por la disminución de las diferencias entre ricos y pobres y trata de aumentar el nivel de vida de los que se sitúan en la parte más baja de la sociedad. Por lo tanto, el objetivo igualitario va más allá de garantizar las mismas oportunidades para todos.

Junto a estas críticas, lo cierto es que un análisis más profundo de la Tercera Vía o el Nuevo Centro nos lleva a concluir que son proyectos políticos con escaso contenido sustantivo. Así comienza Tony Blair en su manifiesto político su idea de los valores:

Mi política se funda en la creencia de que solo podemos realizarnos como individuos en una sociedad civil próspera, con familias sólidas e instituciones civiles apuntaladas por un Gobierno inteligente. Para que la mayoría de los individuos tengan éxito, la sociedad debe ser

fuerte, cuando es débil, el poder y las recompensas van a una minoría, no a la mayoría.

Los valores no son absolutos, e incluso el mejor puede ser conflictivo. Nuestra misión es promover y reconciliar a la sociedad justa capaz de maximizar la libertad y el potencial de todo nuestro pueblo: reparto equitativo de la riqueza, igualdad de oportunidades, responsabilidad y solidaridad (Tony Blair, 1998: 61-62).

Es difícil estar en desacuerdo con estas afirmaciones, puesto que no pasan de ser meras generalizaciones. De hecho, gran parte de la narrativa de la Tercera Vía se basa en este tipo de argumentaciones. Además, si analizamos en detalle los principales postulados del proyecto político que defendió Tony Blair (1998), no encontramos ni una sola mención a cuestiones como la regulación de los mercados financieros, la opacidad de estos o la generación de burbujas, la base de nuestros problemas económicos actuales.

Los datos económicos entre 1973 y 1998 muestran que esta política económica no fue tan exitosa como la desarrollada en el pasado. Si analizamos la media de crecimiento económico en los países europeos vemos que es del 2,11, menos de la mitad del crecimiento que se produjo entre 1950 y 1973 (Sevilla, 2011: 90).

Finalmente, la crisis económica que comenzó en 2007 en Estados Unidos y que se ha extendido al resto de economías desarrolladas da comienzo a una nueva era. A partir de ahora, el principal reto que tiene por delante la socialdemocracia es renovar muchos de sus postulados ideológicos. Pero no es una crisis, solo una adaptación ante los nuevos retos, puesto que lo que está en crisis no es el proyecto político, sino la realidad. Vivimos un cambio de época que implicará cambios sustanciales en los sistemas políticos y económicos.

No obstante, dejo el futuro de la izquierda para las conclusiones de este libro. A partir de ahora, en las siguientes páginas, trataré de explicar la evolución ideológica de la socialdemocracia mostrando la evidencia empírica y los factores que explican este cambio.

## Los programas electorales y los apoyos de la socialdemocracia

Medir la evolución de la socialdemocracia utilizando datos empíricos no es tarea fácil. De hecho, solo la mera reducción de los proyectos políticos a conceptos como “izquierda” o “derecha” puede ser cuestionable. Por un lado, estas palabras resumen en sí mismas muchas ideas. En un solo concepto englobamos cuestiones tan complejas como nuestras preferencias por la sanidad, la educación, el sistema de pensiones o el mercado laboral. Por otro, cada uno de nosotros podemos entender cosas distintas por “izquierda” o “derecha”. Por lo tanto, ya sea por la gran cantidad de cuestiones que contienen los términos que utilizamos para referirnos a una ideología, como por su subjetividad, es difícil definir y medir los conceptos ideológicos.

A pesar de estos problemas, vamos a considerar totalmente válido resumir un proyecto político en términos como “izquierda” o “derecha”, puesto que también tiene aspectos positivos. En primer lugar, la ideología permite crear una imagen del modelo de sociedad al que aspiran los ciudadanos. Conceptos como socialismo o democracia cristiana entrañan una serie de valores y principios que, más o menos, son compartidos por aquellos que se sitúan dentro de la misma categoría ideológica. En segundo lugar, desde un punto de vista instrumental, la ideología también tiene sus ventajas, puesto que reduce la incertidumbre que generan los partidos (Downs, 1957). Tanto antes de llegar al poder, como una vez en el Gobierno, la ideología nos permite saber cómo reaccionarán los políticos en escenarios impredecibles o de dificultad.

En las ciencias sociales la ideología se ha cuantificado en diferentes escalas. Así, por ejemplo, en las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), a los entrevistados se les solicita que se autoubiquen en una escala de uno a diez, siendo uno extrema izquierda y diez extrema derecha. Si analizamos las casi

270 encuestas que ha realizado el CIS desde 1983 con esta pregunta, de media, un 25 por ciento de los individuos no saben colocarse en esta escala. Esto significa que el 75 por ciento sí que sabe utilizar la escala ideológica.

Para analizar empíricamente la evolución de los partidos socialdemócratas también vamos a utilizar una escala numérica, aunque en este caso va a ir de 100 a –100, siendo 100 la extrema derecha y –100 la extrema izquierda. El centro se situará en el cero. Los datos proceden de la investigación comparada Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011)[8]. En ella se analizan las propuestas programáticas de los partidos políticos en temas tan diversos como el bienestar, la cultura, el medio ambiente o la economía. Con la combinación de los indicadores en cada una de las materias se crea una escala que permite saber cómo de izquierdas o de derechas es un programa político.

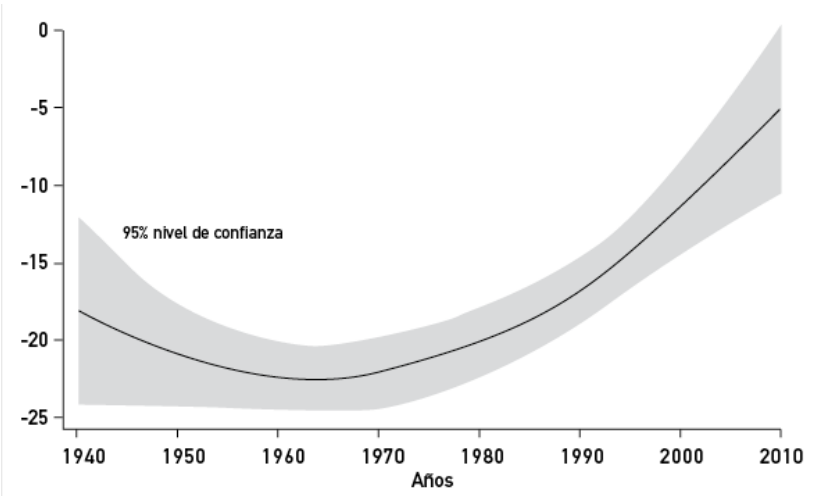
En este libro vamos a reducir el ámbito de estudio a los países desarrollados. En concreto, analizaré 24 países y 30 formaciones socialistas entre 1920 y 2010. La tabla 1 del Anexo resume los países y los partidos socialdemócratas que voy a utilizar en la muestra. La justificación de por qué no incluyo experiencias más allá de los países desarrollados es por no introducir una mayor complejidad en el análisis. Los diseños institucionales y las condiciones económicas de los países desarrollados en cada momento del tiempo son bastantes similares, lo que permite una comparación más sencilla y homogénea.

El gráfico 2 muestra los primeros datos sobre la evolución ideológica de los partidos socialdemócratas utilizando la escala y los datos de Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011). Puede observarse que entre los años 1940 y 1970, las formaciones socialistas se movieron ligeramente hacia la izquierda. Estas décadas coinciden con la segunda etapa de la socialdemocracia anteriormente descrita, donde la redistribución y el pleno empleo son las dos ideas fuerza. Pero a partir de los años setenta, los partidos socialistas iniciaron el camino de la moderación, situándose en posiciones extremadamente centradas y muy cercanas al valor cero de nuestra escala. Por lo tanto, la historia descrita en la sección anterior sobre las tres etapas de la socialdemocracia se

confirma empíricamente. Los datos muestran que, tras la Segunda Guerra Mundial, los partidos socialistas mantuvieron posiciones ideológicas muy progresistas. Pero a partir de los años setenta, la curva se desplaza hacia el centro (véase el gráfico 2), dando lugar a la "resignación" ideológica de la socialdemocracia.

Gráfico 2

Evolución ideológica de la socialdemocracia




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

No obstante, estas conclusiones no son muy distintas a las obtenidas en trabajos anteriores. Así, a pesar de usar una muestra ligeramente distinta y haber calculado la evolución ideológica de la izquierda de forma diferente[9], los datos aquí presentados concuerdan con los que muestra Maravall (2012: 365).

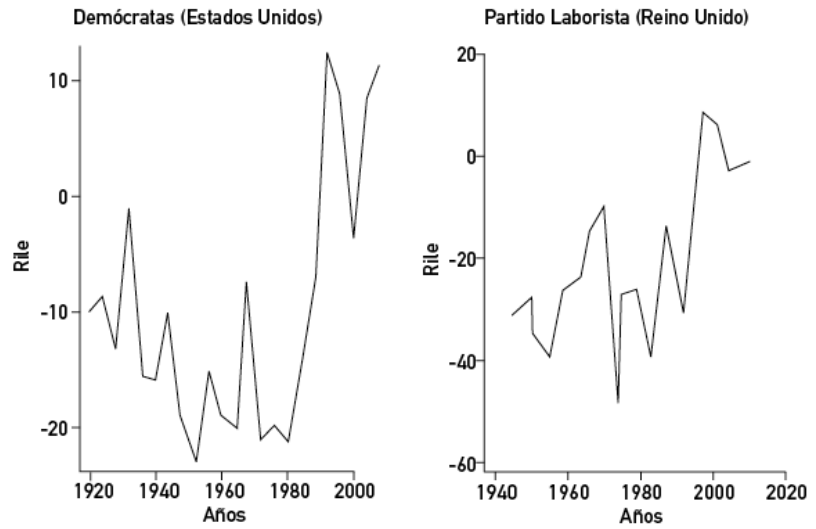
Si realizamos este mismo análisis en cada uno de los países de la muestra, vemos que casi todos los partidos socialistas han seguido una tendencia muy similar hacia la moderación. Pero si hay dos

partidos que simbolizan la etapa de la “resignación” de la socialdemocracia, son los demócratas de Estados Unidos y los laboristas de Reino Unido en los años noventa. De hecho, la Tercera Vía inspiró profundamente las etapas de gobierno de Bill Clinton y de Tony Blair (Sevilla, 2011: 258-264). El gráfico 3 muestra la evolución ideológica de ambas formaciones progresistas. Podemos ver que, como esperábamos, ambos partidos se situaron a finales de los noventa en posiciones prácticamente conservadoras, con valores positivos en nuestra escala ideológica. Es decir, los datos empíricos no solo confirman que la Tercera Vía significó una profunda moderación del socialismo, sino que además, en términos generales, se situó en el espacio ideológico de la derecha. No obstante, si analizamos los datos de Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011), estos casos son los más extremos. En el conjunto de los partidos socialistas de la muestra, los demócratas norteamericanos y los laboristas británicos son los que más se moderaron, mientras que, en el resto de países, la “resignación” no se tradujo en cruzar la frontera del centro.

Sí que es cierto que hay cuatro casos en los que los partidos socialdemócratas han seguido la tendencia contraria al resto de la muestra: el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Socialdemócrata de Finlandia, el Partido Socialdemócrata de Suiza y el Partido Socialista Japonés. En todos ellos, los datos de Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011) muestran que en los últimos años se han movido hacia posiciones más progresistas. Es decir, mientras que en gran parte de los países desarrollados los partidos socialistas se han moderado respecto a los años cincuenta, sesenta y setenta, en estos cuatro casos las formaciones socialdemócratas se han desplazado a la izquierda. No es objeto de este libro analizar estos cuatro partidos socialistas. Pero seguro que estudios posteriores podrán arrojar luz sobre qué ha sucedido con la izquierda en estos cuatro países y por qué, frente a una tendencia generalizada hacia la moderación, los partidos socialistas de España, Finlandia, Suiza y Japón se han movido hacia posiciones más progresistas.

Gráfico 3

Evolución ideológica de los partidos de izquierdas en Estados Unidos y Reino Unido




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

Una vez vista la evolución de la izquierda, surgen algunas preguntas. La primera de ellas es la siguiente: ¿cómo afectaron estos cambios ideológicos a los apoyos electorales de los partidos socialistas? Es decir, ¿qué sucedió electoralmente en cada una de las etapas de la socialdemocracia? La tabla 1 presenta el porcentaje de voto a las partidos socialistas en las principales democracias desarrolladas. He distinguido las tres etapas de la socialdemocracia para poder analizar qué ha sucedido en términos electorales en cada una de ellas.

Los datos muestran que durante la edad de oro de la izquierda, la mayoría de las formaciones socialistas aumentaron sus apoyos o los mantuvieron respecto a la etapa anterior. Únicamente en los casos de Bélgica, Finlandia, Francia e Italia la socialdemocracia obtuvo, de media, menos votos que a principios del siglo XX. Por lo tanto, entre 1944 y 1977, cuando la izquierda se situó en posiciones más

progresistas ideológicamente y pudo llevar a cabo su programa económico redistributivo, los éxitos electorales la acompañaron.

En cambio, en la fase de la "resignación", el porcentaje de votos disminuyó significativamente en todos los lugares, menos en los casos de Francia y Finlandia. Es decir, una vez que la izquierda emprende el camino de la moderación, la socialdemocracia obtiene niveles de apoyo inferiores a etapas anteriores.

No obstante, es difícil saber qué es la causa y qué la consecuencia. Es decir, ¿ha sido la excesiva moderación de la socialdemocracia la que la ha llevado a estos resultados electorales? ¿O es la disminución de los apoyos la que explica el camino hacia el centro de la izquierda? En principio, la escasa evidencia empírica de la que disponemos nos dice que en la medida que el porcentaje de votos aumenta, el proyecto político de la socialdemocracia se mueve hacia la izquierda (Maravall, 2012: 388), algo que encaja con lo observado aquí. Es decir, es la pérdida de apoyos la que podría explicar esta moderación. En las próximas líneas volveremos sobre esta cuestión.

Tabla 1

Apoyos electorales a los partidos socialistas (en porcentaje)

| | REFORMISMO (1917-1943) | EDAD DE ORO (1944-1979) | RESIGNACIÓN (1980-ACTUALIDAD) |
|---|---|---|---|
| Alemania | 24,5 | 37 | 36,1 |
| Austria | 40 | 45,5 | 39,5 |
| Bélgica | 35,3 | 28,8 | 12,8 |
| Dinamarca | 37,4 | 37,2 | 31,2 |
| Finlandia | 33,1 | 24,7 | 24,8 |
| Francia | 19,7 | 15,4 | 28,4 |
| Holanda | 21,9 | 28,3 | 27,4 |
| Irlanda | 11,5 | 12,3 | 10,5 |
| Islandia | 16,4 | 15,4 | 13,5 |
| Italia | 28,5 | 12,4 | 10,9 |
| Luxemburgo | 29 | 30,8 | 26,4 |
| Noruega | 31,7 | 44 | 34,7 |
| Reino Unido | 31,4 | 43,8 | 34,4 |
| Suecia | 40,8 | 45,8 | 39,8 |
| Suiza | 26,3 | 25,2 | 21,2 |

Fuente: Bartolini (1979) y Manifesto Project Database.

Pero la pérdida de votos no se ha traducido en el abandono del poder. La tabla 2 muestra la ideología de los Gobiernos en las dos últimas fases de la socialdemocracia. Podemos ver que, a pesar de esa pérdida de apoyos electorales, la izquierda ha disfrutado de más Gobiernos a partir de 1980 que en la etapa anterior. Así, entre 1940 y 1979, el 19,3 por ciento de los Gobiernos pueden considerarse mayoritariamente progresistas. A partir de 1980, esta cifra se eleva al 24,5 por ciento. Además, los Gobiernos conservadores disminuyen en un mayor porcentaje, pasando del 60,9 por ciento durante la edad de oro de la socialdemocracia al 53,2 por ciento de las últimas décadas. Por lo tanto, a pesar de contar con un menor porcentaje de votos de media, las experiencias de gobierno aumentaron significativamente durante la etapa de la “resignación”.

Tabla 2

Distribución ideológica de los gobiernos entre 1940-1980

| | | EDAD DE ORO (1940-1979) | RESIGNACIÓN (1980-ACTUALIDAD) |
|---|---|---|---|
| Ideología del Gobierno | Dominado por la derecha[1] | 39,6% | 37,3% |
| | Centro-derecha[2] | 21,3% | 15,9% |
| | Centrado[3] | 19,8% | 22,3% |
| | Centro-izquierda[2] | 8,7% | 4,5% |
| | Dominado por la izquierda[1] | 10,6% | 20% |

1. Como mínimo, el 66,6 por ciento de los escaños que apoyan

al gobierno se identifican con esta ideología.

2. Entre un 33,3 por ciento y un 66,6 por ciento de los escaños que apoyan

al gobierno se identifican con esta ideología.

3. Dos posibles escenarios: el 50 por ciento de los escaños que apoyan al gobierno

se identifican con el centro o la relación de fuerzas entre izquierda

y derecha es mitad y mitad en términos de escaños.

Fuente: Elaboración propia a partir de Woldendorp, Keman y Budge (1998)

y datos propios a partir de 1995.

Hay una segunda cuestión en la tabla 2 sobre la que no me quiero detener en exceso, aunque no puedo dejar de mencionarla. En muchas ocasiones, cuando se habla de la crisis de la socialdemocracia, se asocia esta supuesta crisis a la pérdida del

poder. Pero como muestran estos datos, la presencia de Gobiernos progresistas no es algo muy frecuente en los países desarrollados. Es decir, lo realmente "excepcional" es que gobierne la socialdemocracia y lo "normal" es que gobiernen los conservadores. En el caso español, este error se agudiza, puesto que nuestra realidad no nos permite ver con cierta perspectiva qué sucede con la izquierda en el resto de países. Desde la vuelta de la democracia en España en 1977, el PSOE ha gobernado 21 de los 35 años: el 60 por ciento del tiempo. Pero como muestran los datos, esto no es lo que sucede en las democracias desarrolladas. Por lo tanto, argumentar que la izquierda está en crisis porque está en la oposición no es un análisis válido. Si fuera así, la socialdemocracia estaría casi todo el tiempo en crisis desde sus orígenes.

Comparando los datos de las tablas 1 y 2, surge la siguiente pregunta: ¿cómo ha sido posible que en la última etapa de la socialdemocracia, disminuyendo los apoyos electorales del socialismo respecto a fases anteriores, aumentaran las experiencias de gobierno? La tabla 3 tiene la respuesta. En ella podemos ver los tipos de Gobierno según ideología. La evidencia empírica muestra que durante la edad de oro de la izquierda, la mayoría de los Gobiernos progresistas estaban formados por un solo partido: el socialista. En cambio, desde principios de los ochenta, los Gobiernos de izquierdas han experimentado un cambio sustancial: mayoritariamente son de coalición.

Este cambio en el tipo de Gobierno de la socialdemocracia no es baladí desde el punto de vista ideológico. Cuando una formación política tiene que compartir el poder con otros partidos, es muy probable que deba renunciar a parte de su programa. Con el fin de llegar a acuerdos, parte de las preferencias políticas se quedarán por el camino, renunciando en ocasiones a promesas electorales. Por lo tanto, la presencia de los Gobiernos de coalición puede ser uno de los factores que expliquen tanto la mayor presencia de la socialdemocracia en el poder, como su "resignación".

Tabla 3

Tipos de gobierno según ideología

| | | EDAD DE ORO (1940-1979) | RESIGNACIÓN (1980-ACTUALIDAD) |
|---|---|---|---|
| Derecha | Un solo partido | 35,6% | 39,3% |
| | Coalición | 64,4% | 60,7% |
| Izquierda | Un solo partido | 56,1% | 45,7% |
| | Coalición | 43,9% | 54,3% |

Nota: las categorías “Derecha” e “Izquierda” proceden de la clasificación utilizada en la tabla 2. Así, los gobiernos dominados por la derecha y el centro-derecha se engloban dentro de la categoría “Derecha” y los gobiernos dominados por la izquierda y el centro-izquierda están dentro de la categoría “Izquierda”.

Fuente: Elaboración propia a partir de Woldendorp, Keman y Budge (1998) y datos propios a partir de 1995.

Todos estos datos merecen una pequeña reflexión de conjunto. La evidencia empírica mostrada nos dice que, efectivamente, el socialismo se ha moderado desde los años setenta. Este viaje hacia el centro ha significado que algunos proyectos políticos de los noventa, como fueron la Tercera Vía de Tony Blair y Bill Clinton, ocuparan incluso posiciones ideológicas más propias de partidos conservadores. Como hemos visto, esta “resignación” de parte de los postulados ideológicos ha coincidido con tres fenómenos políticos. En primer lugar, con la excepción de Francia y Finlandia, en los países desarrollados ha descendido el apoyo electoral a los partidos socialistas. En segundo lugar, aunque parezca contradictorio con lo anterior, las experiencias de gobierno han aumentado en las últimas décadas. Es decir, desde los años ochenta, la izquierda accede más al poder que en etapas anteriores. En tercer lugar, en los últimos tiempos, la socialdemocracia gobierna mayoritariamente en coalición, cuando anteriormente, durante su edad de oro, lo hacía mucho más en solitario.

No obstante, esta primera aproximación no debe llevarnos a conclusiones equivocadas. Todavía no podemos saber si ha sido la moderación la que ha llevado a la izquierda a perder apoyos

electorales, a acceder más al poder y a gobernar en coalición o, en cambio, son estos tres fenómenos los que explican la "resignación" de la socialdemocracia. Es muy probable que estos acontecimientos sean endógenos. Es decir, todos ellos pueden estar relacionados entre sí y, al mismo tiempo, ser causa y efecto. Pero antes de llegar a conclusiones precipitadas, vayamos hacia un análisis empírico más riguroso.

## Las causas de la moderación en la literatura

No es la primera vez que un libro se pregunta qué explica los cambios ideológicos del socialismo. De hecho, existe bastante literatura al respecto. Quizá, el trabajo que mejor haya abordado esta cuestión sea la obra de Przeworski y Sprague (1988): Paper Stones: A History of Electoral Socialism. El libro hace referencia a una famosa frase de Engels cuando, reflexionando sobre qué pasaría el día que se extendiese el sufragio universal y los obreros pudiesen votar, acaba concluyendo que los votos se convertirían en "piedras de papel".

Para Przeworski y Sprague (1988), la evolución ideológica del socialismo está íntimamente relacionada con la cuestión electoral. Los partidos socialistas, en el momento que aceptaron la democracia representativa y las elecciones como instrumentos para acceder al poder, acabaron enfrentándose a un dilema: ¿cómo ganar las elecciones sin renunciar a su programa político? Cuando compitieron electoralmente, vieron que ni los trabajadores eran mayoría en la sociedad (Przeworski y Sprague, 1988: 39), ni todos los obreros votaban a formaciones de izquierdas. Por ello, debían buscar alianzas electorales más allá de la clase trabajadora, intentando convencer también a la clase media. Pero esta estrategia electoral llevaba a los partidos socialistas a una espiral que debilitaba constantemente su programa político. Así, en palabras de Przeworski y Sprague, "cuando los socialistas buscaron una estrategia efectiva de competición electoral erosionaron su ideología, que es la fuente de su fortaleza entre los trabajadores"

(Przeworski y Sprague, 1988: 55). Es decir, en la medida en que los partidos socialistas buscaban votos más allá de la clase obrera, renunciaban a su programa máximo. Pero esta renuncia ideológica les llevaba a perder apoyos entre los trabajadores, lo que reforzaba su estrategia de seguir buscando los votos de más clases sociales además de la obrera.

En definitiva, para estos autores, la competición electoral tiene límites para el proyecto socialista. En democracia, el acceso al poder solo es posible cuando la mayoría del electorado se posiciona por un programa político. Pero alcanzar la mayoría electoral no es posible si las propuestas programáticas van dirigidas a una minoría. Por ello, inicialmente, la democracia supone dilemas y restricciones para la estrategia política de la izquierda.

No obstante, este argumento se puede cuestionar parcialmente. En primer lugar, ¿cuál habría sido la alternativa para la socialdemocracia? ¿La revolución de una minoría? Como el mismo Przeworski reconoce en un trabajo posterior, si el socialismo es un proyecto político dirigido a la mayoría de la población, no puede evitar su participación en la democracia y en la competición electoral (Przeworski, 2003: 322).

En segundo lugar, no siempre las coaliciones electorales con otras clases sociales fueron un problema para el programa político de los socialistas. Por ejemplo, en los países nórdicos, especialmente en Suecia, la temprana coalición entre socialdemócratas y agricultores permitió la llegada al poder de los primeros. Les unía una creencia común en el Estado como forma de resolver los problemas económicos de las respectivas clases sociales que representaban (Sejersted, 2011: 82-84). Además, como argumenta Gosta Esping-Andersen (1990), la existencia de distintos Estados del bienestar depende de las distintas coaliciones de clase que se establecieron en cada país. Es decir, allá donde los trabajadores fueron de la mano de agricultores o clases medias, el Estado del bienestar fue mucho más desarrollado y ambicioso que donde la clase trabajadora se quedó sola en la defensa del socialismo. Por lo tanto, no todos los partidos socialdemócratas siguieron una misma estrategia electoral y, en el fondo, fueron mucho más exitosos a la hora de aplicar su programa político cuando fueron capaces de establecer coaliciones

electorales con clases sociales más allá de los trabajadores. Es decir, a diferencia de lo que argumentan Przeworski y Sprague (1988), las coaliciones electorales con otras clases sociales no significaron precisamente una renuncia a los objetivos de la socialdemocracia.

Más recientemente, Maravall (2012) se hace una pregunta similar: ¿qué explica los cambios en las promesas electorales de los partidos socialistas? Su análisis empírico también revela que las cuestiones electorales tuvieron un gran peso en la variación de los programas políticos de la izquierda. En concreto destaca tres factores: la derechización del principal partido conservador, los años en la oposición y los años en el Gobierno. Pero ¿en qué dirección afectaron estos fenómenos a los partidos socialistas?

En primer lugar, Maravall demuestra que cuando los partidos conservadores se alejaban del centro, la izquierda se aproximaba a él. Para el autor, esto responde "a una estrategia de captar al votante mediano" (Maravall, 2012: 389). ¿Qué significa esto? Una de las teorías más conocidas de la ciencia política es la hipótesis del votante mediano. El argumento procede de la economía (Hotelling, 1929). La idea principal es que en el mundo de las empresas, cuando varios actores compiten en un mismo mercado, en el punto de equilibrio "los competidores se imitan unos a otros en la calidad de los bienes, en su emplazamiento, y en otras cuestiones esenciales" (Hotelling, 1929: 41). Por lo tanto, cuando los partidos políticos compitan por la mayoría de los votos, la tendencia también será a aproximarse y parecerse ideológicamente. El mecanismo causal es el siguiente. Esto lo hacen porque desean convencer al votante que decide las elecciones: el votante mediano. Este votante se sitúa en la mediana de la escala ideológica y, por lo tanto, tiene a la mitad del electorado a su izquierda y a su derecha, respectivamente. Si lo convencen, contarán con la mitad más uno de los apoyos. Es por ello que las formaciones políticas compiten por el centro ideológico, porque en ese espacio se sitúa el votante mediano.

En principio, la evidencia empírica de Maravall (2012) confirma que la izquierda se modera cuando la derecha se aleja del centro y para este autor el argumento que lo explicaría sería el deseo de captar al votante mediano.

El segundo hallazgo relevante de Maravall (2012) es que tanto si aumentan los años en la oposición como si aumentan los años en el Gobierno, las formaciones socialdemócratas responden con movimientos ideológicos hacia la izquierda. ¿Cómo es posible que escenarios opuestos generen los mismos cambios en las preferencias políticas?

Con relación a la estancia en la oposición, Maravall argumenta que la impaciencia por recuperar el poder deriva en más izquierdismo. Es decir, los partidos socialistas, una vez pierden el Gobierno, comienzan a incrementar sus deseos de recuperarlo y este anhelo genera movimientos ideológicos hacia la izquierda. La "vuelta a las esencias" es el argumento más utilizado. Ante una derrota electoral, la mayor tentación de un partido político es argumentar que el descalabro se explica por haber traicionado los verdaderos valores. Así, surgen movimientos dentro de la organización que piden más ideología y, en el caso de los socialistas, más izquierda. El Partido Laborista y el SPD alemán en los ochenta son dos claros ejemplos que utiliza el autor para explicar la deriva izquierdista en este escenario.

En cambio, cuando los socialistas están en el poder, el giro hacia posiciones más progresistas es producto de la demanda de los militantes (Maravall, 2012: 391). Aunque el autor no lo explica en detalle, presuponemos que el mecanismo causal es distinto al escenario anterior. Ahora los miembros del partido temen que este renuncie a su programa político por cálculos electorales y, por ello, presionan para que las señas ideológicas no solo no se pierdan, sino que aumenten.

En definitiva, tanto Przeworski y Sprague como Maravall entienden que detrás de los cambios ideológicos de la izquierda está la competición política. Pero ¿son los únicos factores? Es decir, ¿no hay más variables y actores que condicionen la evolución ideológica de la socialdemocracia? Y, además, se echa de menos una teoría mucho más completa que explique los cambios en el programa político del socialismo.

## Contexto y actores: una teoría más general de la moderación ideológica

La idea principal que voy a desarrollar en las siguientes líneas es que los cambios ideológicos de los partidos socialistas dependen tanto de los contextos político y económico de cada momento, como de los principales actores que pueden influir en las decisiones políticas de la formación. Así, la socialdemocracia no solo ha ido adaptándose a las circunstancias que la rodean, sino que, además, es posible que sus dirigentes también hayan escuchado a aquellos que ejercen cierta influencia sobre el partido. ¿Quiénes son estos actores preocupados por la deriva ideológica de una formación socialista? Principalmente, estoy pensando en los militantes, en los votantes y en los sindicatos. Para la socialdemocracia, estos tres grupos son muy relevantes para su estrategia política. No obstante, mucho de lo que viene en las siguientes líneas se sustenta en datos. Es muy difícil recopilar evidencia empírica sobre los militantes de los 30 partidos socialistas de la muestra en los últimos 80 años. Por ello, me centraré en los votantes y en los sindicatos, dejando para otros estudios el papel de los militantes dentro de los partidos políticos (Maravall, 2003). Pero vayamos por partes.

Como hemos visto en las páginas anteriores, uno de los factores que más se repite en la literatura a la hora de explicar la evolución ideológica de la socialdemocracia es la política. Especialmente durante su primera etapa, aunque también en las fases posteriores, la extensión del sufragio universal, la competición electoral y las posibilidades de gobernar influyeron en su moderación ideológica. En todos estos escenarios, el socialismo se vio en la disyuntiva de presentar un programa político que fuese más allá de la clase social a la que representaba. Si los dirigentes socialistas querían ganar las elecciones y tener el respaldo de una mayoría social, necesitaban los votos de más colectivos, además de los trabajadores. Por ello, en esa búsqueda de alianzas con las clases medias, con los agricultores o con los comerciantes, la izquierda tuvo que renunciar a parte de sus propuestas. Pero ¿ha sido realmente así? ¿Realmente son los factores políticos y la competición electoral los que explican la moderación de la izquierda?

Antes de pasar al análisis empírico, me gustaría añadir otro factor político que apenas se ha tenido en cuenta en la literatura y que, en cambio, considero muy importante para explicar la evolución ideológica de la socialdemocracia: la Unión Europea. La pregunta sería la siguiente: ¿qué efectos han tenido las instituciones europeas sobre la izquierda?

La Unión Europea ha sido un largo proceso de integración política y económica. Durante su desarrollo, este proceso de integración ha consistido en la cesión de soberanía por parte de los Estados en beneficio de instituciones supranacionales (Parlamento Europeo, Comisión Europea, Banco Central Europeo, etc.), unas instituciones que han tenido un claro déficit democrático. Es decir, en muchas ocasiones se escapan del control directo por parte de los ciudadanos.

Si nos detenemos en reflexionar sobre los procesos de integración política y económica de la Unión Europea, vemos que el segundo ha sido mucho más ambicioso que el primero. Es decir, los lazos económicos son más profundos que los políticos. Así, por ejemplo, no se puede hablar de un ejército común o de una política exterior común, elementos que definen políticamente a un Estado.

En cambio, sí que existe una unión económica y monetaria muy intensa. Desde 1999 opera en los mercados financieros el euro, fecha en la que sustituyó a la Unidad Monetaria Europea (ECU). Aunque la moneda europea no entró en circulación hasta el 1 de enero de 2002. En la actualidad, el euro es la moneda oficial en 20 países, 17 de ellos miembros de la Unión Europea[10].

La política monetaria de la Eurozona la administra el Banco Central Europeo (BCE). Este banco nace en 1998, lo crea el Tratado de Ámsterdam y tiene su sede en Fráncfort. Su principal función es controlar la inflación. Tanto su ubicación como su principal objetivo no son baladíes. Son una muestra de la enorme influencia que ejerce Alemania sobre este Banco Central[11].

Pero el BCE tiene problemas serios. Una parte de estos problemas tienen que ver con su gobernanza, la falta de una mayor unión política, la presencia de políticas económicas asimétricas dentro de la Unión Europea (De Grauwe, 2009) y la “claridad” de sus

objetivos macroeconómicos[12] (De Grauwe, 2002). Pero, además, su diseño institucional también presenta serios inconvenientes. El más importante de ellos es que el BCE no tiene las funciones que puede desempeñar la Reserva Federal de Estados Unidos (FED) o el Banco Central de Inglaterra. A diferencia de ellos, el BCE no es el prestamista de última instancia de los países de la Eurozona. Esto significa que cada país emite deuda de forma individualizada y no puede recurrir al BCE como prestamista último. Esta disfunción tiene serias consecuencias económicas. Así, cuando la economía va bien, los costes de financiación de las deudas públicas son muy similares en todos los países. En cambio, cuando la Unión Europea se ha enfrentado a su primera recesión grave, hemos visto cómo la financiación de la deuda pública en cada país ha variado enormemente. El capital ha buscado refugio en las economías más fuertes, mientras que las más débiles están teniendo serios problemas para financiar su deuda pública.

El diseño institucional de la unión económica y monetaria de la Eurozona presenta numerosos dilemas y retos para la socialdemocracia. Como hemos visto en las páginas anteriores, una de las ideas fuerza de la izquierda es que el Estado debe tener un papel activo en dos direcciones. Por un lado, en fomentar la redistribución de la renta y de las oportunidades. Por otro, en ejercer un papel activo como motor y facilitador del crecimiento económico. Pero las bases sobre las que se asienta la unión económica y monetaria de la Eurozona fijan una serie de límites al papel de los Gobiernos, especialmente en su gasto público y en el déficit del Estado.

En primer lugar, el Tratado de Maastricht (1992) estableció unos criterios de convergencia para todos aquellos países de la Unión Europea que quisiesen acceder al euro. Entre estos criterios figuran dos que afectan a las cuentas públicas: no superar el año anterior al ingreso el 3 por ciento de déficit público y una deuda pública que no sea superior al 60 por ciento[13]. Por lo tanto, las economías que deseen utilizar el euro como moneda no pueden manejar sus presupuestos públicos con total libertad y deben cumplir con estos criterios de convergencia.

En segundo lugar, como acabamos de ver, el BCE tiene unos límites

en su diseño institucional que dificultan la financiación de los Estados. Así, de nuevo, los Gobiernos tampoco pueden tomar decisiones libremente sobre sus cuentas públicas y se ven condicionados por una política monetaria con numerosos problemas.

En tercer lugar, el objetivo prioritario del BCE es controlar la inflación, algo que encaja con alguna dificultad en el proyecto político de la socialdemocracia. Como hemos visto en la nota 4 de este capítulo, existe una relación muy estrecha entre inflación y desempleo. Esto significa que los Gobiernos, cuando fijan sus objetivos macroeconómicos, generalmente deben primar alguno de ellos. Tal y como han desarrollado en economía los modelos de la teoría partidista (partisan theory), puestos a elegir, la izquierda suele preferir un desempleo bajo, aunque ello implique una inflación más alta. En cambio, los conservadores optarán por la combinación opuesta: primarán reducir la inflación, aunque ello conlleve que aumente el desempleo (Hibbs, 1977, 1987). Siendo esto así, el diseño del BCE antepone los objetivos económicos de la derecha a los de la izquierda. En la medida en que la inflación es la gran obsesión del BCE, sus políticas monetarias casarán mucho mejor con una política económica conservadora que progresista.

Por todo ello, si partimos del supuesto de que el Estado tiene un papel fundamental para el proyecto político de la socialdemocracia, la unión económica y monetaria supone una seria restricción para la izquierda. Cuando los partidos socialistas acceden al poder en la Eurozona, ya no tienen la misma libertad que antes y, por lo tanto, ya no pueden desarrollar la política económica ni manejar las cuentas públicas como ellos podrían desear. Además, los objetivos macroeconómicos del BCE son más propios de la ideología conservadora. Si esto así, lo que deberíamos observar es que la izquierda es mucho más moderada dentro de la unión económica y monetaria que fuera de ella.

No obstante, que la socialdemocracia se modere dentro de la Eurozona no significa que deje de ser progresista. Por ejemplo, a pesar de todas las limitaciones y restricciones que impone la unidad económica y monetaria de la Unión Europea, seguimos observando diferencias en la política fiscal de los países dependiendo del color

del Gobierno. La evidencia empírica muestra que donde ha gobernado la izquierda en los años setenta, ochenta y noventa en la Unión Europea, las transferencias sociales y los beneficios sociales del gasto público han aumentado más que donde han gobernado los conservadores (Mulas-Granados, 2003: 27-28). Por lo tanto, estamos hablando de moderación ideológica, no de transformación en un proyecto de derechas.

El gráfico 4 presenta una primera aproximación al análisis de los datos de algunos de estos factores políticos. En el gráfico superior podemos ver la ideología de la socialdemocracia cuando estaba en el Gobierno y cuando estaba en la oposición. Dos son las conclusiones que extraemos. En primer lugar, vemos que a partir de los años noventa no hay diferencias significativas entre estar en el poder o fuera de él. Ambas líneas se mueven dentro del espacio sombreado. En segundo lugar, hasta los años sesenta, la izquierda del Gobierno era mucho más radical que la socialdemocracia de la oposición. Lo contrario a lo que podríamos esperar. Pero, a partir de entonces, la evolución ideológica es inversa: los partidos socialistas fuera del poder se hicieron más de izquierdas que los que estaban en él. Por lo tanto, es difícil observar a lo largo del tiempo una relación clara y constante entre moderación y estar en el Gobierno. En definitiva, el primer análisis exploratorio parece indicar que la experiencia de gobierno no tiene un efecto significativo y relevante sobre la evolución ideológica de la socialdemocracia.

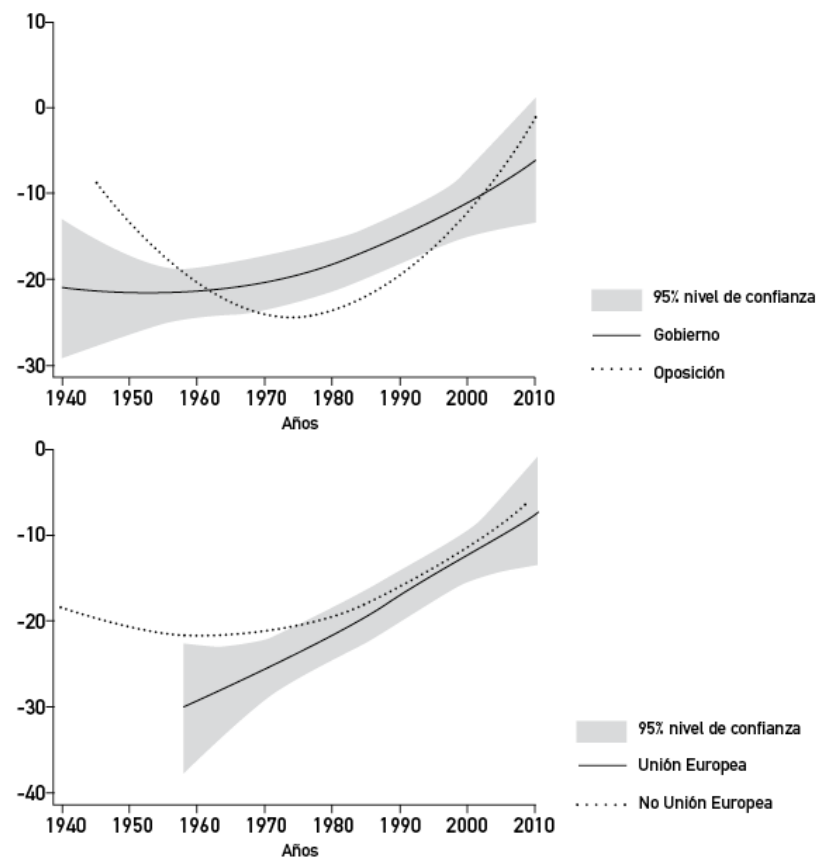
El gráfico inferior compara la evolución ideológica de los partidos socialistas dentro y fuera de la Unión Europea. Pero no me refiero a la unión económica y monetaria, a la Eurozona, sino al proyecto político europeo en su sentido más amplio y que nace tras la Segunda Guerra Mundial. Se puede observar que tanto las formaciones socialdemócratas que pertenecen a la Unión Europea como las que están fuera de ella han seguido una tendencia hacia la moderación. Además, aunque inicialmente la izquierda europea era más progresista que el resto, a partir de los ochenta no hay diferencias significativas entre ambos grupos. Por lo tanto, esta primera aproximación a los datos nos indica que el proyecto europeo no ha marcado disparidades sustanciales en la evolución ideológica de la socialdemocracia.

Pero ¿podemos conformarnos con una aproximación descriptiva? Para realizar un análisis mucho más en profundidad, he elaborado la tabla 2 del Anexo. En ella recojo los resultados de diferentes regresiones. Dado que es necesario tener conocimientos avanzados de estadística para poder interpretar los datos, recomiendo al lector que se centre en la interpretación que realizo de los resultados en las líneas que vienen a continuación[14].

La evidencia empírica muestra que de todos los factores políticos, el único que es significativamente estadístico y relevante en la evolución ideológica de la socialdemocracia es la pertenencia a la unión económica y monetaria. Es decir, ocupar el Gobierno[15], la presencia del voto obligatorio[16] o la incorporación a la Unión Europea no afectan al proyecto político de la izquierda. En cambio, los partidos socialistas que se encuentran dentro de la Eurozona son mucho más moderados que el resto.

Gráfico 4

Evolución de la socialdemocracia según su estancia en el poder y la pertenencia a la Unión Europea




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

Para clarificar y mejorar la presentación del análisis de los datos he elaborado el gráfico 5. En él podemos observar las diferencias en la evolución ideológica de la socialdemocracia considerando la presencia de esta en la unión económica y monetaria. Es decir, vemos cómo se diferencia un partido socialista de la Eurozona de aquel que no pertenece, una vez que controlamos estadísticamente la influencia del resto de factores políticos que podrían afectar al proyecto de la izquierda. Las diferencias son sustanciales y significativas. Los partidos socialdemócratas que tienen que realizar propuestas ideológicas dentro de la unión económica y monetaria son mucho más moderados y están más cerca del centro ideológico

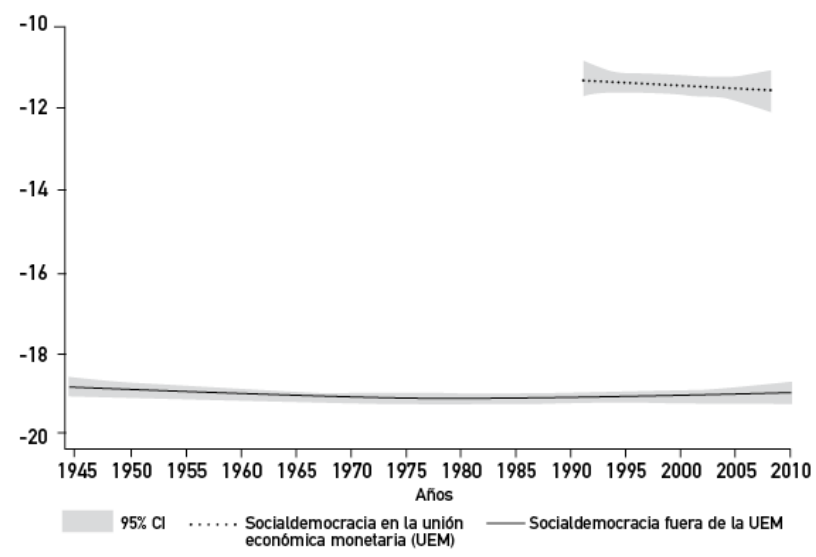
que el resto de formaciones socialistas. Por lo tanto, los argumentos desarrollados anteriormente respecto a la presencia del euro y del BCE se cumplen empíricamente. Los corsés que el diseño de la Eurozona impone han hecho que la socialdemocracia se haya moderado ideológicamente.

Pero además de los factores políticos, la economía también entra dentro de las circunstancias que condicionan el proyecto político de la socialdemocracia. En principio, en este libro nos vamos a detener en tres: la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores[17], la apertura económica[18] y la desigualdad[19]. ¿En qué dirección influyen estos cambios económicos al proyecto socialista? De nuevo, vayamos por partes.

Marx esperaba que la clase dominante del futuro fuera la clase trabajadora. Por ello, confiaba en que el proyecto socialista se acabaría materializando gracias al empeoramiento de las condiciones de vida del conjunto de la sociedad, donde cada vez habría más obreros. Así, en la medida en que la clase trabajadora se extendiera y sus condiciones de vida empeorasen, el triunfo del socialismo sería una realidad. Pero lo cierto es que en los países desarrollados, con el paso del tiempo, no solo el porcentaje de obreros ha ido disminuyendo, sino que además la renta de la que disponen los trabajadores ha aumentado de forma relevante. Esta mejora en las condiciones de vida de los obreros ha generado la tesis del aburguesamiento. La idea principal es que los trabajadores, puesto que han alcanzado un nivel de vida más elevado, han dejado atrás sus reivindicaciones de clase social, y sus demandas y su forma de vida se aproximan mucho más a las de la burguesía o clase media. Si esto es así, lo que esperaríamos es que la mejora de la renta de los trabajadores nos conduciría a un socialismo mucho más moderado.

Gráfico 5

Evolución ideológica de la socialdemocracia dentro de la unión económica y monetaria




Fuente: Elaboración propia a partir de los análisis estadísticos de la tabla 2 del Anexo.

En cambio, la apertura económica y el aumento de las desigualdades empujarían a la socialdemocracia a su izquierda. ¿Por qué? Cuando las economías abren sus mercados, se producen ganadores y perdedores con esta decisión (Fernández-Albertos, 2002). Uno de los posibles riesgos es la salida del país de la industria menos competitiva, buscando economías con salarios más bajos. Generalmente, esto se produce en los sectores más intensivos en mano de obra y con menor cualificación, donde la productividad es más baja. Una de las principales consecuencias es el aumento del paro en este sector. En ocasiones, también puede suceder que parte de esta industria menos competitiva se quede en la economía de origen, pero su permanencia acabará implicando reducciones salariales. Es decir, los empresarios solo aceptarán seguir en el país de origen si los trabajadores aceptan reducir los costes laborales. No obstante, ya sea porque la industria se va o porque se queda, el efecto que se produce en la clase obrera es el empeoramiento de su nivel de vida. Por ello, ante la apertura económica, los partidos socialistas tendrán incentivos para moverse a su izquierda. Una parte importante de su potencial electorado ha visto reducido su

bienestar y, por lo tanto, la socialdemocracia dedicará parte de sus propuestas políticas a los perdedores de la globalización.

El aumento de las desigualdades también es un factor económico relevante para el proyecto de la izquierda. Como hemos visto anteriormente, dentro de las preocupaciones más importantes del socialismo, la redistribución ocupa un lugar muy especial. Entre los objetivos prioritarios de la socialdemocracia está mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y, por lo tanto, sus políticas van dirigidas a fomentar una distribución de la renta más equitativa. Si las desigualdades aumentan, la clase trabajadora, su electorado más importante, empeorará su bienestar. Por ello, a los partidos socialistas no les quedará más remedio que presentar propuestas más a la izquierda.

La tabla 2 del Anexo muestra el análisis estadístico de estas variables (variables económicas 1 y 2). Podemos ver que tanto la mejora de la renta de los trabajadores como la apertura económica y el aumento de las desigualdades son significativas estadísticamente y van en la dirección esperada. Es decir, cuando mejora la renta de la clase obrera, la socialdemocracia se modera. En cambio, cuando aumenta la apertura económica de un país o cuando las desigualdades se incrementan, los partidos socialistas se mueven hacia la izquierda.

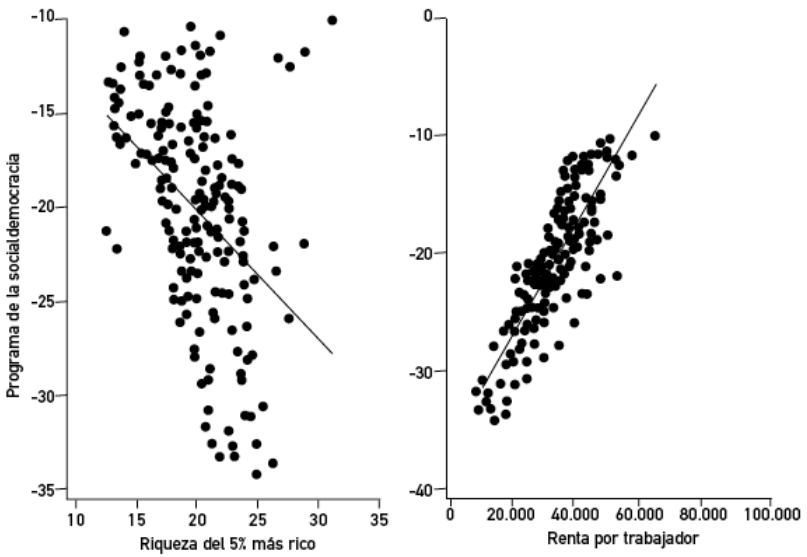
De nuevo, he elaborado un gráfico para aportar sencillez en la presentación de los análisis estadísticos. El gráfico 6 muestra la relación entre las posiciones ideológicas de la socialdemocracia y el aumento de la desigualdad (gráfico de la izquierda) y los cambios en la renta de los trabajadores (gráfico de la derecha), una vez que controlamos estadísticamente todos los factores económicos de nuestra teoría. Podemos observar que cuanta más riqueza acumula el 5 por ciento más rico de una sociedad, más a la izquierda se sitúan los partidos socialistas en los países desarrollados. En cambio, cuando aumenta la renta de los trabajadores, la socialdemocracia se ubica en posiciones mucho más moderadas. De hecho, esta última relación es casi perfecta (véase el gráfico de la derecha).

En definitiva, las circunstancias económicas aparecen como un factor muy relevante para explicar la evolución ideológica de los

partidos socialistas. La evidencia empírica muestra que son muy significativas estadísticamente.

Gráfico 6

Relación entre la posición ideológica de la socialdemocracia y la desigualdad y la renta por trabajador




Fuente: Elaboración propia a partir de los análisis estadísticos de la tabla 2 del Anexo.

Finalmente, además de los contextos políticos y económicos, podemos presuponer que los actores más relevantes de las formaciones socialdemócratas también influyen de forma significativa en su proyecto político. Como he señalado al principio de esta sección, puesto que no disponemos de datos sobre los militantes de los partidos socialistas, me voy a centrar en los otros dos actores importantes: los votantes y los sindicatos.

Una vez que el socialismo aceptó la democracia representativa como instrumento político para transformar la sociedad, las preferencias del electorado se convirtieron en una parte importante de la estrategia política de la izquierda. Así, las formaciones socialdemócratas tuvieron que "adaptar" sus propuestas programáticas a las demandas de los votantes. Esto significa que los políticos en democracia no solo son accountable, sino también responsive. Es decir, los dirigentes de los partidos no solo tienen que rendir cuentas de lo que hacen, sino que además también tienen que prestar especial atención a las demandas de los ciudadanos, para luego incorporarlas a sus programas políticos. Por lo tanto, si los políticos adaptan sus propuestas ideológicas al tipo de electorado al que se enfrentan, esperaremos que los partidos socialistas sean más progresistas conforme más ciudadanos de izquierdas haya en la sociedad. En este caso, es la opinión pública la que condicionaría la ideología de la socialdemocracia.

Pero no solo son importantes las preferencias políticas de los ciudadanos, sino que también puede ser relevante el nivel de participación. En principio, los datos señalan que la gente con mayores ingresos participa más que los que tienen rentas bajas (Bosch y Anduiza, 2009). Por lo tanto, cuanto mayor sea la participación electoral en un país, un mayor número de ciudadanos de clase baja votará. Es esta clase social la que tiene un mayor interés en que la socialdemocracia realice políticas redistributivas. Por ello, podríamos anticipar que altos porcentajes de participación electoral se traducen en propuestas programáticas más progresistas por parte de los partidos socialistas. Dicho con otras palabras, si solo votaran los ricos y la socialdemocracia quisiera ganar las elecciones, no tendría fuertes alicientes para realizar un programa político muy a la izquierda. Solo cuando voten masivamente los trabajadores y los ciudadanos con menos rentas, los partidos socialistas tendrán incentivos para situarse en posiciones ideológicas muy a la izquierda.

Puesto que no es sencillo medir las "demandas" del electorado, voy a utilizar tres variables distintas que intenten captar las preferencias ideológicas de los ciudadanos: el porcentaje de personas que se autoposicionan en la izquierda[20], la media ideológica de la sociedad[21] y el porcentaje de participación electoral[22]. En principio,

se espera que cuanta más gente se sitúe en la izquierda en una sociedad y mayor sea la participación en las elecciones, más a la izquierda serán las propuestas programáticas de la socialdemocracia.

El segundo actor relevante son los sindicatos. De hecho, es difícil entender la historia del socialismo sin el concurso de este actor. Ya sea en el origen del diseño institucional de las democracias (Penadés, 2005), como en las propuestas programáticas de la socialdemocracia sobre el mercado laboral (Rueda, 2007), los sindicatos han desempeñado un papel muy importante. Pero ¿hacia dónde han movido ideológicamente a las formaciones de izquierdas?

Aunque no analizan exactamente lo mismo, Fernández-Albertos y Lapuente (2012) estudian las propuestas programáticas de los partidos socialistas en función de sus "anclajes sociales". Así, si una formación socialdemócrata está muy asentada en la sociedad, incluso antes de la instauración de la democracia, sus promesas serán mucho más creíbles y podrá desarrollar "políticas universalistas y de provisión de bienes públicos" (Fernández-Albertos y Lapuente, 2012: 298). En cambio, si el partido socialista carece de una estructura organizativa previa a la competición electoral, sus propuestas programáticas distribuirán recursos de forma selectiva y a colectivos muy concretos, especialmente a los trabajadores (Fernández-Albertos y Lapuente, 2012: 298). Es difícil asignar categorías ideológicas a cada una de las políticas. ¿Qué es más progresista: las políticas universales o las políticas dirigidas a grupos sociales muy concretos? Responder a esta pregunta nos llevaría a analizar la capacidad redistributiva de cada tipo de política pública y sus consecuencias sobre la igualdad. Puesto que este no es el objeto de este libro, vamos a suponer que las estrategias políticas que se dirigen solo a los trabajadores se sitúan más a la izquierda que aquellas que tienen aspiraciones más interclasistas. Alguno de los argumentos vistos anteriormente justifica este supuesto. En principio, autores como Przeworski y Sprague (1988) explicaban la moderación del socialismo en función de la competición electoral y de la necesidad de las formaciones de izquierdas de captar votantes más allá de la clase obrera. Por lo tanto, si aceptamos este argumento, toda esta estrategia política que

vaya más allá de los intereses particulares de los trabajadores puede considerarse como más moderada.

De esto deducimos que si las formaciones socialdemócratas tienen escasos anclajes en la sociedad, tendrán incentivos para centrar todos sus esfuerzos en estrategias políticas más a la izquierda. Una forma de medir la estructura organizativa del socialismo es el porcentaje de trabajadores que están afiliados a un sindicato. Siguiendo estas teorías, esperaremos que cuanto mayor sea el número de personas que pertenecen a los sindicatos de clase, más anclajes tendrá la socialdemocracia y, por lo tanto, podrá desarrollar estrategias más expansivas en la captación de votantes más allá de la clase obrera. O dicho de otra forma, a más sindicalización, más moderación ideológica[23].

De nuevo, la tabla 2 del Anexo muestra los resultados. Se puede observar que ninguno de estos actores parece relevante para la evolución ideológica de la socialdemocracia. Indistintamente de las variables que utilizamos, ninguno de los coeficientes es significativo y, por lo tanto, votantes y sindicatos no parecen influyentes en las propuestas programáticas de los partidos socialistas.

## Conclusiones

En este capítulo hemos analizado la evolución ideológica de la socialdemocracia. Hemos visto que ha pasado por tres etapas claramente diferenciadas y en cada una de ellas los contextos y las respuestas programáticas han sido muy distintos. Así, tras una etapa inicial donde la izquierda acaba aceptando la democracia representativa y la gestión del capitalismo, los partidos socialistas consiguen ganar elecciones. Tras la Segunda Guerra Mundial comienza la segunda fase de la socialdemocracia y coincide con sus años dorados: cuenta con amplios apoyos electorales, gobierna en solitario en la mayoría de las ocasiones y puede aplicar gran parte de su programa económico. Pero con la crisis del petróleo a finales de los setenta, se abre paso la tercera de las etapas, etiquetada como la de la “resignación”. En ella, la izquierda se modera en exceso y,

como hemos visto en los datos, en algunas ocasiones se modera tanto que acaba sosteniendo posiciones más propias de partidos conservadores.

La explicación a estos cambios ideológicos la encontramos en factores políticos y económicos. Si los partidos socialistas han ido modificando sus propuestas políticas es porque la realidad ha cambiado. El análisis de los datos nos ha mostrado que la mejora de la renta de los trabajadores conduce a una izquierda mucho más moderada. En cambio, si las economías se abren o si la desigualdad aumenta, los partidos socialistas adoptan posiciones ideológicas más a la izquierda. En el fondo, estas adaptaciones entran dentro de lo que esperaríamos.

La política tampoco está ausente en toda esta historia. La unión económica y monetaria explica parte de los cambios ideológicos de la socialdemocracia. Las formaciones progresistas se encuentran con numerosos límites y restricciones dentro de la Eurozona. Esto explicaría por qué los partidos socialistas en los países que adoptaron el euro como moneda sostienen posiciones más moderadas que el resto.

En definitiva, la evolución ideológica de la socialdemocracia no deja de ser una adaptación constante a las circunstancias. Los dirigentes socialistas presentan los proyectos políticos en un contexto determinado. Por ello, una modificación ideológica de la izquierda no puede interpretarse como una crisis. En todo caso, la socialdemocracia estaría en crisis si no fuese capaz de amoldarse y cambiar según las circunstancias. Pero, como hemos visto, ese no es el caso de los partidos socialistas.

## CAPÍTULO 3

# La política económica: de la aceptación del capitalismo a la desregularización de los mercados

En el capítulo anterior hemos visto que la economía no es solo una parte fundamental del proyecto socialdemócrata, sino que además nos ayuda a entender su transformación ideológica. Por ello, he decidido dedicar una parte de este libro a la economía. El objetivo de este capítulo es analizar con algo más de profundidad la evolución de las propuestas económicas de los partidos socialistas. Así, además de recorrer de forma breve las ideas fuerza, de nuevo, volveremos a utilizar los datos y el análisis estadístico para reforzar los argumentos que se expondrán a continuación.

Pero el lector no va a encontrar en las siguientes líneas un análisis detallado y profundo de modelos macroeconómicos y microeconómicos que explique la política económica de la izquierda. Mi objetivo no es elaborar un tratado de economía dirigido a economistas. Además, tampoco pretendo cuestionar la bondad o maldad del programa económico de la socialdemocracia. De nuevo, este trabajo no es un texto normativo. Más bien, creo que es necesario realizar un relato de lo que ha sido la política económica de la izquierda y entender por qué, en cada etapa de la socialdemocracia, las propuestas programáticas han cambiado. Es cierto que no es la primera vez que se narra de forma más o menos detallada la evolución económica de los partidos socialistas (Sevilla, 2011). Pero, al igual que ocurría en el capítulo previo, carecemos de argumentos y evidencia empírica que expliquen esta evolución.

El esquema temporal presentado en las páginas anteriores sigue siendo totalmente válido. Por lo tanto, continuaremos hablando de las tres etapas de la socialdemocracia. De hecho, gran parte de las propuestas económicas de la izquierda encajan muy bien con las etiquetas que hemos utilizado antes: integración, edad de oro y resignación.

## Un breve relato de la política económica de la socialdemocracia

En los orígenes del socialismo, uno de sus principales objetivos era acabar con la división de la sociedad en clases sociales, fuente de toda desigualdad. Para ello, el camino a seguir era hacer desaparecer el modelo de explotación capitalista. La socialdemocracia más primigenia proponía eliminar la propiedad privada y socializar los medios de producción. Pero no era solo una cuestión sobre quién era el dueño de las empresas, la tecnología, la tierra… Además, tampoco compartían la forma en que se repartían los recursos como pago por el trabajo realizado. Como he señalado anteriormente, para los primeros socialistas la necesidad debería ser el criterio relevante a la hora de asignar los recursos. Como decía Marx: "De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades". Por lo tanto, en sus comienzos, el socialismo era una enmienda a la totalidad a la economía de mercado. De hecho, incluso los más reformistas comulgaban con estas ideas. Por ejemplo, Przeworski (1985: 29) recoge una cita de Alexandre Millerand, político francés que fue expulsado de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) por ser demasiado de derechas. Pese a ser un moderado, afirma que "quienes no admitan el necesario y progresivo reemplazamiento de la propiedad capitalista por la propiedad social no son socialistas" (Ensor, 1908: 51).

Pero lo cierto es que estos objetivos maximalistas fueron poco a poco sustituidos por políticas mucho más reformistas y menos ambiciosas. En principio, las razones son dos. Por un lado, como hemos visto en el capítulo anterior, el acceso inicial al poder por parte de los partidos socialistas se hizo de la mano de otras formaciones políticas. Es decir, la socialdemocracia no consiguió mayorías parlamentarias aplastantes, lo que significó que muchas de sus reformas exigían del concurso de otros partidos políticos. La necesidad de llegar a acuerdos en los Parlamentos y en los Gobiernos provocó que se rebajaran sus pretensiones. Los partidos socialistas no pudieron gestionar por sí solos la economía, lo que les

obligó a pactar sus políticas (Przeworski, 1985: 34; Przeworski y Sprague, 1988).

Por otro lado, la transición hacia una economía socialista no está exenta de una crisis económica. Tal y como desarrolla Przeworski (1985: 43-46), y han reconocido muchos líderes socialistas, la aplicación del programa máximo de la socialdemocracia conllevaría en el corto plazo una recesión profunda: "caída de la producción, incremento de los precios, las ganancias de los salarios nominales se erosionarían […] reaparecería el desempleo" (Przeworski, 1985: 46). Esta crisis económica se traduciría en la pérdida de los apoyos electorales y, por lo tanto, el abandono del poder. Ante el riesgo de perder el respaldo popular, la socialdemocracia habría optado por el reformismo en el corto plazo, esperando alcanzar en el largo sus objetivos máximos.

Por estos dos motivos, los partidos socialistas renunciaron a su programa económico máximo y pasaron a ser meros gestores de la realidad. Para algunos autores, el abandono de las ideas iniciales no dio paso a una alternativa en las propuestas y, por ello, hasta los años treinta no se desarrolló una política económica propia de la socialdemocracia (Przeworski, 1985: 35-36). Según este argumento, no sería una sesuda y concienzuda reflexión la que llevaría a la izquierda a diferenciarse de la derecha en el programa económico. De nuevo, la realidad la empujaría a ello. A raíz de la Gran Depresión de 1929, la socialdemocracia puso sobre la mesa una forma distinta de salir de la crisis, que rompía con la ortodoxia imperante hasta la época: las políticas anticíclicas. Es decir, utilizar el gasto público cuando la economía entra en recesión con el fin de reanimar la demanda interna. Es lo que se conoce como keynesianismo.

Por lo tanto, serían las circunstancias las que llevarían al socialismo a presentar un programa económico propio y diferente del imperante. No obstante, este argumento exige algunos matices. No es del todo cierto que no existiese una serie de elaboraciones teóricas en las que se apoyaron los partidos socialistas. Los economistas suecos de tendencia socialdemócrata Wicksell y Myrdal fueron precursores de las teorías de Keynes. De hecho, algunas de sus ideas inspiraron la política económica de los Gobiernos

progresistas de Suecia durante aquellos años.

Pero ¿qué explica que la nueva propuesta económica de la socialdemocracia se abriera paso en los países desarrollados? Básicamente, que aportó la solución a la crisis de 1929. Una vez que la Gran Depresión había comenzado, todos los Gobiernos siguieron aplicando lo que era hasta entonces la ortodoxia: una política monetaria restrictiva y austeridad en el gasto público. Pero estas medidas fueron un absoluto fracaso y empeoraron mucho más la situación económica: "En el caso de Estados Unidos, existe un amplio acuerdo en lo que se refiere en lo inadecuado de la política monetaria aplicada en aquellos momentos por la reserva federal que resultó inicialmente deflacionista y más tarde, cuando se redujeron los tipos de descuento, insuficiente. También en el caso alemán, las políticas fueron restrictivas, sobre todo a partir de 1930 con Brüning, y hasta 1931 lo mismo puede decirse de Gran Bretaña" (Sevilla, 2011: 52). Por lo tanto, las recetas económicas que se aplicaron inicialmente para salir de la recesión de 1929 no dieron los resultados previstos.

La alternativa económica que presentó entonces la izquierda era totalmente heterodoxa. Como se acaba de señalar, la idea principal era realizar políticas anticíclicas que estimulasen la demanda interna cuando las economías entrasen en crisis. Es decir, los Gobiernos pasaron a ser una parte fundamental de la economía de mercado. Desde luego que no es lo mismo que socializar los medios de producción, pero entraba dentro de la estrategia reformista del socialismo. Además, dado el papel fundamental que pasa a desempeñar el Estado como facilitador del crecimiento económico, las nacionalizaciones no se descartan. De hecho, como hemos visto en el capítulo anterior, es una propuesta que va apareciendo y desapareciendo a lo largo del tiempo. En los años cuarenta, partidos como el SFIO o el Partido Laborista siguen llevando en sus programas la posibilidad de nacionalizar empresas (Maravall, 2012: 368). En los años ochenta, el 2,6 por ciento del PIB de Francia pasó a ser público como resultado de la política económica del primer Gobierno de Mitterrand (Maravall, 2012: 376). Y por aquellos años, ante la inminente llegada del PSOE al poder en España, la derecha y los empresarios utilizaron el fantasma de las nacionalizaciones para frenar la victoria electoral de los socialistas españoles.

En esta segunda fase de la socialdemocracia, su edad de oro, la redistribución y el pleno empleo se persiguieron utilizando al Estado como un actor principal: los impuestos y el gasto público eran instrumentos que no solo captaban recursos y financiaban los servicios públicos, sino que además tenían un componente redistributivo y fomentaban el crecimiento económico. La reducción de la desigualdad y la creación de empleo eran los objetivos últimos.

Esta edad de oro ve su fin en los años setenta por dos acontecimientos. En primer lugar, se pone fin al sistema de Bretton Woods y el uso del dólar como moneda internacional. En segundo lugar, las materias primas aumentan muchísimo de precio, especialmente el petróleo: "entre octubre de 1973 y enero de 1974, los precios del petróleo, en números redondos, se cuadriplicaron" (Sevilla, 2011: 95). El incremento de los costes se traduce en una reducción de la producción, el aumento del desempleo y la subida de los precios. Todo ello lleva a las economías desarrolladas, principalmente, a la recesión. Aunque poco a poco se extendió por otras partes del planeta.

A diferencia de los años treinta, las respuestas keynesianas a esta crisis se muestran como inadecuadas: "el error de la socialdemocracia, en sentido estricto, consistió en aplicar políticas económicas como si se tratase de una crisis de demanda" (Sevilla, 2011: 111). El origen de la recesión de los setenta está en la oferta económica. El aumento exorbitado de las materias primas provoca un enorme incremento de los costes de producción. Esto fomenta que las economías desarrolladas se convirtiesen en un periodo muy breve de tiempo en menos competitivas, generando simultáneamente aumentos del desempleo e incrementos de la inflación. Es decir, se produce un fenómeno económico imprevisto: la estanflación.

No obstante, es cierto que algunos de los Gobiernos de izquierdas de la época rectificaron en cuanto vieron que su política económica no producía los resultados esperados. Así, por ejemplo, en 1974 Helmut Schmidt llegó a la presidencia de Alemania Occidental como defensor del keynesianismo. De hecho, entre 1979 y 1982, en plena crisis, siguió aplicando políticas anticíclicas, suponiendo que

permitirían reducir los fuertes incrementos del desempleo. Finalmente, dado el deterioro que sufría la economía alemana, tuvo que rectificar y aplicar políticas de ajuste sobre el gasto, reduciendo algunos de los beneficios sociales existentes. Esto significó que una parte del SPD alemán se mostrase en contra de la política económica que desarrollaba su propio partido en el Gobierno. Las fuertes tensiones dentro de la organización se trasladaron al Gobierno de coalición y, finalmente, en 1982 el SPD perdió el poder producto de una moción de censura presentada en el Parlamento.

Algo similar le ocurrió en aquellos años a James Callaghan, líder laborista, al frente del Gobierno británico. En su batalla por reducir la inflación y aplicar reformas en el sector público se encontró con la oposición de sus propias bases, especialmente los sindicatos. Se produjo lo que se conoció como invierno del descontento (1978-1979). La división interna que sufrió la izquierda británica a cuenta de la política económica explica parte de su derrota electoral en 1979.

Por lo tanto, la crisis de los setenta resultó muy cara para la socialdemocracia. Inicialmente erró en el diagnóstico, lo que implicó que su política económica fuese equivocada. Pero cuando rectificó, sufrió una fuerte contestación dentro de sus propias filas. Ambos factores contribuyeron a que las posiciones más conservadoras salieran como vencedoras. Aprovechando este desacierto, los enemigos del keynesianismo ganaron posiciones. Como he narrado anteriormente, en los años sesenta surgieron las primeras críticas al uso del Estado como actor relevante de la economía. Los monetaristas, encabezados por Friedman y los seguidores de la escuela de Chicago, rechazan que la intervención económica de los Gobiernos sea positiva para las economías en el largo plazo, puesto que genera numerosas ineficiencias, alejando a los mercados de su equilibrio “natural”. Son estas propuestas económicas las que comienzan a convertirse en hegemónicas a partir de entonces.

La superioridad en la batalla de las ideas que se produce por la errónea política económica de la socialdemocracia se materializa en los años ochenta en el ascenso al poder de dos políticos claramente beligerantes con el proyecto socialista: Margaret Thatcher y Ronald

Reagan. Su principal objetivo consistió en desmontar toda intervención del Estado en el sistema productivo, así como reducir a su mínima expresión el Estado del bienestar, privatizando numerosos servicios públicos. Para los conservadores, la gestión pública es mucho más ineficiente que la privada. Esta crítica también se aprovechó de otro de los errores de la socialdemocracia: en muchas ocasiones, los Gobiernos socialistas se habían centrado mucho en expandir el gasto público, sin prestar especial atención a la eficacia y eficiencia de los servicios (Sevilla, 2011: 112).

No obstante, aunque existe una enorme crítica y desencanto sobre esta etapa de la socialdemocracia[24], no es cierto que en los ochenta la izquierda no tuviese una política económica propia. Puesto que el principal problema de las economías desarrolladas era su decreciente competitividad por el aumento de los costes de producción, algunos de los Gobiernos socialistas de entonces desarrollaron políticas de oferta, con el fin de modernizar el sistema productivo de su país. Estas consistían en utilizar el gasto público para mejorar el capital físico y el capital humano, con el objetivo de incrementar la productividad de las economías (Boix, 1998). Así, si hasta entonces las políticas de demanda habían sido dominantes, a partir de entonces la oferta económica pasa a ser un objetivo prioritario.

Básicamente, esto es lo que hizo el PSOE en España en los ochenta. Los Gobiernos de Felipe González emprendieron una ambiciosa agenda de reformas y ajustes que se prolongaron entre 1982 y 1985. El objetivo último era reducir la inflación, que en 1982 se situaba en el 14,4 por ciento[25], y el desempleo, que era del 16,6 por ciento[26]. “La economía española cambió mucho a lo largo de los años ochenta, de forma que se ha afirmado que la ‘transición política’ de los años setenta fue proseguida por una ‘transición económica’ en la década siguiente, cuando la economía se hizo mucho más competitiva y más abierta” (Maravall, 1995: 205-206). El socialismo español entendió que la redistribución y las políticas sociales solo son posibles en una economía que generase riqueza.

Es cierto que en los años ochenta no toda la izquierda europea compartió la estrategia de la socialdemocracia española. Tanto el Partido Socialista Francés como el PASOK griego trataron de

realizar una política económica distinta, basada en los parámetros del keynesianismo y las políticas expansivas. Pero ambos casos fracasaron y tanto Mitterrand como Papandreu tuvieron que acabar realizando ajustes económicos (Maravall, 1995: 200-205).

Tampoco es cierto argumentar que las políticas de oferta llevadas a cabo por la socialdemocracia en aquella década eran propias de la derecha. Como muy bien ha documentado Boix (1998) en su comparación de los Gobiernos de Thatcher y González, existen numerosas y claras diferencias entre socialistas y conservadores a la hora de mejorar la oferta económica de un país. Mientras que los socialdemócratas utilizan el gasto público para mejorar la productividad de la economía, invirtiendo en capital físico y capital humano, la derecha prefiere que sea la iniciativa privada la encargada de aumentar la inversión, y para ello reducen los impuestos y el tamaño del Estado.

Quizá los problemas para la izquierda comienzan en los noventa. Es entonces cuando dentro de los partidos socialistas surgen propuestas económicas más propias de partidos conservadores. Me estoy refiriendo a la Tercera Vía o el Nuevo Centro. Es difícil saber con exactitud qué es lo que proponen, puesto que muchos de sus textos están llenos de lugares comunes. Pero un análisis detallado de sus propuestas nos muestra que su apuesta ideológica por la responsabilidad individual abrió el terreno a la desregularización de los mercados. Tampoco parecen muy preocupados por la opacidad de estos. Además, la redistribución ocupa un segundo lugar en beneficio de la igualdad de oportunidades, cuando son objetivos socioeconómicos muy distintos.

Junto a la laxitud respecto a los mercados, tal y como se ha desarrollado en el capítulo anterior, dentro de la Unión Europea se desarrolla una unidad económica y monetaria que genera numerosas restricciones para un proyecto socialista. La presencia de un BCE que prioriza los objetivos conservadores (la inflación) y un mal diseño institucional de este, llevan a la socialdemocracia a la necesidad de redefinir su política económica. Este es el momento en el que nos encontramos ahora.

En definitiva, al igual que sucede con el proyecto global del socialismo, observamos una moderación de las propuestas

económicas de la izquierda, especialmente a partir de los años noventa. Esto no significa que la socialdemocracia no tenga un programa para la gestión de la economía, sino que en las últimas dos décadas las similitudes con los conservadores son mucho más manifiestas. Pero no es cierto que esta convergencia se haya producido en los ochenta, sino un poco más tarde, en los noventa. Como acabamos de ver, en los años ochenta los Gobiernos socialistas tuvieron una agenda propia en las políticas de oferta. En cambio, en los noventa no fueron capaces de anticipar que una excesiva desregularización de los mercados y su creciente opacidad acabarían generando la crisis de 2007.

## El análisis empírico de los programas económicos

De nuevo, vamos a recurrir al estudio comparado Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011) para analizar algunos de los argumentos presentados. Como se ha señalado con anterioridad, esta base de datos analiza los programas electorales de los partidos políticos y mide las veces que se mencionan cuestiones relacionadas con la política exterior, el sistema político o el bienestar. En el caso de la economía, el estudio aporta una variable que mide las propuestas de la socialdemocracia respecto a la intervención directa de los Gobiernos en los mercados. En concreto, este indicador es la agregación de tres tipos de políticas:

• Regulación de los mercados: son todas las cuestiones relacionadas con la lucha contra los monopolios, el fortalecimiento de la competencia y la protección de los consumidores y de las pequeñas empresas.

• Planificación económica: propuestas de creación de planes económicos a largo plazo, donde el Gobierno tiene un papel muy activo.

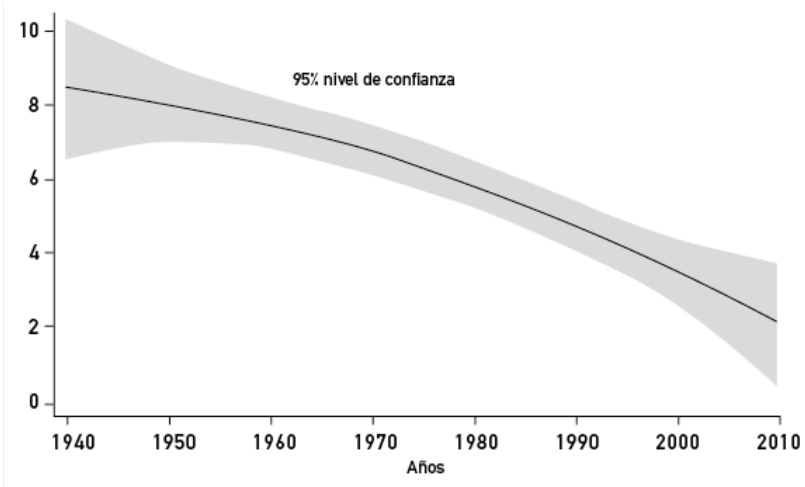
• Control de la economía: necesidad de controlar la economía de

forma directa por parte del Estado en temas como los precios, los salarios o la renta.

El gráfico 7 muestra los resultados de un primer análisis descriptivo. La interpretación de los datos es la siguiente: cuantas menos menciones se hace de las políticas anteriormente descritas en los programas electorales, menor es el indicador. Es decir, conforme desciende la curva, significa que la socialdemocracia propone cada vez menos políticas de control de la economía, regulación de los mercados y planificación económica. Los datos muestran que desde 1940 hasta la actualidad, la evolución de este tipo de propuestas ha descendido. Es decir, los partidos socialistas, poco a poco, han ido mostrando un rostro menos intervencionista. Además, la mayor desaparición de las políticas económicas de control y planificación de los mercados se concentra en los últimos años. De 1940 a 1990, el índice pasa de 8 a 5. Es decir, pierde tres puntos. Pero de 1990 a 2010, este indicador pasa de 5 a 2. Por lo tanto, en las últimas dos décadas, los partidos socialistas moderan y liberalizan su política económica en la misma magnitud que entre 1940 y 1990.

Gráfico 7

Evolución de las propuestas económicas de la socialdemocracia




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

En definitiva, un análisis inicial de la evidencia empírica confirma los argumentos que hemos visto en la sección anterior. Como hemos anticipado, la socialdemocracia ha moderado sus propuestas económicas, especialmente, a partir de 1990. Desde esa fecha, vemos que sus programas electorales contienen escasas referencias al control de la economía, la regulación de los mercados y la planificación. Su política económica da un cambio importante y es claramente diferente respecto a etapas anteriores.

De lo que carecemos en la literatura es de una explicación que nos ayude a entender este cambio ideológico. ¿Por qué los partidos socialistas dejan de proponer la regulación de los mercados? ¿Qué explica el abandono del control de la economía por parte de la socialdemocracia? El objetivo de la siguiente sección es arrojar luz sobre estas cuestiones. De nuevo, los datos nos pueden ayudar a entender la realidad.

## Una interpretación a la evolución de las propuestas económicas de la izquierda

Una de las escasas interpretaciones de por qué la socialdemocracia modifica su programa económico en las últimas décadas la ofrece Iversen (2003) cuando analiza las opciones a las que se enfrenta la socialdemocracia nórdica. Para este autor, la clave está en dos factores: el poder de negociación de los sindicatos y la autonomía de la política monetaria. ¿Cómo se relacionan?

Que los sindicatos sean fuertes y tengan una amplia presencia en el mercado laboral permite que la negociación colectiva sea eficaz y, por lo tanto, que la evolución de los salarios sea más creíble y previsible. Pero no es solo una cuestión de fortaleza, sino también de diseño institucional. Cuanto más centralizada esté la negociación colectiva entre los agentes sociales y el Gobierno, más fácil será llegar a acuerdos que afecten a gran parte de los trabajadores. Poder controlar de forma ordenada los salarios influye, especialmente, en una variable macroeconómica importante: la inflación.

Hay un segundo instrumento que también tiene efectos directos sobre la inflación: la política monetaria. Una política monetaria expansiva (tipos de interés bajos) conduce a una inflación alta, mientras que si la política monetaria es restrictiva (tipos de interés altos), la inflación disminuye.

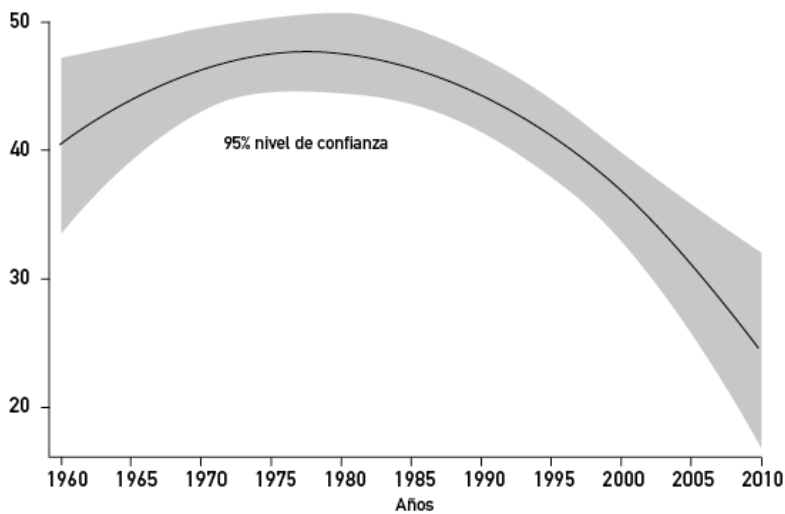
Durante mucho tiempo, la política económica de la socialdemocracia utilizaba estos dos instrumentos para fomentar un crecimiento económico sostenible en el tiempo. Así, por ejemplo, cuando la economía entraba en crisis, el Gobierno podía optar por una política monetaria expansiva reduciendo los tipos de interés. El mayor riesgo al que se enfrentaba era la inflación. Por ello, para contener las tensiones inflacionistas, utilizaba la negociación colectiva centralizada, pidiendo a los trabajadores moderación salarial. De esta forma, la economía crecía, se creaba empleo y se podían utilizar las políticas económicas expansivas con una inflación moderada.

Pero esta estrategia económica ha entrado en crisis en las últimas décadas. Tras la recesión de los setenta, el mercado laboral cambia notablemente en los países desarrollados. Aumentan los trabajos

cualificados mientras que descienden los empleos que exigen poca formación. ¿Por qué? Para Iversen (2003: 259) la introducción de la tecnología es uno de los elementos clave. Esta exige una mayor cualificación de la mano de obra. Sabemos que las personas con alta formación se sindicalizan menos que las personas con cualificación baja. Por lo tanto, en la medida que aumentan los empleos con mayores conocimientos técnicos, la afiliación sindical disminuye. El gráfico 8 demuestra que esta afirmación es cierta. En él podemos ver el porcentaje de trabajadores afiliados a sindicatos en los países de nuestra muestra. Observamos que, desde los años ochenta, esta cifra ha descendido dramáticamente.

Gráfico 8

Porcentaje de trabajadores afiliados a sindicatos




Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la OCDE.

El diseño de la política monetaria también ha cambiado en las últimas décadas en Europa. Como hemos visto anteriormente, la

unión económica y monetaria de la Eurozona establece un BCE totalmente alejado del control de los Gobiernos. Además, toma decisiones en un escenario con diferentes cuadros macroeconómicos. Esto significa que sus decisiones sobre los tipos de interés no siempre encajan con la situación económica de cada país.

Todos estos cambios han llevado a que la coordinación que se establecía entre negociación colectiva y política monetaria no sea posible en muchas economías: ni los sindicatos tienen el poder que tenían, ni la política monetaria se puede utilizar de forma discrecional. Por ello, los objetivos económicos de la socialdemocracia durante su edad dorada, la redistribución de la renta y el pleno empleo, ya no se pueden alcanzar al mismo tiempo (Iversen, 2003: 272-273). Este nuevo escenario, según Iversen (2003), conduce a los partidos socialistas a una nueva elección. La izquierda tiene que elegir entre un número creciente de desempleados pero con una alta igualdad social o, viceversa, aumentar las desigualdades a cambio de aumentar el porcentaje de personas que trabajan. Con argumentos distintos Maravall (1995) llega a una conclusión similar y lo expresa con mayor crudeza: “más empleo y más pobreza, o menos empleo y menos pobreza” (Maravall, 1995: 208). Esta elección explica que, en algunos países, la socialdemocracia haya optado por una política económica más liberal. Así, cuando ha querido promover el empleo, no le ha quedado más remedio que desregularizar los mercados e introducir mayor flexibilidad. Pero la consecuencia de esta decisión es sacrificar la igualdad.

Pero ¿está Iversen en lo cierto? Es decir, ¿solo el poder sindical y la pérdida de autonomía en la política monetaria explican el viraje económico de la socialdemocracia? La tabla 3 del Anexo muestra los resultados de una regresión[27] donde combino los dos factores que utiliza este autor para explicar el cambio en la política económica de la socialdemocracia. Podemos ver que ninguno de los coeficientes es estadísticamente significativo. Es decir, en principio, la combinación de un descenso en la sindicalización de los trabajadores y la pérdida de autonomía monetaria dentro de la Eurozona no parece explicar por sí misma la moderación en las propuestas económicas de los partidos socialistas.

Estos resultados empíricos muestran que es necesario buscar más argumentos que nos ayuden a entender por qué la izquierda ha ido apartándose paulatinamente de la defensa del control y la regularización de los mercados. En principio, voy a recurrir a las teorías planteadas en el capítulo anterior. Así, vamos a analizar en qué medida los contextos político y económico y los actores principales (votantes y sindicatos) han influido en la evolución de la política económica de la socialdemocracia.

Dentro de los contextos políticos vimos tres factores: la presencia en el Gobierno, la existencia de voto obligatorio y la incorporación del país a la Eurozona. Esperaremos las siguientes relaciones: si el Partido Socialista está en el Gobierno, si no existe voto obligatorio en la democracia o si la economía está dentro de la unión económica y monetaria, las posiciones económicas de la socialdemocracia optarán por medidas más "liberales". ¿Por qué? Gran parte de las explicaciones utilizadas en el capítulo anterior siguen siendo válidas.

Se ha argumentado en numerosas ocasiones que, desde sus comienzos, la gestión de la economía ha supuesto un "choque con la realidad" para los partidos socialistas. Esto significa que, una vez que ha tenido la tarea del Gobierno, la izquierda ha rebajado sus pretensiones y ha tratado de gestionar la realidad. Dicho con otras palabras: la socialdemocracia aceptó el capitalismo y esto implicó que entendiera que la presencia de los beneficios empresariales era necesaria. Przeworski lo expresa de la siguiente manera: "sin la nacionalización de los medios de producción, el aumento de la productividad requiere de la rentabilidad de las empresas privadas […] Una vez que la propiedad privada de los medios de producción no es cuestionada por la izquierda, se convertirá en interés de los asalariados que los capitalistas se apropien de los beneficios. En el capitalismo los beneficios de hoy son las condiciones de inversión del mañana y por lo tanto la producción, el empleo y el consumo" (Przeworski, 1985: 42-43). Además, la necesidad de llegar a acuerdos con otras formaciones políticas, generalmente más conservadoras, también ha implicado la asunción de sacrificios ideológicos. Por lo tanto, si el Partido Socialista está en el poder, se espera que sus propuestas sobre el control de la economía se rebajen.

El segundo factor importante es el voto obligatorio. De nuevo, cuanta más gente participe de la democracia, más probable es que la opinión de la clase trabajadora cuente. Ya hemos visto que hay un diferencial de participación política en función de la renta. Por lo tanto, si el voto es obligatorio, es más probable que la socialdemocracia proponga una mayor intervención directa de la economía en beneficio de las clases sociales más bajas.

Finalmente, tal y como está diseñada, la unión económica y monetaria ha constreñido en exceso el programa económico de los partidos socialistas, limitando su opción de regular y controlar los mercados. No es necesario volver sobre estos argumentos, puesto que los hemos visto en varias ocasiones en este libro.

La evidencia empírica muestra que el único factor relevante es la pertenencia a la eurozona (véase la tabla 3 del Anexo). Esta variable es la única estadísticamente significativa. Para aquellos que no tengan conocimientos econométricos avanzados he elaborado el gráfico 9. En él podemos ver las diferencias en los programas económicos de los partidos socialistas según pertenezcan o no a la unión económica y monetaria, una vez que controlamos estadísticamente por el resto de factores políticos. Podemos ver que las formaciones socialdemócratas que están dentro de la Eurozona mencionan mucho menos la regulación y el control de los mercados que el resto. Por lo tanto, el diseño institucional de la unión económica y monetaria en Europa es fundamental para entender el paulatino abandono por parte de la izquierda de su programa económico.

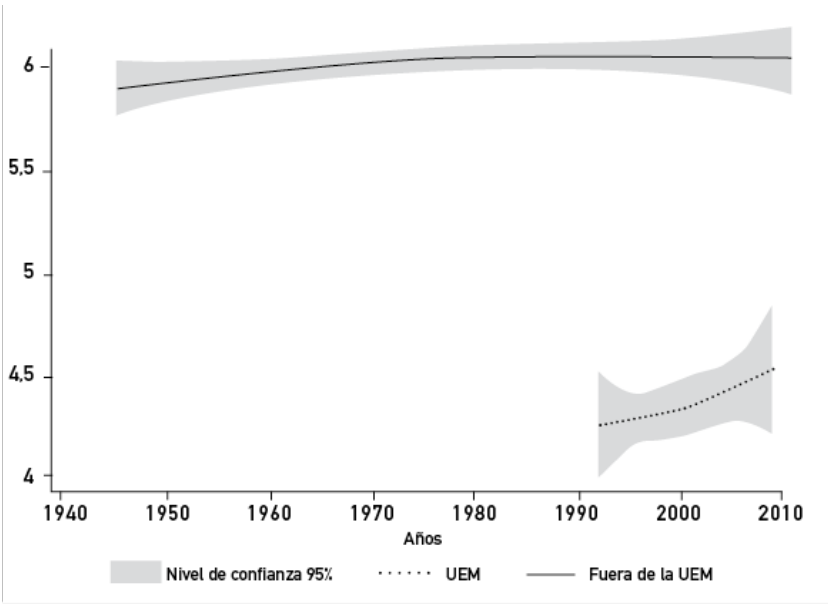
La segunda parte de la teoría tiene que ver con las circunstancias económicas que rodean a las propuestas socialdemócratas. Nos vamos a detener en tres: la renta de los trabajadores, la apertura económica y la desigualdad. De nuevo, parte de los argumentos vistos anteriormente siguen estando vigentes.

En primer lugar, si la renta de los trabajadores aumenta, esperaremos que su proyecto económico sea crecientemente más liberal. En el fondo, esta mejora en los ingresos de la clase trabajadora puede ser una señal de la modernización de los sectores productivos: más trabajo cualificado derivado del aumento del sector servicios y del incremento de la tecnología. Tal y como

explica Iversen (2003), este tipo de trabajador conduce a un modelo económico más flexible y menos regulado. Así, la socialdemocracia lo único que haría sería adaptarse a un modelo productivo distinto del tradicional, donde el sector industrial ha dado paso al sector servicios.

Gráfico 9

Diferencias en las propuestas económicas de los partidos socialistas según su pertenencia a la unión económica y monetaria




Fuente: Elaboración propia a partir de los análisis estadísticos de la tabla 3 del Anexo.

En segundo lugar, la apertura económica también puede condicionar la oferta económica de la izquierda. En la medida que la competencia entre países aumenta y el capital va en la búsqueda de economías más competitivas, a la socialdemocracia no le

quedaría más remedio que adaptarse a estas nuevas circunstancias. Así, para mejorar su oferta económica, la izquierda pasaría a ofrecer mercados menos regularizados y con escasos controles.

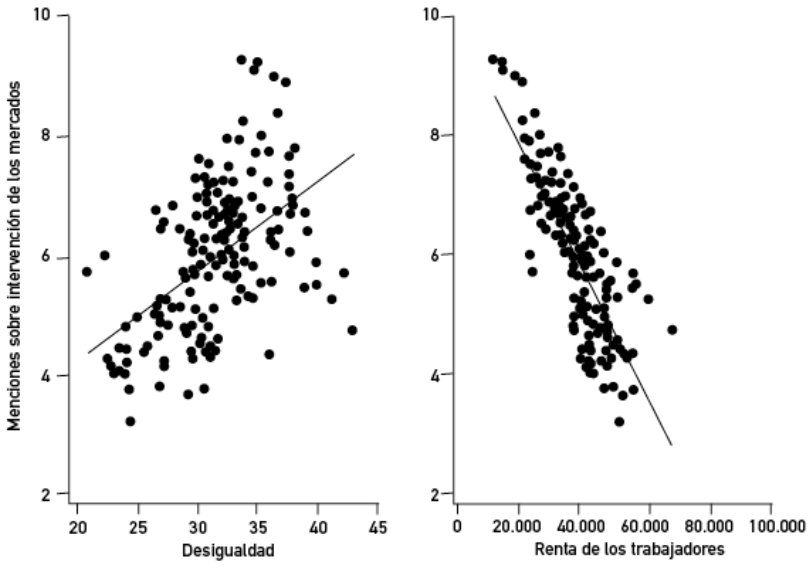
El tercer factor relevante sería la desigualdad[28]. Si la distribución de la renta es cada vez más injusta, significaría que cada vez menos personas acumulan más riqueza. En este escenario, realizar propuestas que pueden ser compartidas por posiciones más a la izquierda tendría éxito electoral. Por ello, los partidos socialistas ofrecerían un modelo económico con mayor control y fiscalización de los mercados, esperando ganarse el apoyo de las clases más populares.

La tabla 3 del Anexo presenta los resultados en dos columnas (variables económicas 1 y 2). Podemos observar que tanto la renta de los trabajadores como la desigualdad no solo siguen la dirección esperada, sino que además son estadísticamente significativos. Esto significa que las variables económicas que más influyen en la oferta económica de la socialdemocracia es el aumento del bienestar de los trabajadores, que le empuja a realizar propuestas más liberales, y el aumento de la desigualdad, que le lleva a proponer un mayor control e intervención de la economía. En cambio, la apertura económica, que siempre se señala como uno de los factores que influye en el creciente "liberalismo económico" de los partidos socialistas, parece no ser realmente relevante. Los antiglobalizadores responsabilizan a la apertura de los mercados del supuesto abandono por parte de la socialdemocracia de sus "esencias". Pero la evidencia empírica aquí presentada parece no darles la razón.

El gráfico 10 muestra de forma mucho más intuitiva cómo se relacionan los principales factores económicos con las propuestas económicas de los partidos socialistas, una vez que controlamos estadísticamente por las variables económicas de nuestra teoría. Como acabamos de señalar, se observa que, conforme aumenta la desigualdad, también disminuye el liberalismo económico en los partidos socialistas. En cambio, cuanto mayor sea la renta de los trabajadores, las formaciones socialdemócratas disminuyen sus menciones en los programas electorales sobre la regularización y el control de los mercados.

Gráfico 10

Relación entre las propuestas económicas de la socialdemocracia y la desigualdad y la renta de los trabajadores




Fuente: Elaboración propia a partir de los análisis estadísticos de la tabla 3 del Anexo.

La última parte de la teoría se centraba en el papel que juegan dos actores importantes: los sindicatos y los votantes. En principio, esperaremos que si el nivel de sindicalización desciende, la socialdemocracia rebajará sus pretensiones de intervenir y controlar los mercados. ¿Por qué? La historia que nos contaba Iversen (2003) tenía la respuesta. Los partidos socialistas se verían empujados a renunciar a alguno de sus objetivos económicos y, en muchas ocasiones, sacrificarían la igualdad en beneficio del empleo. Para ello propondrían políticas económicas de corte mucho más liberal.

Respecto a los votantes, esperaríamos que si la opinión pública es ideológicamente conservadora, las formaciones socialdemócratas se adaptarían y moderarían sus pretensiones intervencionistas respecto a los mercados. En el fondo, lo único que harían sería responder a la opinión pública. Con el fin de ganar las elecciones, los partidos socialistas realizarían una oferta económica acorde a las preferencias políticas de los ciudadanos[29].

Los resultados de la tabla 3 del Anexo muestran que el único actor relevante son los votantes. Así, cuanto más conservadores son estos, menos menciones al control y la regulación de los mercados se producen en los programas electorales de la izquierda.

En definitiva, la evidencia empírica que aquí se muestra nos indica que si los partidos socialistas han ofrecido un programa económico distinto a lo largo del tiempo y en cada país, tiene que ver con la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, el aumento de la desigualdad, la pertenencia a la Eurozona y las preferencias ideológicas de los ciudadanos. Son estos cuatro factores los que realmente explican por qué la socialdemocracia se ha moderado en su oferta económica a lo largo del tiempo, especialmente en las últimas décadas. Ha sido, por lo tanto, una adaptación a las circunstancias políticas, económicas y sociales la que ha llevado a los partidos socialistas hacia un creciente "liberalismo económico" respecto a la intervención de los Gobiernos en la economía.

## Conclusiones

En este capítulo hemos visto en detalle cómo han cambiado las propuestas económicas de la izquierda. Una vez que los partidos socialistas aceptaron el capitalismo, esto se tradujo en renuncias relevantes como, por ejemplo, la socialización de los medios de producción. Pero, en esta evolución ideológica, las últimas dos décadas destacan por encima de las demás. En este breve periodo de tiempo, la socialdemocracia ha aceptado la desregularización de los mercados con más entusiasmo que en los 50 años anteriores. Pero ¿qué explica esta transformación ideológica?

La evidencia empírica muestra que, de nuevo, la izquierda se ha ido adaptando a las circunstancias de cada momento del tiempo y de cada país. Factores políticos, económicos y sociales han condicionado sus propuestas programáticas. Hemos visto cuatro: la pertenencia a la unión económica y monetaria, el aumento de la renta de los trabajadores, el descenso de la desigualdad y las preferencias ideológicas de los ciudadanos. Todos ellos han conducido a una socialdemocracia más liberal en lo económico.

Pero calificar esta evolución programática de crisis o traición no es justo. Si este argumento fuese cierto, ¿qué sería lo correcto? ¿Deberían ser los partidos socialistas sordos ante los cambios sociales, políticos y económicos? Es verdad que, en algunos aspectos, la izquierda tiene margen de maniobra para cambiar las circunstancias, como, por ejemplo, el diseño de la unión económica y monetaria. En cambio, en otros debería congratularse de que la sociedad sea más justa o de que los trabajadores mejoren sus condiciones de vida. Si la izquierda ha cambiado en su visión de la economía no ha sido por una traición o una supuesta conspiración, sino porque ha sido capaz de adaptarse a las circunstancias de su tiempo, unas circunstancias que ha contribuido a cambiar.

# CAPÍTULO 4

# Las políticas de bienestar: de la expansión de las políticas sociales a su defensa

Junto a la economía, la segunda idea fuerza de la socialdemocracia es la redistribución. En este objetivo, el Estado del bienestar ha desempeñado un papel fundamental. Esto no quiere decir que los partidos socialistas sean los inventores de todas las políticas sociales. Algunas de ellas ya existían antes de que accediesen a los Gobiernos los dirigentes socialdemócratas. Lo que sí que es cierto es que la izquierda ha contribuido tanto a la mejora de estas políticas como a su expansión.

Pero ¿qué entendemos por Estado del bienestar? Su concepción es algo más que una lista de servicios públicos. Anteriormente ya hicimos referencia a los argumentos de Marshall. Veíamos que en la construcción de la idea de ciudadanía, los derechos socioeconómicos eran el estadio final. El Estado del bienestar, por lo tanto, sería esa última etapa donde, tras los derechos civiles y políticos, los ciudadanos alcanzan los derechos socioeconómicos. Las políticas sociales serían el resultado y las garantes de estos derechos.

Pero ¿por qué existen los derechos socioeconómicos? ¿Qué objetivos persiguen? El concepto clave es la "descosificación". Significa que las personas dejan de ser tratadas como mercancías, como "cosas", y su "precio" en el mercado laboral aumenta puesto que tienen garantizados unos derechos socioeconómicos mínimos. Por ejemplo, la relación empresario-trabajador no es equilibrada. Los empresarios, puesto que acumulan más recursos, pueden abusar de su posición privilegiada. Cuando esto ocurre, las personas son meras "mercancías" con escasa protección.

La única forma de equilibrar la relación económica entre empresarios y trabajadores es establecer una serie de derechos que den más recursos a los segundos: salario mínimo, subsidio de desempleo, cobertura sanitaria, educación… En definitiva, este conjunto de derechos permite que las personas sean más libres y

dejen de ser meras mercancías, pasando a adquirir el estatus de ciudadanos.

Al igual que en los anteriores capítulos, el objetivo de las siguientes líneas es construir el relato del Estado del bienestar y enlazarlo con las tres etapas de la socialdemocracia. También contrastaremos con los datos en qué medida esta historia es cierta y, finalmente, la evidencia empírica nos ayudará a entender por qué las propuestas sobre el bienestar han cambiado a lo largo del tiempo.

## Los partidos socialistas y el Estado del bienestar

La primera apreciación que debemos realizar es que no todos los Estados del bienestar son iguales. La clasificación más extendida es la que realizó Esping-Andersen (1990), quien divide el mundo en tres tipos de Estado del bienestar: el modelo nórdico o socialdemócrata, el modelo continental y el modelo liberal.

Como se puede presuponer, el modelo nórdico lo encontramos en países como Suecia, Noruega o Dinamarca. Se caracteriza por una amplia cobertura social y la universalidad de sus políticas sociales. Tanto las clases bajas como las clases medias se benefician de unos servicios públicos de calidad. Esto es posible porque el gasto social por habitante es de los más elevados de los países desarrollados[30]. Al mismo tiempo, también poseen una de las mayores presiones fiscales de las economías desarrolladas[31]. Esto último no solo les permite financiar un ambicioso Estado del bienestar, sino que además sus cuentas públicas están saneadas. En definitiva, el modelo nórdico se caracteriza por alta presión fiscal, elevado gasto social y acceso universal a los servicios públicos.

Otro de los elementos que define al modelo nórdico es su mercado laboral. En los últimos años han caminado hacia lo que se ha denominado “flexiseguridad”, que consiste en combinar una alta flexibilidad en la entrada y salida del mercado laboral junto con amplias políticas de protección social. Es decir, el movimiento dentro del mercado laboral es muy flexible y tiene pocas barreras.

Al mismo tiempo, los trabajadores están protegidos por una enorme cantidad de políticas de formación, subsidios o la extensión de la educación de cero a tres años (García Agustín y Rolandsen Agustín, 2009).

Este modelo laboral contribuye a mantener la competitividad de la economía[32] y, al mismo tiempo, consigue avances sociales como aumentar la igualdad de género, mayores tasas de fertilidad o incrementos en la igualdad de oportunidades. La incorporación de la mujer al mercado laboral es una de sus externalidades positivas más destacadas. Por un lado, muchos de los empleos que crea el Estado son femeninos (educación, sanidad, dependencia, etc.). Por otro, es más sencillo compaginar la vida laboral y la vida familiar, especialmente en la maternidad.

En resumen, el éxito del modelo nórdico ha consistido en combinar una alta competitividad en sus economías, que les garantiza el crecimiento económico, junto con políticas sociales ambiciosas que no solo contribuyen al crecimiento, sino que además redistribuyen.

El segundo modelo de Estado del bienestar es el continental. Aquí encontramos países como Austria, Francia, Alemania, Italia o España. Si nos detenemos en su gasto social y su presión fiscal, veremos que se encuentran en cifras intermedias. Lo que les caracteriza es la combinación de lo público y lo privado en la prestación de servicios sociales. En estos países, las clases medias pueden obtener la educación, la sanidad o las pensiones tanto del Estado como del mercado. Así, a diferencia del modelo nórdico, aunque el acceso a la política social también es universal, las clases medias pueden encontrar muchos de los servicios del Estado del bienestar también en el ámbito privado.

Esta diferencia hace que la redistribución y la disminución de las desigualdades no sean tan ambiciosas como en el modelo nórdico. Además, la familia tiene un peso muy significativo en el modelo continental. Las familias forman parte de la idea fuerza de este Estado del bienestar y, por ello, muchas de sus políticas van dirigidas a mantener su relevancia.

El último tipo de Estado del bienestar es el modelo anglosajón o liberal. Lo encontramos en países como Estados Unidos, Australia o

Nueva Zelanda. En este grupo de economías, las políticas sociales solo van dirigidas a los estratos más bajos de la sociedad, mientras que las clases medias no reciben ayudas públicas y obtienen la educación, la sanidad o las pensiones en el mercado privado. Un segundo rasgo que le define es la escasa presión fiscal. Si miramos los datos más recientes de la OCDE, la presión fiscal en lugares como Estados Unidos es inferior al 30 por ciento, compartiendo la parte baja de la tabla con países como México y Turquía.

La principal diferencia de este modelo con el continental es que las clases medias no tienen la opción de recibir del Estado muchos de los servicios sociales, puesto que estos son exclusivos de los más pobres de la sociedad.

Dos son las consecuencias del Estado del bienestar liberal. En primer lugar, la reducción de desigualdades apenas se produce. De hecho, la movilidad social en países como Estados Unidos es casi inexistente y recientes estudios revelan que en esta cuestión se encuentra a la cola de los países desarrollados (Corak, 2004). Dicho con otras palabras, si hay una economía donde no se cumple el "sueño americano", es en Estados Unidos.

En segundo lugar, aquellos que reciben la ayuda del Estado son estigmatizados. Ser beneficiario de la política social se convierte en un estigma y, por ejemplo, es muy frecuente encontrar guetos producto de la construcción de viviendas sociales en una misma área.

Estos modelos de Estado del bienestar se desarrollaron, especialmente, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Como ya hemos visto en capítulos anteriores, entre 1945 y los años setenta la socialdemocracia asiste a su etapa dorada. Durante este periodo, los partidos socialistas pudieron llevar a cabo su ambicioso programa de políticas sociales y, en muchas ocasiones, lo hicieron de la mano de los conservadores. Además, en la medida en que las economías crecían y se alcanzaba el pleno empleo, nadie cuestionaba este modelo de bienestar.

Pero a partir de los años setenta, por diversas razones, el Estado del bienestar ha sido puesto en duda. El primer factor que ha contribuido a su cuestionamiento es algo que vimos en el capítulo

anterior: la victoria ideológica en el terreno de las ideas de las posiciones más liberales. Los conservadores han generado una enorme literatura que apunta a la necesidad de adelgazar el Estado. Sus argumentos se basan en dos ideas. Por un lado, consideran que la intervención de los Gobiernos genera enormes ineficiencias. Para ellos, las empresas privadas gestionan mucho mejor servicios como la sanidad, la educación o las pensiones. Por este motivo han intentado privatizar muchas de las prestaciones del Estado del bienestar. Por otro lado, tras la crisis del petróleo y la caída del sistema de Bretton Woods, la deuda pública de los países desarrollados ha ido en aumento hasta la recesión actual (Abbas et al., 2010: 11). Estos desequilibrios en las cuentas públicas han sido aprovechados por los opositores al Estado del bienestar para cuestionar su viabilidad.

El segundo factor que se utiliza para generar dudas sobre las políticas sociales es la globalización. Para algunos economistas, la apertura de los mercados llevará consigo el desmantelamiento de los Estados del bienestar. Siguiendo sus argumentos, se concluye que los países desarrollados pierden competitividad frente a las economías emergentes por este motivo. El gran número de derechos laborales y sociales encarecería los costes de producción y, por ello, el capital se movería hacia otras zonas del planeta donde los ciudadanos estuviesen menos protegidos. Por esta razón, las políticas del bienestar deberían ser revisadas en el escenario de la globalización.

Pero lo cierto es que este argumento genera dudas. Katzenstein (1985) observó hace tiempo que un grupo de países europeos muy abiertos económicamente habían sido capaces de combinar globalización con redistribución. Es decir, los potenciales perjudicados por la apertura económica no habían perdido en términos de renta tanto como se esperaría. Estos países desarrollaron mecanismos de negociación centralizada entre agentes sociales y Gobiernos. Lo que se denomina el modelo corporativo socialdemócrata. Los agentes sociales estaban dispuestos a aceptar una economía más abierta si se desarrollaban políticas que compensaran a los perdedores (tanto empresas como sindicatos). Así, por ejemplo, ante la salida de las empresas con mano de obra poco cualificada, se aplicarían políticas de formación

que permitiesen a esos trabajadores mejorar su posición en el mercado laboral. En estas economías, la política social ha servido como mecanismo de compensación para los perjudicados por la apertura económica.

Lo cierto es que los datos no han acompañado a los deseos de los conservadores. Si analizamos los gastos sociales para el conjunto de la OCDE, "suponían en 1980 el 15,9 por ciento del PIB, después de una década de afirmación conservadora, se elevaron hasta 17,9 por ciento, y, cinco años más tarde, en 1995, alcanzaría el 20 por ciento. A partir de ese momento se estabilizaría esta proporción" (Sevilla, 2011: 195). En definitiva, aunque el discurso político apuntaba en una dirección, ni siquiera los conservadores fueron capaces de acabar con los servicios públicos.

Pero como la política consiste, en gran medida, en la batalla de las ideas y de los relatos, los partidos socialistas han seguido una estrategia de defensa del Estado del bienestar. Así, durante la etapa de la "resignación", los partidos socialistas no solo han expandido el gasto social, sino que además han elaborado un fuerte discurso de apoyo a las políticas del bienestar. Es decir, la defensa de las políticas sociales ha aumentado en los últimos años dentro del ámbito de la izquierda. El caso español puede ser un ejemplo de ello. Durante la última etapa del PSOE en el poder, no solo se incrementó sustancialmente el gasto público en educación, sanidad y pensiones, sino que además se estableció un nuevo pilar del Estado del bienestar: los servicios de dependencia.

No obstante, esto no significa que todas las formaciones socialdemócratas se hayan comportado igual. Un análisis detallado de los documentos de la Tercera Vía pone de relieve que las políticas del bienestar ocupan un lugar secundario para este proyecto político y, además, su componente redistributivo está ausente. En el manifiesto que se publicó en español (Blair, 1998), ninguno de sus epígrafes principales hace referencia al Estado del bienestar o las políticas sociales. De hecho, la única alusión a los ciudadanos apunta a algo que también defienden los conservadores británicos: "una sociedad civil fuerte" (Blair, 1998: 7). David Cameron, actual primer ministro y líder del Partido Conservador, lo argumentaba así en uno de sus discursos: "Somos el único partido

que cree que si das a la gente libertad y responsabilidad, se harán más fuertes y la sociedad se hará más fuerte". En algo se equivocaba: no eran el único partido, el laborismo durante la etapa de Blair también defendía estas ideas.

Pero además de ocupar un lugar secundario, las propuestas de la Tercera Vía para la sanidad y educación perseguían medidas como incrementar el nivel educativo medio del país, mejorar la calidad de los servicios públicos, evitar las políticas de vales o bonos, reducir los costes e innovar en las formas de gestión (Blair, 1998: 116-199). En cambio, en ninguno de sus apartados hace referencia a la capacidad redistributiva de las políticas sociales.

En definitiva, tras una etapa expansiva del Estado del bienestar que coincidió con la edad dorada de la socialdemocracia, en las últimas décadas los partidos socialistas han tenido que redoblar sus esfuerzos en defensa de este modelo de sociedad. Puesto que el consenso que existió entre conservadores y progresistas durante los años cincuenta y sesenta se rompió tras la crisis del petróleo, en la actualidad lo que realmente diferencia a ambos proyectos es la defensa de unas políticas sociales fuertes y redistributivas. Los programas políticos de la socialdemocracia, con algunas variantes, siempre han defendido el Estado del bienestar, aunque esta defensa es mucho más relevante, si cabe, en las últimas décadas.

## ¿Qué explica la existencia del Estado del bienestar?

No es la primera vez que alguien se cuestiona por qué existe el Estado del bienestar. De hecho, en la literatura de ciencias sociales encontramos tres tipos de explicaciones.

En primer lugar, la escuela estructural-funcionalista ha desarrollado argumentos que justifican su presencia en la medida que cumple una "función" en la sociedad. Dentro de este grupo de teorías encontramos a los marxistas. Para ellos, el Estado del bienestar es producto del capitalismo. Si existe es para evitar y adormecer la lucha obrera. En definitiva, para esta escuela, las políticas sociales

vendrían a hacer el juego al capitalismo, puesto que reducen la posibilidad de una revolución por parte de los trabajadores.

El principal problema de las explicaciones funcionalistas es que son teleológicas: explican cualquier fenómeno atendiendo a sus consecuencias (Maravall, 1978). Esto les lleva a cierta circularidad en sus argumentos, de tal forma que lo que es causa acaba siendo consecuencia, y viceversa. Quizá un ejemplo lo clarifique. Para un funcionalista, el Estado del bienestar es posible porque existe el capitalismo y, al mismo tiempo, la presencia del capitalismo también se explica por la existencia del Estado del bienestar. Por lo tanto, son dos fenómenos endógenos donde es difícil saber qué es causa y qué es consecuencia.

En segundo lugar, aparece todo el conjunto de argumentaciones que apelan a la influencia de las instituciones. La tesis principal es que los Estados del bienestar son producto de la democracia.

Una de las preocupaciones de los clásicos como John Stuart Mill o Alexis de Tocqueville fue en qué medida las democracias podrían resistir las demandas de la mayoría. En las sociedades del siglo XIX, el porcentaje de pobres era muy elevado. Por ello, creían que una vez que los trabajadores y las clases bajas pudiesen votar, lo primero que decidirían sería expropiar a los propietarios. Ante estos miedos, las primeras extensiones del sufragio se redujeron a aquellos que eran dueños de tierras, casas, etc. Es lo que se conoce como sufragio censitario.

Pero con el paso del tiempo, y gracias a las reivindicaciones de diferentes movimientos políticos y sociales, el sufragio llegó a ser universal. Como hemos visto anteriormente, para sorpresa de muchos, no solo los partidos socialistas no consiguieron abrumadoras mayorías en los Parlamentos, sino que además tampoco optaron por la implantación de su programa máximo. Lo que sí que se generó producto de las democracias y como respuesta a las demandas de los ciudadanos fueron los Estados del bienestar.

Por lo tanto, siguiendo el argumento de los institucionalistas, los Estados del bienestar son producto de las instituciones democráticas. Esta literatura ha gozado de un enorme impulso en las últimas décadas, desarrollándose modelos formales, cada vez

más complejos. Muchos de ellos acaban concluyendo que la redistribución de la renta o el gasto público alcanzan el nivel deseado por el votante mediano[33]. Es decir, que si encontramos en cada democracia distintos tipos de Estados del bienestar es porque el votante mediano varía en cada país.

El tercer grupo de hipótesis centra su atención en las clases sociales. La idea principal es que el Estado del bienestar es producto de las coaliciones de clase (Esping-Andersen, 1990). Puesto que los partidos socialistas no lograron ser mayoría, algo que hemos visto en repetidas ocasiones, allá donde llegaron a acuerdos con otras formaciones políticas que representaban a otras clases sociales (clase media o agricultores) se alcanzó un amplio desarrollo del Estado del bienestar (países nórdicos). En cambio, en los países donde los socialistas estaban aislados o no alcanzaron acuerdos con otras clases sociales, entonces el Estado del bienestar apenas se desarrolló (Estados Unidos).

Las explicaciones institucionalistas y de coalición de clases sociales no son contradictorias, sino que se complementan. Sin unas instituciones democráticas, las demandas de los trabajadores no podrían ser canalizadas y transformadas en políticas. Es decir, seguramente la existencia de Estados del bienestar tiene que ver con los dos factores al mismo tiempo: la presencia de un sistema democrático y unas coaliciones de clases que apoyaron el desarrollo de políticas sociales.

En resumen, la literatura en ciencias sociales relaciona la presencia del Estado del bienestar con argumentos principalmente políticos: democracia y estrategias políticas de las clases sociales. Pero ¿son estos argumentos válidos a la hora de explicar las diferentes propuestas de Estado del bienestar por parte de los partidos socialistas? Es decir, ¿es solo una cuestión política o también económica? La siguiente sección trata de dar respuesta a estas intrigas.

## Análisis empírico

Tal y como venimos haciendo en los capítulos anteriores, de nuevo recurrimos al estudio comparado Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011) para poder analizar con datos la evolución de las propuestas sobre políticas sociales por parte de la socialdemocracia. En una de sus variables se contabilizan las menciones que los programas electorales hacen sobre dos ideas:

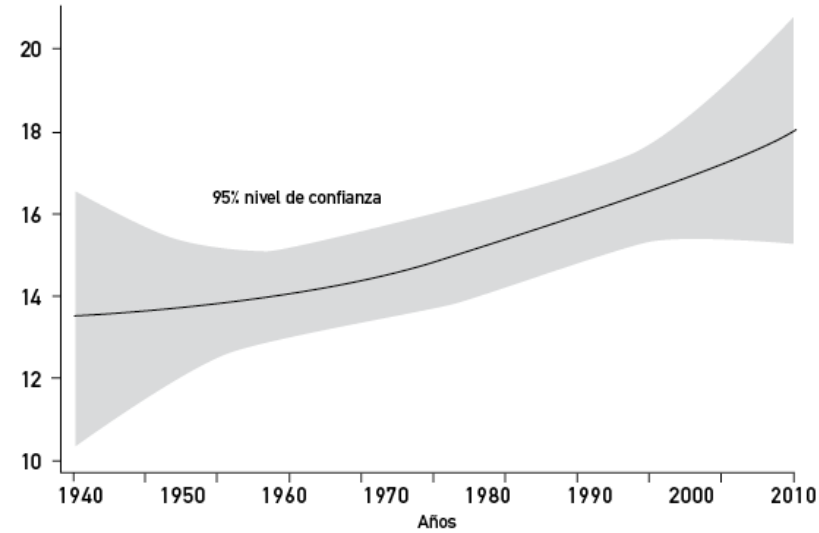
• Justicia social, donde se engloban cuestiones como la igualdad, la especial protección a los desfavorecidos, la necesidad de una mejor distribución de la renta o el fin de las discriminaciones.

• La extensión del Estado del bienestar, donde aparece el apoyo a los servicios sociales, la sanidad, la vivienda, etc.

En principio, la lógica es la siguiente: cuanto más se citan estas cuestiones, mayor es el indicador. El gráfico 11 presenta los primeros resultados. Como anticipábamos, se observa una creciente defensa de las políticas sociales, especialmente a partir de los ochenta. Si entre 1940 y 1980 el indicador apenas crece en un punto, pasando del 14 al 15, en las últimas tres décadas este indicador ha crecido tres puntos al pasar del 15 al 18. Por lo tanto, se confirma algo que acabamos de ver: con motivo del ataque que recibe el Estado del bienestar por parte de los conservadores tras la crisis de los setenta, la socialdemocracia refuerza su programa político con un mayor número de propuestas sobre el bienestar.

Gráfico 11

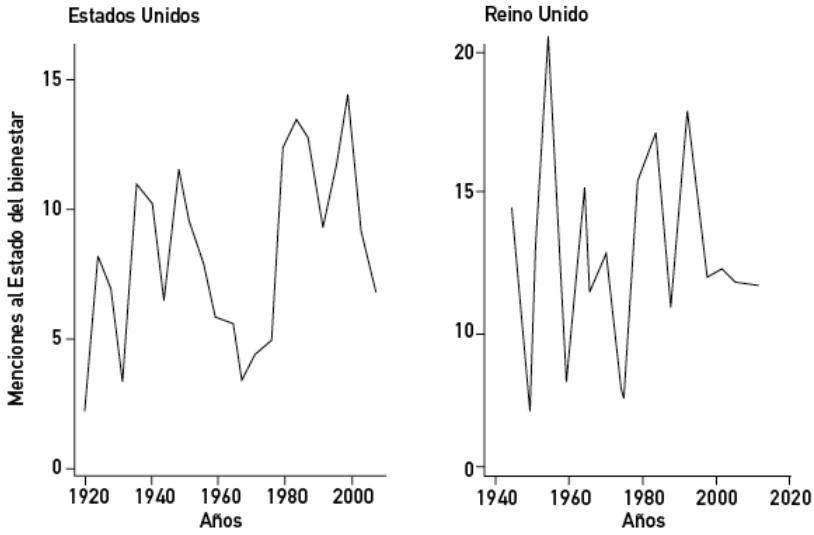
Evolución de las propuestas programáticas sobre el bienestar por parte de la socialdemocracia




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

Gráfico 12

Evolución de las propuestas programáticas sobre el bienestar por parte del Partido Demócrata (Estados Unidos) y el Partido Laborista (Reino Unido)




Fuente: Elaboración propia a partir de Manifesto Project Database.

Pero, como hemos dicho, no todos los partidos socialistas son iguales. En los años noventa, la Tercera Vía representa la moderación respecto al resto de formaciones socialdemócratas. ¿Qué dicen los datos? ¿Fue realmente así? El gráfico 12 muestra la evolución de las propuestas sobre el bienestar por parte de los dos partidos que mejor representan este proyecto político: el Partido Demócrata y el Partido Laborista. Los datos avalan la moderación. En los últimos años, el número de referencias a la justicia social y al Estado del bienestar descienden, sobre todo si lo comparamos con etapas anteriores. En definitiva, es totalmente cierto que la Tercera Vía representa un modelo de socialdemocracia mucho más laxo respecto a estas cuestiones.

La pregunta que vuelve a surgir es: ¿qué explica esta evolución ideológica? ¿Por qué la socialdemocracia ha tenido la necesidad de aumentar su defensa del Estado del bienestar? ¿Cuáles son las circunstancias políticas y económicas que la han llevado a ello? De nuevo, volveremos a poner a prueba los argumentos teóricos desarrollados en los análisis anteriores.

En la sección anterior hemos visto cómo la literatura en ciencias sociales centra sus explicaciones en los factores políticos. Para estos autores es la democracia y las diferentes coaliciones de clase lo que justificaría por qué hay diferencias entre los distintos tipos de Estados del bienestar. Pero en esta historia falta la economía. Por ejemplo, ¿qué influencia ha tenido la globalización? ¿Y la desigualdad? ¿Ha seguido siendo la unión económica y monetaria tan relevante en el cambio ideológico?

Si nos detenemos en la apertura de los mercados, esperaremos que los partidos socialistas hayan reaccionado en defensa de las políticas del bienestar por dos motivos. En primer lugar, como ya hemos visto, cuando las economías se abren, gran parte de los perdedores se concentran en los trabajadores menos cualificados, un colectivo muy relevante en las bases de apoyo a la socialdemocracia. Por ello, ante este escenario, la izquierda habría reaccionado prometiendo más protección y más bienestar, sabiendo que respondía a las demandas de gran parte de su electorado.

En segundo lugar, como reacción a los ataques ideológicos que han recibido las políticas sociales por parte de numerosos economistas con motivo de la globalización, los partidos socialistas habrían respondido reafirmándose en sus propuestas de Estado del bienestar.

Respecto a la desigualdad, no es difícil intuir que un aumento de esta llevaría a una oferta programática de más justicia social por parte de las formaciones progresistas. En la medida en que las personas con más rentas acumulan más riqueza, la socialdemocracia reaccionaría prometiendo un mejor reparto del bienestar.

La tabla 4 del Anexo muestra los resultados[34]. He concentrado mi análisis en las variables políticas y económicas. Podemos observar que solo la economía explica los cambios en la oferta programática de la socialdemocracia. Así, cuanto más abierta es una economía, mayor es el número de referencias a la justicia social y el Estado del bienestar. Lo mismo se puede decir de la desigualdad[35]. Pero, en cambio, las variables políticas no son estadísticamente significativas. Ni la presencia en el Gobierno, ni el voto obligatorio, ni la pertenencia a la Eurozona o a la Unión Europea explican por qué los partidos socialistas ofrecen más o menos bienestar.

En definitiva, todo apunta a que son las circunstancias económicas las que han empujado a la izquierda a incrementar su defensa del Estado del bienestar, mientras que los factores políticos parecen irrelevantes.

## Conclusiones

En este capítulo hemos visto cómo ha evolucionado la oferta programática de la socialdemocracia en referencia a las políticas del bienestar. Desde la Segunda Guerra Mundial, sus propuestas han optado por la defensa de las políticas sociales y de la justicia social. Esta defensa ha sido especialmente relevante a partir de los ochenta, cuando los conservadores rompieron el consenso de la etapa anterior y decidieron cuestionar el Estado del bienestar. En esos momentos, la reacción de los partidos socialistas fue de un mayor énfasis en su modelo de bienestar. Solo hemos visto una excepción a esta tendencia: la Tercera Vía.

Pero ¿por qué se han comportado así los partidos socialistas? Las circunstancias económicas aparecen como los únicos factores relevantes, especialmente, la apertura de las economías y el aumento de las desigualdades. Así, cuando la globalización ha aumentado en un país, la socialdemocracia ha intensificado su defensa de las políticas sociales. Lo mismo observamos cuando aumenta la desigualdad.

En cambio, las cuestiones políticas aparecen como irrelevantes para la evolución de sus propuestas sociales. Cabe destacar que ni la pertenencia a la Unión Europea o a la unión económica y monetaria influyen en sus programas políticos. Tampoco el diseño de la democracia o la participación en el Gobierno ejercen influencia alguna en su oferta social. En las políticas del bienestar, todo parece reducirse a cuestiones económicas.

## CAPÍTULO 5

# Conclusiones

El objetivo de este libro ha sido analizar la evolución de la socialdemocracia, tanto en su proyecto global como en dos de sus aspectos más relevantes: la economía y el bienestar. Pero ha sido un análisis distinto a lo que existía en la literatura. A diferencia de otros textos, he abandonado los enfoques más historicistas y normativos, elaborando un estudio más analítico. Además, los datos de Manifesto Project Database (Volkens et al., 2011) nos han permitido comprobar hasta qué punto muchos de los argumentos que se han ido presentando tanto en este trabajo como en otros eran ciertos.

Una de las principales conclusiones que debemos extraer es que el cambio ideológico en los partidos socialistas no es caprichoso, sino que responde a las circunstancias de cada momento, especialmente a los contextos político y económico. Pero no me estoy refiriendo a una relación determinista entre las causas y las consecuencias, sino que existen unos motivos y unos argumentos que explican los cambios de posición por parte de la socialdemocracia.

Además de ser cambios razonados, también es cierto que sobre alguna de estas circunstancias los dirigentes socialistas tienen margen de maniobra, mientras que sobre otras poco pueden hacer. Por ejemplo, hemos visto que un factor muy relevante a la hora de explicar la moderación de la izquierda en los últimos años es el diseño de la unión económica y monetaria de la Eurozona. No obstante, este diseño institucional no es inmutable y es posible reformarlo. Los políticos socialistas podrían trabajar en una unión económica y monetaria distinta donde, por ejemplo, el BCE pasase a ser prestamista de última estancia o proponiendo una mejor gobernanza del BCE. De no hacerlo, la socialdemocracia europea tendrá cada vez menos margen de maniobra para desarrollar una política económica propia. Por lo tanto, es una “circunstancia” que es susceptible de ser cambiada a través de la acción política.

En cambio, sería poco razonable pensar que los partidos socialistas

se propongan que las rentas de los trabajadores no mejoren o que la desigualdad aumente, solo con el único fin de preservar las "esencias" del socialismo. Hemos visto que estos dos factores económicos están detrás de la moderación de la izquierda tanto en su proyecto global como en sus propuestas económicas y en su programa sobre la justicia social. Seguramente este es el sino de la izquierda: conforme va consiguiendo sus objetivos, tiene que moderar sus posiciones ideológicas de partida. Es decir, la socialdemocracia contribuye a modificar la realidad con sus políticas y, cuando lo consigue, tiene que revisar sus propuestas.

Un segundo aspecto relevante de este relato son las tres etapas por las que pasa la socialdemocracia. En cada una de ellas, las ideas socialistas han desempeñado un papel distinto. En sus orígenes, la izquierda trató de integrarse en unos sistemas político y económico que inicialmente rechazaba. Cuando comenzó a competir electoralmente y participó de los primeros Gobiernos, tuvo que renunciar a parte de sus posiciones ideológicas. Estas circunstancias la dejaron huérfana de ideas.

Pero la crisis de 1929 le permitió convertir sus propuestas económicas y sociales en hegemónicas. Desde entonces y hasta los años setenta, el keynesianismo fue la estrategia económica dominante e incluso los conservadores aplicaban sus recetas. Durante este periodo, bautizado como la edad de oro de la socialdemocracia, el pleno empleo y la redistribución eran los objetivos a perseguir.

De nuevo, una crisis económica provocó un cambio en la batalla de las ideas. La recesión de los años setenta, provocada por la subida del precio de las materias primas y el fin del sistema de Bretton Woods, significó la derrota de la política económica socialdemócrata. Los monetaristas, críticos con las ideas keynesianas desde los sesenta, consiguieron abrirse paso en el terreno del pensamiento y otorgaron sustento teórico a muchas de las reformas conservadoras que se emprenderían a partir de entonces. Esto no significa que los partidos socialistas no tuviesen un modelo económico propio. De hecho, a lo largo de los ochenta, Gobiernos como los del PSOE en España desarrollaron una política económica diferenciada de la neoliberal. Pero en los noventa, con el

surgimiento de la Tercera Vía, algunas de las formaciones socialdemócratas se aproximaron en exceso a los postulados conservadores, en especial respecto a la desregularización de los mercados. Los datos empíricos nos han mostrado cómo, durante las dos últimas décadas, la izquierda ha reducido sus propuestas de intervención sobre los mercados en la misma magnitud que en los 50 años anteriores.

En definitiva, la socialdemocracia ha pasado por tres etapas y en cada una de ellas ha defendido ideas fuerza distintas. Por lo tanto, el porqué del cambio ideológico tiene que ver, en gran medida, con las circunstancias descritas anteriormente. Para muchos, este cambio de ideas es sinónimo de crisis. Como hemos visto en repetidas ocasiones al principio de este libro, cada vez que la izquierda modificaba sus propuestas, surgían los "guardianes de las esencias" y acusaban a los "renovadores" de traicionar los valores y los principios, llevando al socialismo, según ellos, al borde del precipicio ideológico. Pero, realmente, no cambiar y no adaptarse a la realidad sí que sería una crisis profunda. Seguramente, la socialdemocracia estaría en serias dificultades si no supiera adaptarse a la situación de cada momento. Y cuando lo hace, es difícil sostener que los partidos socialistas están en crisis.

Veamos con un ejemplo esto último que intento decir. A principios de septiembre de 2012, en una entrevista concedida a varios diarios europeos, el presidente conservador del Gobierno español, Mariano Rajoy, acababa concluyendo: "Quien me ha impedido cumplir mi programa electoral es la realidad"[36]. Al margen de que esta afirmación no deja de ser una forma de evadir su responsabilidad por incumplir sus promesas, también podemos preguntarnos: ¿qué sucede si las propuestas de un partido se realizan sobre unas circunstancias irreales? ¿Cuándo una formación política está en crisis: cuando construye su proyecto sobre la realidad o cuando la ignora y decide proponer medidas irreales?

En definitiva, solo podremos sostener que la izquierda está en crisis cuando no tenga propuestas para resolver los problemas de cada momento. Esto no es lo que está ocurriendo en la actualidad. Como vamos a ver en las siguientes líneas, la socialdemocracia sí que tiene una hoja de ruta sobre la que trabajar para construir un nuevo

relato. De hecho, en las próximas décadas, vamos a asistir a la cuarta etapa del socialismo. ¿En qué consiste esta nueva fase? ¿Cuáles son los retos y los objetivos? La sección siguiente tratará de arrojar luz sobre estas preguntas.

## La cuarta etapa: la socialdemocracia en el siglo XXI

Si analizamos los motivos que nos han llevado a la crisis actual, vamos a ver que los partidos socialistas tienen tres conjuntos de retos importantes: la política, la economía y el bienestar.

### La política

El primer grupo de debates tiene que ver con la política. Desde perspectivas distintas, varios autores han llegado a la conclusión de que la democracia está en crisis. Por un lado, Sánchez-Cuenca (2010) narra cómo los sistemas políticos contemporáneos han perdido parte de su concepción representativa. En sus orígenes, las democracias se sustentaban sobre dos principios: el de autogobierno y el liberal. Según el primero, los políticos debían representar y atender a las demandas de los ciudadanos, fuente originaria de la soberanía. El segundo, en cambio, hace especial hincapié en las patologías de la democracia: el clientelismo, el populismo, el electoralismo, etc. Para combatir estos problemas, se desarrollaron instituciones cuyo principal objetivo era contrarrestar el deseo de la mayoría. Se les conoce como instituciones contramayoritarias y existen numerosos ejemplos: los bancos centrales independientes, los tribunales constitucionales, entre otros. Se definen por ser "independientes"[37]. Esto significa que no son elegidas de forma directa por los ciudadanos y tienen un mandato superior al de la institución que las nombró. En los últimos años, este tipo de institución ha proliferado enormemente, consiguiendo que el principio del autogobierno sea cada vez menor. Es decir, las

democracias actuales son cada vez más liberales y menos democráticas (Sánchez-Cuenca, 2010).

Por otro lado, Rodrik (2011) llega a una conclusión parecida, pero, en su caso, la responsable de una posible crisis de la democracia es la globalización. Según este autor, la apertura económica ha generado un "trilema", donde las sociedades tienen que elegir cómo combinar dos de los siguientes tres elementos: democracia, Estado-nación e integración de los mercados. En el caso de que se opte por las dos primeras, democracia y Estado-nación, las decisiones políticas se tomarán dentro del ámbito nacional siguiendo la regla de la mayoría: los ciudadanos tendrán una amplia influencia sobre su destino. Pero, en este escenario, el intercambio comercial está restringido y sometido a numerosas reglas, tal y como sucedió tras la Segunda Guerra Mundial y el sistema de Bretton Woods (Rodrik, 2011: 67-76). En cambio, si se opta por la apertura económica, entonces hay que renunciar a la democracia o al Estado-nación, produciéndose dos posibles combinaciones. Una conjunción de integración de mercados y Estado-nación nos llevaría a un mundo similar al del siglo XIX, donde la democracia se reducía a un grupo de privilegiados y los gobernantes estaban totalmente aislados de las demandas mayoritarias (Rodrik, 2011: 24-34). Finalmente, si queremos mantener la democracia con la globalización económica, entonces debemos renunciar al Estado-nación como espacio de toma de decisiones. En este escenario, la única salida para Rodrik sería optar por una gobernanza global, donde instituciones supranacionales decidirían muchas de las cuestiones relevantes (Rodrik, 2011: 207-214). No obstante, el mismo Rodrik pone en cuestión esta posibilidad, puesto que esta democracia global estaría "lidiando con problemas enraizados en profundas divisiones entre diferentes sociedades en términos de preferencias, circunstancias y capacidades" (Rodrik, 2011: 228). Es decir, es difícil que esta democracia global funcionase, dadas las asimetrías entre países.

Por lo tanto, ya sea por la reducción del principio del autogobierno o por el progresivo avance de la globalización, la democracia se enfrenta a una crisis donde la opinión de los ciudadanos pierde peso en la toma de decisiones en beneficio de instituciones no representativas (contramayoritarias y supranacionales). En la medida que estas instituciones aumentan su poder, los grupos con

intereses muy particulares y con amplios recursos económicos tratan de influir sobre ellas. Como consecuencia de este proceso, en los últimos años ha aumentado lo que se conoce como "puertas giratorias", donde personas del mundo de la economía pasan a ocupar puestos relevantes en bancos centrales, ministerios u organismos internacionales. Casi siempre, su acceso a estos puestos no se hace por una decisión democrática de la ciudadanía, pero, en cambio, acumulan un gran poder.

Por todo ello, creo que la socialdemocracia no está en crisis, sino que lo que está en crisis es la democracia. Si las decisiones políticas y económicas dejan de tomarse en el ámbito de las democracias y se trasladan a instituciones no representativas, la izquierda encontrará numerosas dificultades para llevar a cabo su programa político. Como se acaba de señalar, el poder económico tiene mucho más fácil ocupar este tipo de instituciones, puesto que estas no están sometidas al principio del autogobierno o se encuentran en la esfera supranacional. Y en la medida en que esto ocurra, los intereses de los ciudadanos, especialmente los de los trabajadores, estarán menos protegidos. Al mismo tiempo, las formaciones socialdemócratas, una vez acceden al poder, se ven condicionadas por instituciones no representativas, dificultando en muchas ocasiones la adopción de una política progresista. Así, por ejemplo, si en estos momentos un partido socialista europeo decidiese seguir una estrategia expansiva de la economía en su país, se encontraría con numerosas dificultades, puesto que es muy posible que el BCE y las instituciones europeas dificultasen esta tarea.

Esto me lleva a pensar que el primer reto de la socialdemocracia es establecer un cambio profundo en el poder político y en la toma de decisiones. Es necesario mejorar el funcionamiento de nuestras democracias y que las instituciones representativas recuperen parte del poder que cedieron a las no representativas. Esto no significa que, por ejemplo, los bancos centrales o los tribunales constitucionales deban desaparecer, sino que su funcionamiento debe ser revisado y los Parlamentos deberían tener un papel más activo.

En definitiva, muchos analistas y dirigentes políticos apelan a la idea de recuperar la política. Pero este deseo no puede convertirse

en una mera declaración o lugar común. Todo lo contrario; recuperar la política significa que el autogobierno y las instituciones representativas recuperen parte del espacio que perdieron.

## La economía

El segundo grupo de propuestas deberían ir dirigidas al ámbito económico. Parte del origen de la crisis actual se explica por la escasa regulación y gran opacidad de los mercados, especialmente los financieros. Este libro ha aportado datos que demuestran que los partidos socialistas relajaron sus propuestas en este ámbito. Por ello, una de las primeras tareas de la socialdemocracia es recuperar la agenda de la regulación de los mercados, donde la transparencia y la información tengan un espacio relevante.

Junto a ello, la izquierda también necesita definir el modelo económico sobre el que se asentará el crecimiento en las próximas décadas. Puesto que la reducción de costes laborales, bajando los salarios, no parece propia de un partido socialista, seguramente la socialdemocracia debería recuperar la agenda de las políticas de la oferta y de la productividad.

En muchas ocasiones, se achaca al modelo europeo una falta de competitividad por su escasa productividad. Pero lo cierto es que si miramos los datos con detenimiento, la historia es algo más compleja. Si analizamos la evolución de la productividad en Estados Unidos y Europa, veremos que ha pasado por tres etapas: 1950-1973, 1973-1995 y 1995-2006 (Ark, O'Mahony y Timmer, 2008). Al comienzo de la primera fase, en 1950, la productividad por hora trabajada en la Unión Europea[38] era el 39,5 por ciento de la norteamericana. Pero gracias a la imitación de parte de la tecnología, al desarrollo de un pacto de rentas por el cual la moderación salarial se condicionaba a la reinversión de los beneficios empresariales y a la creación de los "campeones nacionales"[39], el modelo europeo logró reducir distancias respecto de Estados Unidos, situando su productividad por hora trabajada en el 75,4 por ciento de la norteamericana (Ark, O'Mahony y Timmer,

2008: 28). En la segunda fase, entre 1973 y 1995, Europa siguió recortando distancias. Así, en 1995, la productividad por hora trabajada de la UE-15 era el 98,3 por ciento respecto de la de Estados Unidos. Durante este periodo, la productividad europea creció, de media, un 2,4 por ciento al año, mientras que la norteamericana lo hizo al 1,2 por ciento (Ark, O'Mahony y Timmer, 2008: 29). La explicación de estos resultados se debió, especialmente, a la disminución de las horas trabajadas por persona en Europa, manteniendo tasas de crecimiento positivas en muchos momentos. El modelo de bienestar de la Unión Europea permitió aumentar el tiempo de ocio de los ciudadanos reduciendo el de trabajo, sin dañar el crecimiento. Pero en el último periodo, entre 1995 y 2006, Estados Unidos ha recuperado parte de su ventaja y en 2004 la productividad por hora trabajada en Europa pasó al 90,3 por ciento de la norteamericana. Este cambio en la tendencia se explica por dos razones. En primer lugar, durante los años ochenta y noventa, los países de la Unión Europea aprobaron numerosas reformas que incentivaron la incorporación de personas al mercado laboral, especialmente entre los poco cualificados, quienes son menos productivos (Ark, O'Mahony y Timmer, 2008: 31). En segundo lugar, en esos años, mientras que las empresas europeas apenas destinaban un 17 por ciento de sus inversiones a las nuevas tecnologías, las norteamericanas dedicaban más del 30 por ciento (Ark, Inklaar y McGuckin, 2003: 6).

Por lo tanto, la socialdemocracia debe prestar atención a esta historia. No hay nada en el modelo europeo que impida alcanzar altas tasas de productividad. Todo depende de un diseño institucional que permita un pacto de rentas entre trabajadores y empresarios, el incentivo a la inversión en tecnología e innovación y la presencia de grandes empresas que sean competitivas en la esfera internacional.

## El modelo del bienestar

Finalmente, el tercer conjunto de medidas deberían ir destinadas a reformar el Estado del bienestar. Los objetivos son dos. Por un lado,

es necesario garantizar su viabilidad futura. Por otro, comienza a ser indispensable revisar la capacidad redistributiva del gasto social. Vayamos por partes.

Muchos de los indicadores sociodemográficos muestran que los parámetros sobre los que se construyeron nuestros Estados del bienestar han cambiado notablemente. Uno de los más importantes es la esperanza de vida. Así, por ejemplo, España se encuentra en estos momentos entre los países donde este indicador es de los más elevados. En el año 2010, la esperanza de vida en España era de 81 años[40]. Treinta años antes, en los ochenta, cuando se sentaron las bases del modelo de jubilaciones de las últimas décadas, esta cifra era de 75,6. Pero si nos vamos a los sesenta, que es cuando se creó el sistema de pensiones en España, la esperanza de vida no llegaba a los 70. Es decir, inicialmente, el modelo fue pensado para personas que vivirían, de media, 5 años más.

Hay otros datos que completan este panorama. Algunos cálculos de la Unión Europea apuntan que la población de mayores de 65 años va a pasar de 85 millones a 151 millones en 2060 (Eguiagaray Ucelay, 2010: 16). “En consecuencia, el ratio de dependencia (personas de 65 y más sobre las personas entre 15 y 64 que están en edad de trabajar) pasaría de 25,4 a 53,5. Es decir, de cuatro personas en edad de trabajar por cada mayor a tan solo dos” (Eguiagaray Ucelay, 2010: 16).

Todo ello significa que es necesario reflexionar sobre cómo se diseñan los sistemas de pensiones del futuro. Los Estados del bienestar han desarrollado un modelo bastante distinto de los sistemas de capitalización. Estos últimos los ofrece el sector privado y se caracterizan por usar el ahorro presente de las personas para financiar la jubilación futura. Es decir, los individuos van guardando parte de su renta actual para el futuro.

En cambio, los sistemas públicos de pensiones se caracterizan por transferir renta de los que trabajan y generan riqueza en el presente hacia aquellos que trabajaron en el pasado. Es un modelo de solidaridad intergeneracional. Pero, si una generación se endeuda en exceso, no genera la necesaria riqueza o no es lo suficiente numerosa como para financiar esta partida del gasto, aquellos que cotizaron en el pasado se quedarían sin su jubilación presente. Por

ello, la socialdemocracia debe reflexionar sobre qué medidas pueden preservar los sistemas públicos de pensiones, siendo conscientes de su enorme capacidad redistributiva (Calero, 2002: 455; Verbist et al., 2012: 33).

Entre las posibles reformas, la más conocida es el retraso de la edad de jubilación. Pero no es la única. También se reflexiona sobre la posibilidad de ampliar el periodo sobre el que se calcula el subsidio. Ambas propuestas pretenden contener el gasto.

El dinero público que se destina a pagar las jubilaciones depende de los siguientes tres factores: la relación entre el número de pensionistas y la población activa, la tasa de actividad, y el cociente de la pensión media y la productividad media de la economía (Eguiagaray Ucelay, 2010: 31). Cualquier reforma del sistema de pensiones debe incidir sobre alguna o todas estas variables. Así, se podría tratar de contener la relación que hay entre número de jubilados y personas en edad de trabajar, aumentar la tasa de actividad o reducir el cociente entre pensión y productividad. No hay una única receta, sino que son varias. Pero, de no adoptarse medidas y mantenerse la progresión demográfica anteriormente descrita, el gasto en jubilaciones podría pasar del 8,6 por ciento del PIB que representaba en 1999 a casi el 17 por ciento en 2040 (Eguiagaray Ucelay, 2010: 32).

Este aumento del gasto produce vértigo. Por ello, algunas de las propuestas apuntan a aumentar la edad de jubilación. No obstante, la socialdemocracia debe ser cauta ante este tipo de medidas y su posible generalización. Algunos estudios muestran que, dependiendo del nivel de cualificación, el retraso en la edad de jubilación puede aumentar las desigualdades sociales. Las profesiones que exigen mayor formación tienen una menor tasa de expulsión del mercado laboral en edades avanzadas. Además, tienen mayores incentivos para seguir trabajando. Por lo tanto, se puede producir una mayor segregación y un aumento de las desigualdades (Radl, 2010). Por estos motivos, quizá esta medida debería aplicarse en función de la profesión y de la cualificación.

De hecho, existen motivos progresistas para retrasar la edad de jubilación según criterios de educación. Las personas que tienen una mayor cualificación han permanecido en el sistema educativo más

tiempo que los que no tienen formación. Esto significa que su incorporación al mercado de trabajo ha sido más tardía: han trabajado menos tiempo que los menos cualificados. Además, sabemos que las personas que tienen más formación tienen una mayor esperanza de vida. Por lo tanto, no solo trabajan menos tiempo, sino que además se benefician del sistema educativo público y disfrutarán más tiempo de la jubilación. Por todo ello, no debería resultar extraño que las profesiones que exigen más cualificación retrasen su edad de retiro.

Pero esta no es la única propuesta. Otros autores plantean incidir mucho más sobre la productividad de la economía y aumentar la población ocupada, especialmente femenina e inmigrante (Carabaña, 2003). Es decir, operar sobre los otros factores que también influyen en el gasto de pensiones.

Finalmente, este dilema también es presentado como un problema de redistribución de la renta. ¿Por qué no integrar el gasto en pensiones dentro de los presupuestos generales del Estado en lugar de financiarse únicamente a través de las cotizaciones? Esta propuesta nos conducirá a reflexiones sobre el peso que tienen los salarios en la economía y en los ingresos fiscales del Estado. En España, mientras que el porcentaje de asalariados ha aumentado en los últimos 30 años, el peso de los salarios sobre el PIB ha disminuido. Además, las rentas no salariales escapan con demasiada facilidad del fisco. Por todo ello, debemos reflexionar sobre si es deseable seguir financiando las pensiones a través de las cotizaciones[41].

En definitiva, una política pública tan importante como es el retiro en edad avanzada exige una reflexión profunda. Y todo ello viene motivado, especialmente, por cambios sociodemográficos.

Pero la viabilidad del Estado del bienestar también exige una reflexión sobre su financiación. Durante mucho tiempo, se ha extendido la idea de que la redistribución se produce a través del gasto público y no con los sistemas impositivos. De hecho, la evidencia empírica más reciente demuestra que los impuestos progresivos no tienen ningún efecto sobre la desigualdad (Doerrenberg y Peichl, 2012: 13). No obstante, este debate exige matices. Si dividimos los ingresos del Estado en impuestos y

cotizaciones, vemos que los primeros sí que son redistributivos, mientras que los segundos son más bien neutrales a la renta. Además, en aquellos lugares donde el gasto público es muy pequeño, los sistemas impositivos tienen una mayor capacidad redistributiva (Bargain et al., 2011: 17). Por lo tanto, la izquierda también debe abordar esta cuestión y reflexionar sobre dónde quiere hacer recaer la redistribución y qué nivel de ingresos considera necesarios.

Esta última cuestión nos traslada al segundo gran reto del Estado del bienestar: mejorar su capacidad para redistribuir la renta. Tal y como muestran los trabajos más recientes, no todo el gasto público tiene la misma capacidad de generar igualdad económica. Así, por ejemplo, el trabajo de Verbist et al. (2012) prueba que las partidas presupuestarias con mayor capacidad de reparto de la riqueza son la educación y la sanidad. No obstante, si descomponemos el gasto educativo en distintas partidas, veremos que, por ejemplo, las destinadas a subvencionar la educación privada y concertada benefician mucho más a las clases medias y medias-altas, reduciéndose la capacidad redistributiva del gasto educativo. Esto significa que la capacidad de generar igualdad por parte de este tipo de gasto público es muy cuestionable (Mancebón y Pérez, 2007).

Otra partida presupuestaria sobre la que hay que reflexionar en esta dirección es el gasto universitario. Los estudios muestran que la clase social influye de forma muy relevante sobre las posibilidades de acceder a la universidad: los chicos que proceden de clases sociales medias-altas tienen un 60 por ciento más de probabilidad de alcanzar los estudios superiores que el resto (Calero, 2007: 37). Además, este gasto público es sufragado en un pequeño porcentaje por aquellos que lo usan. Algunos trabajos dicen que solo un 11 por ciento del coste real de las universidades es financiado por los estudiantes (Dolado, 2010: 15). Esto significa que el dinero público que se destina a la educación superior acaba teniendo un componente regresivo. Esto no significa que deban dejarse de financiar públicamente las universidades, sino que cualquier aumento del gasto debe tener en cuenta esta realidad. Así, la redistribución en los estudios superiores mejoraría si se desarrollase una fuerte política de becas, combinada con un aumento de la participación en la financiación por parte de los estudiantes con

mayor renta.

En definitiva, si la redistribución está relacionada con quién se beneficia del servicio y con quién lo financia, es necesario realizar un diagnóstico mucho más completo sobre esta cuestión. Tal y como acabamos de ver, hay partes del gasto público que generan dudas, puesto que tienen un alto componente regresivo. Por ello, la socialdemocracia tiene como reto reformar el Estado del bienestar con el objetivo de mejorar su capacidad redistributiva.

Todos estos cambios también deben apuntar a un cambio en la filosofía del Estado del bienestar. Hasta ahora, las políticas sociales parecían destinadas a solucionar las dificultades existentes. Pero en los próximos años, el principal reto es adelantarse a muchos de los problemas sociales y preparar a la gente para ellos. Es decir, la socialdemocracia debería plantearse un modelo de bienestar que se centrara más en dar recursos a la gente para que se enfrente a posibles dificultades futuras. Junto a ello, en el presente el reto es concentrarse en los colectivos más débiles de la sociedad, origen de muchas de las desigualdades. Estos grupos son cuatro: mujeres, niños, ancianos e inmigrantes. No se trata de privilegiarles, sino de solucionar muchos de sus problemas, puesto que estos colectivos son fuente de injusticias sociales y desigualdades futuras (Esping-Andersen y Palier, 2010). Por esta razón, sería conveniente concentrar gran parte de las políticas sociales sobre estos grupos sociales.

En resumen, no es cierto que la izquierda esté en crisis. Como acabamos de ver, tiene por delante una hoja de ruta con retos, objetivos y soluciones. Pero es necesario que se enfrente al más importante de los problemas: el cuestionamiento de la democracia. Si no es capaz de aportar soluciones al creciente vaciamiento de poder de las instituciones representativas, tendrá serias dificultades para desarrollar su proyecto político. No es la socialdemocracia lo que está en crisis, sino la democracia.

# Anexo

Tabla 1

Relación de partidos socialistas analizados

| PAÍS | AÑOS | PARTIDO |
|---|---|---|
| Alemania | 1949 - 2009 | Partido Socialdemócrata |
| Australia | 1946 - 2007 | Partido Laborista Australiano |
| Austria | 1949 - 2002 | Partido Socialdemócrata Austríaco |
| Bélgica | 1946 - 1977 | Partido Socialista Belga |
| Bélgica | 1978 - 1999 | Partido Socialista de los Flamencos |
| Bélgica | 1978 - 2003 | Partido Socialista de los Francófonos |
| Canadá | 1962 - 2006 | Nuevo Partido Demócrata |
| Dinamarca | 1945 - 2007 | Partido Socialdemócrata |
| Estados Unidos | 1920 - 2008 | Partido Demócrata |
| España | 1977 - 2008 | Partido Socialista Obrero Español |
| Francia | 1946 - 2007 | Partido Socialista Francés |
| Grecia | 1974 - 2000 | Movimiento Socialista Pan-heleno (PASOK) |
| Holanda | 1946 - 2003 | Partido Laborista |
| Finlandia | 1945 - 2003 | Partido Socialdemócrata de Finlandia |
| Irlanda | 1948 - 2007 | Partido Laborista |
| Irlanda del Norte | 1925 - 1969 | Partido Laborista |
| Islandia | 1946 - 1995 | Partido Socialdemócrata |
| Israel | 1949 - 1961 | Partido de los Trabajadores (MAPAI) |
| Israel | 1965 - 1996 | Partido Laborista |
| Italia | 1946 - 1994 | Partido Socialista Italiano |
| Italia | 1996 | Renovación Italiana |
| Italia | 2001 - 2006 | El Olivo |
| Japón | 1960 - 2003 | Partido Socialista Japonés |
| Luxemburgo | 1945 - 1999 | Partido Socialista de los Trabajadores |
| Noruega | 1945 - 2001 | Partido Laborista Noruego |
| Nueva Zelanda | 1946 - 2008 | Partido Laborista |
| Portugal | 1975 - 2009 | Partido Socialista Portugués |
| Reino Unido | 1945 - 2010 | Partido Laborista |
| Suecia | 1944 - 2010 | Partido de los Trabajadores Socialdemócrata Sueco |
| Suiza | 1947 - 2003 | Partido Socialdemócrata |

Fuente: Manifesto Project Database, https://manifesto-project.wzb.eu/

Tabla 2

Resultados de las regresiones de la variable ideología

| | VARIABLES POLÍTICAS 1 | VARIABLES POLÍTICAS 2 | VARIABLES ECONÓMICAS 1 | VARIABLES ECONÓMICAS 2 | ACTORES 1 | ACTORES 2 |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Gobierno | 0,96 (1,66) | 1.2 (1.67) | | | | |
| Voto obligatorio | 0,27 (1,82) | -0.27 (1.9) | | | | |
| Unión económica y monetaria | 7,54*** (2,8) | | | | | |
| Unión Europea | | 1.14 (1.75) | | | | |
| Renta por trabajador | | | 0,001*** (0,0001) | 0,001*** (0,0001) | | |
| Apertura económica | | | -0,09* (0,05) | -0,12* (0,07) | | |
| Riqueza del 10 por ciento más rico | | | -0,64** (0,24) | | | |
| Riqueza del 5 por ciento más rico | | | | -0,8** (0,36) | | |
| Porcentaje de ciudadanos de izquierdas | | | | | 0.13 (0.18) | |
| Media ideológica | | | | | | -3,26 (2,69) |
| Porcentaje de participación electoral | | | | | 0.1 (0.14) | 0,06 (0,14) |
| Porcentaje de sindicalización | | | | | -0.05 (0.06) | -0,03 (0,07) |
| Constante | -19.61*** (1,29) | -19.15*** (1.41) | -19.23** (9,1) | -18.66** (8,18) | -23.56** (11.92) | -0,95 (18,44) |
| Tamaño de la muestra | 390 | 390 | 174 | 189 | 105 | 105 |
| Partidos | 29 | 29 | 17 | 17 | 19 | 19 |
| $R^2$ | 0.04 | 0.03 | 0.16 | 0.12 | 0.01 | 0,01 |
| Wald Chi2 | 8,38** | 1.11 | 31,85*** | 21,28*** | 1.64 | 2,51 |

* = p < 0,10; ** = p < 0,05; *** = p < 0,01; Errores Estándar entre paréntesis.

Tabla 3

Resultados de las regresiones de la variable planificación económica

| | EXPLICACIÓN IVERSEN | VARIABLES POLÍTICAS | VARIABLES ECONÓMICAS 1 | VARIABLES ECONÓMICAS 2 | ACTORES |
|---|---|---|---|---|---|

| | EXPLICACIÓN IVERSEN | VARIABLES POLÍTICAS | VARIABLES ECONÓMICAS 1 | VARIABLES ECONÓMICAS 2 | ACTORES |
|---|---|---|---|---|---|
| Gobierno | | -0,1<br>(0,51) | | | |
| Voto obligatorio | | -0,79<br>(0,52) | | | |
| Unión económica y monetaria (UEM) | -0,33<br>(2,08) | -1,75**<br>(0,79) | | | |
| Renta por trabajador | | | -0,0001***<br>(0,00003) | -0,0002***<br>(0,00004) | |
| Apertura económica | | | -0,005<br>(0,01) | 0,02<br>(0,02) | |
| Riqueza del 10 por ciento más rico | | | 0,15***<br>(0,06) | | |
| Riqueza del 5 por ciento más rico | | | | 0,26**<br>(0,1) | |
| Porcentaje de ciudadanos de izquierdas | | | | | |
| Media ideológica | | | | | -1,4*<br>(0,74) |
| Porcentaje de participación electoral | | | | | -0,02<br>(0,04) |
| Porcentaje de sindicalización | -0,0003<br>(0,02) | | | | 0,0009<br>(0,02) |
| UEM * Sindicalización | -0,03<br>(0,07) | | | | |
| Constante | 5,64***<br>(0,71) | 6,28***<br>(0,39) | 5,12**<br>(2,07) | 6,57***<br>(2,22) | 13,35***<br>(5,1) |
| Tamaño de la muestra | 288 | 390 | 147 | 189 | 105 |
| Partidos | 27 | 29 | 17 | 17 | 19 |
| $R^2$ | 0,01 | 0,02 | 0,15 | 0,16 | 0,06 |
| Wald $Chi^2$ | 3,29 | 7,23* | 17,61*** | 19,1*** | 4,62 |

* = p < 0,10; ** = p < 0,05; *** = p < 0,01; Errores Estándar entre paréntesis.

Tabla 4

Resultados de las regresiones de la variable bienestar

| | VARIABLES POLÍTICAS 1 | VARIABLES POLÍTICAS 2 | VARIABLES ECONÓMICAS 1 | VARIABLES ECONÓMICAS 2 |
|---|---|---|---|---|
| Gobierno | 0,13<br>(0,83) | 0,19<br>(0,79) | | |
| Voto obligatorio | -0,97<br>(1,19) | -1,22<br>(1,18) | | |
| UEM | 1,43<br>(1,88) | | | |
| Unión Europea | | 1,35<br>(1,34) | | |
| Renta por trabajador | | | -0,00005<br>(0,00009) | -0,00001<br>(0,0001) |
| Apertura económica | | | 0,1**<br>(0,05) | 0,12**<br>(0,05) |
| Riqueza del 10 por ciento más rico | | | 0,3**<br>(0,14) | |
| Riqueza del 5 por ciento más rico | | | | 0,27<br>(0,18) |
| Constante | 14,85***<br>(0,87) | 14,47***<br>(0,95) | 4,01<br>(4,59) | 4,95<br>(4,28) |
| Tamaño de la muestra | 391 | 391 | 174 | 189 |
| Partidos | 29 | 29 | 17 | 17 |
| $R^2$ | 0,01 | 0,01 | 0,13 | 0,09 |
| Wald $Chi^2$ | 1,64 | 1,75 | 12,54*** | 8,72** |

* = p < 0,10; ** = p < 0,05; *** = p < 0,01; Errores Estándar entre paréntesis.

# Bibliografía


Abbas, S. Alli; Belhocine, Nazim; Elganainy, Asmaa y Horton, Mark (2010): "A historical public debt database", Fondo Monetario Internacional, Working Paper WP/20/245.

Alt, James y Shepsle, Kenneth A. (1990): Perspectives on positive political economy, Cambridge University Press, Cambridge.

Ark, Bart van; Inklaar, Robert y McGuckin, Robert H. (2003): "ICT and productivity in Europe and the United States. Where do the differences come from?", CESifo Economic Studies 49, 3/2003, 295-231.

Ark, Bart van; O'Mahony, Mary y Timmer, Marcel P. (2008): "The productivity gap between Europe and United States: Trends and causes", Journal of Economic Perspectives 22 (1), 25-44.

Artal, Rosa María (coord.) (2011): Reacciona, Aguilar, Madrid.

Baltagi, Badi H. (2005): Econometric analysis of panel data (tercera edición), John Wiley & Sonds, West Sussex (Inglaterra).

Bargain, Olivier; Dolls, Mathias; Neumann, Dirk; Peichl, Andreas y Siegloch, Sebastian (2011): "Tax-benefit systems in Europe and the US: Between equity and efficiency", EUROMOD Working Paper EM2/11.

Bartolini, Stefano (1979): "La siniestra nei sistemi partitici europei (1917-1978): una analisi comparata della sua dimensione e composizione e dei problemi di sviluppo elettorale", Rivista Italiana di Scienza Politica 9.

Blair, Tony (1998): La Tercera Vía, El País/Aguilar, Madrid.

Bosch, Agustí y Anduiza, Eva (2009): Comportamiento político y electoral, Ariel, Barcelona.

**Boix, Carles (1998): Political Parties, Growth and Equality, Cambridge University Press, Nueva York.**

Calero, Jorge (coord.) (2007): Desigualdades socioeconómicas en el sistema educativo español, Ministerio de Educación y Ciencia.

— (2002): "The distributive incidence of public social expenditure in Spain", Social Policy and Administration 36 (5), 443-464.

Carabaña, Julio (2003): "Los cambios demográficos y sus consecuencias sociales", Información Comercial Española, Revista de Economía 811.

Castilla, Emilio J. (1998): Análisis dinámico, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Corak, Miles (2004): Generational Income Mobility in North America and Europe, Cambridge University Press, Cambridge.

De Grauwe, Paul (2009): "The Fragility of the Eurozone's Institutions", Open Economies Review 21 (1), 167-174.

— (2002): "Central Banking: Art or Science? Lessons from the FED and the ECB", International Finance.

Doerrenberg, Philipp y Peichl, Andreas (2012): "The impact of redistributive policies on inequality in OECD countries", Cologne Graduate School, CGS Working Paper 3(5).

Dolado, Juan J. (2010): "Disfunciones en el sistema universitario español: diagnóstico y propuestas de reforma", en Peña, Daniel: Propuestas para la reforma de la Universidad española, Fundación Alternativas y Grupo Parlamentario Socialista, Madrid.

Downs, Anthony (1957): An Economic Theory of Democracy, Harpor & Row, Nueva York.

Eguiagaray Ucelay, Juan Manuel (2010): "Sostenibilidad de las políticas de protección social" [manuscrito facilitado por el autor].

Ensor, Robert Charles Kirkwood (1908): Modern Socialism as Set

Forth by the Socialist in Their Speeches, Writings and Programmes, Charles Scribner's Sons, Nueva York.

Esping-Andersen, Gosta (2012): "Igualdad con una burguesía feliz. La vía socialdemócrata hacia la igualdad", en Przeworski, Adam y Sánchez-Cuenca, Ignacio: Democracia y socialdemocracia, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

— (1990): The Three Worlds of Welfare Capitalism, Princeton University Press, Princeton.

Esping-Andersen, Gosta y Palier, Bruno (2010): Los tres grandes retos del Estado del bienestar, Ariel, Barcelona.

Fernández-Albertos, José (2002): "Making globalization endogenous: the domestic determinants of international capital mobility", Instituto Juan March, Estudios / Working Papers 172.

Fernández-Albertos, José y Lapuente, Víctor (2012): "Partidos socialistas, bienes públicos y clientelismo", en Przeworski, Adam y Sánchez-Cuenca, Ignacio: Democracia y socialdemocracia, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

García Agustín, Óscar y Rolandsen Agustín, Lise (2009): "Flexisecurity and gender equality: advancing flexicarity policies in Denmark and Spain", Fundación Alternativas, Estudios de Progreso 41/2009.

Hessel, Stéphane (2010): ¡Indiganaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica, Destino, Barcelona.

Hibbs, Douglas A. (1987): The political economy of industrial democracies, Cambridge, Harvard University Press.

— (1977): "Political parties and macroeconomic policy", American Political Science Review 71, 1467-1487.

Hotelling, Harold (1929): "Stability in competition", The Economic Journal 39, 41-57.

Hsiao, Cheng (2003): Analysis of Panel Data, Cambridge University

Press, Nueva York.

Iversen, Torben (2003): “The choices for Scandinavian social democracy”, en Glyn, Andrew: Social Democracy in Neoliberal Times. The Left and Economic Policy since 1980, Oxford University Press, Oxford.

Judt, Tony (2010): Algo va mal, Taurus, Madrid.

Juliá, Santos (1997): Los socialistas en la política española 1879-1982, Taurus, Madrid.

Katzenstein, Peter (1985): Small States in World Markets: Industrial Policy in Europe, Cornell University Press, Cornell.

Luxemburgo, Rosa (2006): La crisis de la socialdemocracia, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid.

Mancebón, María Jesús y Pérez, Domingo (2007): “Conciertos educativos y selección académica y social del alumnado”, Hacienda Pública Española/Revista de Economía Pública 180, 77-106.

Maravall, José María (2012): “Promesas cambiantes. Un análisis de la socialdemocracia”, en Przeworski, Adam y Sánchez-Cuenca, Ignacio: Democracia y socialdemocracia, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

— (2003): El control de los políticos, Taurus, Madrid.

— (1995): Los resultados de la democracia, Alianza Editorial, Madrid.

— (1978): “Sociología y explicación funcional”, en Blanco Jiménez, José y Moya Valgañón, Carlos: Teoría sociológica contemporánea, Editorial Tecnos, Madrid.

Marx, Carlos y Engels, Federico (2004): Crítica del programa de Gotha. Crítica del programa de Erfurt, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid.

Marshall, Thomas Humphrey y Bottomore, Tom (1998): Ciudadanía y clase social, Alianza Editorial, Madrid.

Mulas-Granados, Carlos (2003): “The political and economic determinants of budgetary consolidation in the EU”, European Political Economy Review 1 (1), 25-49.

Montabes, Juan (1997): “El Gobierno”, en Alcántara, Manuel y Martínez, Antonia: Política y Gobierno en España, Ed. Tirant lo Blanch, Valencia.

Paramio, Ludolfo (2009): La socialdemocracia, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Penadés, Alberto (2005): “La elección de los sistemas electorales en las primeras democracias, 1890-1940”, Zona Abierta 110-111, 199-278.

Przeworski, Adam (2003): “How many ways can be third?”, en Glyn, Andrew: Social Democracy in Neoliberal Times. The Left and Economic Policy since 1980, Oxford University Press, Oxford.

— (1985): Capitalism and Social Democracy, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge.

Przeworski, Adam y Sprague, John (1988): Paper Stones: A History of Electoral Socialism, The University of Chicago Press, Chicago.

Radl, Jonas (2010): “Salida del mercado de trabajo y estratificación social. Los determinantes de la edad de jubilación en España”, Panorama Social 11.

Rodrik, Dani (2011): The globalization paradox. Democracy and the future of the world economy, W. W. Norton & Company, Inc., Nueva York.

Roemer, John E. (2008): “Socialism vs. social democracy as income-equalizing institutions”, Eastern Economic Journal 34, 14-26.

Rueda, David (2007): Social Democracy Inside Out. Partisanship & Labor Market Policy in Industrialized Democracies, Oxford University Press, Oxford.

Sánchez-Cuenca, Ignacio (2010): Más democracia, menos liberalismo, Katz Editores, Madrid.

Scharpf, Fritz W. (1987): Crisis and Choice in European Social Democracy, Cornell University Press, Ithaca y Londres.

Sejersted, Francis (2011): The Age of Social Democracy. Norway and Sweden in the Twentieth Century, Princeton University Press, Princeton.

Sevilla, José V. (2011): El declive de la socialdemocracia, RBA, Barcelona.

Share, Donald (1989): Dilemmas of Social Democracy, Greenwood Press, Nueva York.

Urquizu, Ignacio (2009): "7-J: ¿Unas elecciones en clave nacional?", Claves de Razón Práctica 194, 54-62.

Verbist, Gerlinde; Förster, Michael y Vaalavuo, Maria (2012): "The Impact of Publicly Provided Services on the Distribution of Resources. Review of New Results and Methods", OECD Social, Employment and Migration Working Papers 130.

Volkens, Andrea; Lacewell, Onawa; Lehmann, Pola; Regel, Sven; Schultze, Henrike y Werner, Annika (2011): The Manifesto Data Collection. Manifesto Project (MRG/CMP/MARPOR), Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung (WZB), Berlín.

Woldendorp, Jaap; Keman, Hans y Budge, Ian (1998): "Party government in 20 democracies: an update (1990-1995)", European Journal of Political Research 33 (1), 125-164.

# Notas

1. Es cierto que en los últimos tiempos son muchos los libros que han aparecido con objetivos similares. Dos ejemplos: Stéphane Hessel (2010): ¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica, y su versión española, coordinado por Rosa María Artal (2011): Reacciona. No obstante, creo que el libro de Tony Judt va más allá de un libro de agitación si los comparamos con estos dos textos.

2. Más tarde pasaría a llamarse el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

3. El Mundo, 23-5-2010, http://www.elmundo.es/elmundo/2010/05/23/espana/1274609392.html

4. El País, 7-2-1982, http://elpais.com/diario/1982/02/07/economia/381884402_850215.html

5. Esping-Andersen (2012) analiza las probabilidades de acceder a estudios superiores por distintas cohortes de edad. Descubre que la generación que disfrutó del Estado del bienestar nórdico tenía más probabilidades de alcanzar este nivel de estudios que el resto de generaciones y que el resto de individuos de otros países.

6. Durante mucho tiempo, una de las teorías más extendidas en macroeconomía ha sido la curva de Phillips. Este economista demostró que existe una relación negativa entre inflación y desempleo. Así, cada vez que aumenta el paro, desciende la inflación, y viceversa. La estanflación, en cambio, sería un escenario "extraño" para esta teoría, puesto que significa encontrar al mismo tiempo un paro elevado y una inflación alta.

7. La apertura económica se mide como la suma de las importaciones y exportaciones de un país.

8. https://manifesto-project.wzb.eu/

9. Los datos del gráfico 2 son resultado de un cálculo cuadrático de las observaciones para los 30 partidos socialistas de la tabla 1 del Anexo. Utilizo la forma cuadrática porque es la que mejor se ajusta a la evolución de los datos.

10. El 1 de enero de 2002 adoptaron el euro como moneda oficial: Alemania, Austria, Bélgica, España, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos y Portugal. Junto a ellos, Mónaco, San Marino y Ciudad del Vaticano, a través de acuerdos con la Unión Europea, también comenzaron a utilizarlo. En las sucesivas ampliaciones de la zona euro se han incorporado Eslovenia (2007), Malta (2008), Chipre (2008), Eslovaquia (2009) y Estonia (2011).

11. Una de las enseñanzas que extrajeron los alemanes del periodo entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial es la necesidad de controlar la inflación. Por ello, desde los años cuarenta, la política monetaria alemana ha centrado gran parte de sus esfuerzos en el control de los precios. Esta "obsesión" se ha trasladado al BCE, llevándolo en ocasiones a cometer errores en sus decisiones. Así, por ejemplo, al comienzo de la crisis, en el verano de 2008, cuando todos los indicadores apuntaban al empeoramiento de la economía europea, el BCE decidió subir los tipos de interés por encima del 4 por ciento con el objetivo de controlar la inflación. Era una decisión equivocada que contribuyó a agravar la recesión económica.

12. Para economistas relevantes como Paul de Grauwe, que el BCE haya hecho tanto énfasis y muestre de forma explícita su deseo de controlar la inflación merma la credibilidad de su política monetaria. En cambio, la FED es menos explícita en sus objetivos, lo que permite que su política monetaria sea mucho más efectiva (De Grauwe, 2002).

13. Aunque si fuese superior, el país puede ser admitido si muestra una tendencia a la reducción de su deuda.

14. Puesto que la muestra recoge datos de sección cruzada (partidos y años), los coeficientes de la tabla 2 del Anexo han sido calculados a través de la técnica panel. El test de Wald revela problemas de heterocedasticidad. Por ello, el análisis econométrico ha sido realizado usando el modelo Mínimos Cuadrados Generalizados

Factibles (FGLS) (Castilla, 1998; Hsiao, 2003; Baltagi, 2005). También he añadido un retardado. Es razonable pensar que el programa político de un partido en el momento t, depende del momento anterior, t –1.

15. Los datos sobre qué partido está en el Gobierno proceden de las siguientes bases de datos: Woldendorp et al. (1998); Zárate's Political Collection: http://www.terra.es/personal2/monolith/home.htm; Kessing's Contemporary Archive http://www.kessings.com; Montabes (1997).

16. Fuente: International Institute for Democracy and Electoral Assistance, http://www.idea.int

17. Fuente: World Development Indicators (WDI) de Álvarez, Cheibub, Limongi y Przeworski (ACLP).

18. Ídem.

19. La utilizo con dos medidas distintas: los porcentajes de riqueza que acumulan el 10 por ciento y el 5 por ciento más ricos de un país. La fuente es: Facundo Alvaredo, Anthony B. Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Sáez: The World Top Incomes Database, http://g-mond.parisschoolofeconomics.eu/topincomes, 21 de mayo de 2012.

20. La fuente es los Eurobarómetros. En ellos se pregunta a los entrevistados por su ideología en una escala de uno a diez, siendo uno extrema izquierda y diez, extrema derecha. He considerado como ciudadanos de izquierdas a aquellos que se sitúan a sí mismos entre el uno y el cuatro.

21. Fuente: Eurobarómetros.

22. Fuente: International Institute for Democracy and Electoral Assistance, http://www.idea.int

23. El porcentaje de personas sindicalizadas lo he tomado de las bases de datos de la OCDE.

24. Un ejemplo de crítica desmedida es el libro citado en numerosas ocasiones de José Sevilla (2011).

25. Fuente: Banco Mundial.

26. Fuente: Instituto Nacional de Estadística.

27. Al igual que en el capítulo anterior, puesto que la muestra recoge datos de sección cruzada (partidos y años), los coeficientes de la tabla 3 del Anexo han sido calculados a través de la técnica panel. El test de Wald revela problemas de heterocedasticidad. Por ello, el análisis econométrico ha sido realizado usando el modelo Mínimos Cuadrados Generalizados Factibles (FGLS) (Castilla, 1998; Hsiao, 2003; Baltagi, 2005). También he añadido un retardado. Es razonable pensar que el programa económico de un partido en el momento t, depende del momento anterior, t –1.

28. Al igual que en el capítulo anterior, para medir la desigualdad utilizo dos variables distintas: los porcentajes de riqueza que acumulan el 10 por ciento y el 5 por ciento más ricos de un país. La fuente es: Facundo Alvaredo, Anthony B. Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Sáez: The World Top Incomes Database, http://g-mond.parisschoolofeconomics.eu/topincomes, 21 de mayo de 2012.

29. Como hice en el capítulo anterior, las preferencias ideológicas de los ciudadanos las mido a través de la media ideológica en una escala de uno a diez, donde uno es extrema izquierda y diez, extrema derecha. La fuente es los Eurobarómetros.

30. Según los últimos datos de la OCDE, mientras que en 1998 Grecia o España apenas gastaban unos 3.000 dólares per cápita en políticas sociales, Suecia, Noruega y Dinamarca se situaban en torno a los 7.000 dólares, una de las cifras más altas de las economías desarrolladas.

31. Los datos de la OCDE de 2007 señalan que la presión fiscal en Suecia y en Dinamarca se situaba entonces cerca del 50 por ciento del PIB, mientras que en Noruega era superior al 40 por ciento. En cambio, en países como Reino Unido, Portugal y España la presión fiscal se situaba ligeramente por debajo de ese 40 por ciento.

32. En el reciente estudio The Global Competitiveness Report 2010-2011, editado por el Foro Económico Mundial, Suecia figura como la segunda economía más competitiva del mundo y todos los

países nórdicos se encuentran entre las 15 primeras posiciones.

33. Como se ha señalado en otra parte del libro, el votante mediano es aquel que se sitúa en la parte central de una población. Este elector es muy importante para la teoría política, porque resulta determinante para alcanzar la mayoría. Imaginemos que podemos ordenar a 101 ciudadanos según su nivel de renta, siendo el primero el de renta más baja y el último el de renta más alta. El ciudadano 51 es el ciudadano mediano, puesto que se sitúa en la parte central de la muestra y a cada uno de sus lados hay el mismo número de personas. Si la decisión se toma usando el criterio de mayoría, aquel que logre el apoyo de los 50 primeros ciudadanos (o últimos) más el ciudadano mediano, ha ganado la elección. Por lo tanto, según este argumento, la política que se aplicará es la que desee el ciudadano 51, que es quien decanta las elecciones.

34. En esta ocasión, he utilizado la técnica panel con efectos aleatorios. Los resultados del test Breusch and Pagan revelan que es la estimación estadística correcta.

35. Es cierto que el coeficiente del modelo 2 de las variables económicas no es significativo para la variable desigualdad, pero se encuentra muy próximo a ello.

36. Entrevista concedida a ABC, Corriere della Sera, Le journal du Dimanche y Bild am Sonntag y publicada el 2 de septiembre de 2012.

37. No obstante, no confundir independencia con neutralidad. En ocasiones, los analistas se olvidan de que los “técnicos” que ocupan este tipo de instituciones sí que tienen ideología y en muchas ocasiones la utilizan para tomar decisiones.

38. Para calcular estos datos, Ark, O’Mahony y Timmer (2008) solo tienen en cuenta la Europa de los 15 (UE-15).

39. Por “campeón nacional” se entiende una empresa de gran tamaño y con amplia presencia internacional.

40. La fuente es Naciones Unidas. Era la sexta más alta del planeta, solo superada por Japón (82,6), Hong Kong (82,2), Islandia (81,8),

Suiza (81,7) y Australia (81,2).

41. Véase Joan Esteban: “Elementos para un debate sobre las pensiones”, El País, 6 de noviembre de 2010.